

LUIS DE CASTRESANA

ORQUIDEAS
PARA
LA MEDIUM

Lectulandia

Daniel, un joven rico, indolente y sin otra ocupación que pintar algún que otro cuadro, vive en Bilbao con su madre, doña Ana, de la que depende por completo. La madre de Daniel es una mujer de carácter y muy aficionada a la astrología. Daniel, de carácter apocado, apenas tiene amigos excepto Pedro un financiero con el que se encuentra de vez en cuando, y Maite, una novia ocasional.

Doña Ana enferma de gravedad. Antes de morir, promete a su hijo que contactará con él desde el más allá. Cuando finalmente fallece, Daniel cae en una fuerte depresión y comienza interesarse compulsivamente por la astrología a fin de comunicarse con su madre muerta.

Como resultado de sus lecturas, Daniel emprende un viaje por Europa y conoce a diversas personas con inclinaciones esotéricas. Ingrid, una joven médium danesa, a quien Daniel conoce en Londres consigue el ansiado contacto con el espíritu de doña Ana. A raíz de esto, las relaciones de David e Ingrid se estrechan y acaban por casarse.

De vuelta en Bilbao, Daniel recupera su amistad con Pedro, e incluso recibe cierto reconocimiento público como pintor. Todo parece ir sobre ruedas, pero entonces, ¿por que Daniel nos cuenta todo esto desde la celda acolchada de un hospital psiquiátrico?

Lectulandia

Luis de Castresana

Orquídeas para la médium

ePub r1.1

Titivillus 08.05.15

Título original: *Orquídeas para la médium*

Luis de Castresana, 1976

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

No voy a decir que es posible
digo tan solo que es verdad

JAVIER DE BENGOCHEA

ME TIENEN ENCERRADO, ME VIGILAN, me hacen preguntas, «Ha perdido la razón», dicen. Y se intercambian como cómplices miradas y leves sonrisas que significan «¡Pobre diablo! Está completamente loco». Y cierran la puerta y se alejan por el largo pasillo y me dejan a solas en esta celda cuyas paredes están acolchadas.

Cuando me sirven la comida traen la carne cortada en trocitos para que no tenga que utilizar el cuchillo. Temen que atente contra sus vidas o contra la mía. Tienen miedo de que haga algo dramático, miedo, qué se yo, de que les ataque o me corte las venas o me golpee la cabeza contra la pared hasta matarme. No quieren comprender que estoy tan cuerdo como ellos. Cuando les explico una y otra vez todo lo ocurrido, cuando les digo cómo y por qué hice lo que hice, me observan con extrañeza, quizá con compasión, y luego se miran entre sí sin decir nada. No quieren, no pueden aceptar la verdad.

Cuando grito enfurecido, cuando golpeo desesperado la puerta (esta puerta también acolchada, en la que mis golpes de desesperación no producen ningún ruido) abren a veces la mirilla y me dicen con voz cansada: «Vamos, vamos, cálmese». Me hablan como a un niño. La primera vez, cuando me irrité tanto, cuando me desesperé al ver que no me creían, que no podían creerme, grité y golpeé la puerta una y mil veces hasta quedar extenuado, casi mudo, y luego permanecí varias horas angustiado e inmóvil llorando en silencio, llorando aun después de que ya no me quedaban lágrimas. Más tarde me inyectaron un calmante y al fin pude dormir, descansar.

Estoy desesperado, dolorido, agotado. ¿Acaso podría ser de otro modo después de cuanto ha sucedido? ¡Pero no estoy loco, no estoy loco! Que me juzguen si quieren ante un tribunal, que me metan en la cárcel que me insulten, que hagan conmigo lo que quieran. Pero, ¡por Dios!, que me crean, que me crean, que se den cuenta de que no les estoy mintiendo, que comprendan que cuanto les he dicho es verdad.

«Cálmese», me dicen, «cálmese». Pero ¿cómo voy a calmarme? ¿Cómo no voy a desesperarme y a gritar y a golpear la puerta (aunque sé que todo es inútil) si no quieren creerme, si se niegan a creerme? Pero, claro, si me expreso con tanta furia, con tanta incoherencia, ¿quién va a creerme? Tengo que explicar lo ocurrido con serenidad, fríamente, como si todo esto le hubiese pasado a otra persona, como si fuese algo que he visto en el cine o he soñado en una pesadilla alguna vez.

Sí, eso es, eso es. Contaré por escrito lo sucedido y lo haré hablando de mí mismo como si todo ello no tuviera nada que ver conmigo. Lo escribiré con objetividad y distanciamiento, sin omitir detalle y de la manera más clara que me sea posible. Así, cuando el juez y los policías y psiquiatras lo lean y vean que todo lo explico con lógica y coherencia, se darán cuenta de que no

estoy loco y comprenderán que cuanto les he dicho en el curso de los interrogatorios es verdad. Sí, debo concentrarme y contarlo todo con calma, con mucha calma.

Me llamo Daniel Uriarte. Y en este momento empiezo a escribir —como si no se tratase de mí— la historia de Daniel Uriarte.

EN CIERTO MODO todo empezó hace muchos, muchos años; antes, incluso, de que Daniel Uriarte naciera. Dos semanas antes del nacimiento de Daniel su padre murió en accidente de automóvil. A lo largo de su vida Daniel pasaría horas y horas contemplando su retrato al óleo, que colgaba en el lugar de honor de la casa, encima de la chimenea. Contempló también muchas veces diversas fotografías suyas, amarilleadas por el tiempo, que su madre guardaba como un tesoro.

A juzgar por el retrato, el padre de Daniel había sido un hombre de mediana estatura, de rostro delgado y ojos pequeños, ligeramente azules y muy brillantes. No contaba más de cuarenta y tres años cuando murió, pero con su traje de color oscuro, con su cuello duro y sus botines, con su barba, su chaleco y su reloj grande de bolsillo con cadena de oro, siempre le dio a Daniel la impresión de que tenía más edad, de que era casi un anciano. Sin embargo, observándole bien, Daniel encontró un algo de juventud y de humor en él, algo que a un tiempo inspiraba respeto y simpatía. Daniel le miraba, le miraba (esto es: miraba el retrato al óleo de su padre y sus fotografías) y trataba de conocerle, de desvelar su carácter, de imaginar sus pensamientos y el tono de su voz.

Se sentía triste por no haberle conocido, por no haberle tratado. Daniel pensó que ambos se hubieran llevado muy bien, que se hubieran comprendido. A veces echaba de menos su presencia, sus palabras y el peso de su mano sobre los hombros. Se quedaba contemplando el retrato, mirándole a los ojos, y decía, como si él pudiera oírle: «¡Hola, papá!». Y de niño más de una vez rompió a llorar, entristecido, porque él no le respondía, porque él no podía responderle.

Su madre le hablaba mucho de él. Daniel le decía: «Dime cómo era, mamá. Háblame de papá». Y doña Ana asentía y sacaba el gran álbum de las fotografías y se las iba mostrando a Daniel de una en una. «Mira, hijo, esta es de cuando se graduó en la Universidad. Esta se la hizo el día en que cumplió veinticinco años. Mira, esta fue la primera fotografía que papá y yo nos hicimos juntos, en un baile que hubo en *La Bilbaína*. Sí, allí nos conocimos». Y quedaba un rato silenciosa, con los ojos entornados. Daniel le decía: «Sigue, mamá, sigue». Y ella volvía a mostrarle y comentarle más fotografías. «¿Ves? Todas estas son de cuando nos casamos. Nos casamos aquí, en la basílica, ¿sabes? Mira cuántos invitados. Vino medio Bilbao a nuestra boda. Mira el abuelo, la tía Mirenchu. ¿Ves cómo sonreía tu padre? Era muy bueno y yo le quería mucho, ¿sabes, hijo? Sí, nos queríamos mucho». Y de nuevo callaba su voz húmeda y quedaba pensativa mirando con ojos ausentes delante de sí. Pero nunca lloró.

El caso es que el padre murió dos semanas antes del nacimiento de Daniel Uriarte, y para su madre Daniel se convirtió, aun desde antes de nacer, en eje y sentido de su vida.

2

Tal vez alguien pudiera pensar, por el modo en que comienza esta historia, que doña Ana era una mujer posesiva y que a Daniel, su único hijo, le ahogó con su amor y sus mimos. No, nada de eso; al contrario. Su amor era tan profundo, tan genuino y generoso, que realmente solo pensaba en Daniel. Y como era inteligente y práctica, supo preocuparse por él sin hacérselo notar demasiado, dejándole libertad de acción y pensamiento, procurando robustecer el carácter de su hijo, alentándole a que saliera con chicos de su edad, a que pensara con sus propias ideas y se fuera acostumbrando a enfrentarse con la vida.

Pero Daniel era todo para ella, todo su mundo. Y en ocasiones doña Ana se delataba. Muchas veces, cuando de súbito Daniel buscaba su mirada, la notaba fija en él. Y aunque ella la desviaba en seguida el niño ya había tenido tiempo de leer en sus ojos, una y muchas veces, la misma pregunta: «Hijo, ¿estás bien, eres feliz?».

Tenía doña Ana el gesto reposado, las manos largas y suaves y un rostro que quizá pudiera definirse como de muy bilbaíno, bastante parecido al de la Virgen de Begoña; anguloso, de piel clara ligeramente sonrosada, de nariz larga barbilla fina y unos hoyuelos bastante pronunciados en las comisuras de los labios.

Siempre, que Daniel recordase, su madre le trató como a un hombrecito, esforzándose en hacerle fuerte y responsable. Cada vez que sufría una caída, o tosía, o se sentía un poco febril, ella le decía con voz sonriente: «Eso no es nada; ¡pelillos a la mar!». Pero si Daniel alzaba repentinamente la mirada encontraba en sus ojos una expresión preocupada. Y más de una noche, cuando le creía dormido, Daniel la sintió en la oscuridad, de pie junto a su cama, con los dedos posados en su cabeza en un ademán de silenciosa e infinita ternura.

3

No, su madre no era una mujer posesiva; y Daniel era feliz a su lado, realmente feliz. Siempre tuvo la convicción absoluta de que no existían en el mundo muchas mujeres tan cariñosas, tan nobles e inteligentes como ella. Daniel la quería y además la admiraba por su sensibilidad, su comprensión y generosidad. Le emocionaba saberla tan pendiente de él y, al mismo tiempo, haciendo todo lo posible por no demostrárselo, para evitar que se sintiera excesivamente protegido o mimado.

Le obligó a ir al colegio desde muy niño, para que tratara con chicos de su edad, e insistió en que hiciera él solo el camino de ida y vuelta sin permitir que Matilde o

alguna de las sirvientas le acompañara o fuera a buscarle a la salida. Pero varios días Daniel la descubrió mirándole desde la ventana; y por las tardes, cuando regresaba, veía cómo alguien, ella, miraba el camino, esperándole, desde detrás de la cortina. Daniel era un niño imaginativo y sensible. Adivinaba la angustia y el temor de su madre de que a él pudiera sucederle algo. Pero cuando llegaba a casa siempre la encontraba serena y sonriente.

Varias veces llamó doña Ana a amigas suyas invitándolas a que fueran a tomar el té acompañadas de sus hijos, y Daniel supo que lo hacía para que él amigara con aquellos muchachos, para que se divirtiera y saliera con ellos. Pero Daniel prefería estar en casa con ella. Era feliz oyéndola tocar el piano, charlando con ella junto a la chimenea o simplemente sintiendo el calor de su presencia en la casa. Le gustaba también ir con ella a misa de doce los domingos a la basílica; y de paseo, y a ver pinturas en las salas de exposiciones; y a los conciertos, y al cine; y a *La Concordia*. Le encantaba que le vieran con ella, que supieran que él era su hijo.

En los últimos años de su vida doña Ana empezó a adelgazar y a sentirse enferma. Padecía del corazón. Pero su carácter no se debilitó. Siguió siendo la mujer cariñosa, noble y enérgica de siempre. Lo peor fue la dolencia de sus oídos, que la martirizaron durante meses. Ella lo soportó todo con paciencia, casi con estoicismo.

Una tarde le dijo a Daniel:

—No me gusta la palabra *resignación*; me parece triste. Me gusta más *aceptación*. Con frecuencia, ¿ves, hijo?, hay que aceptar el dolor igual que se acepta que hay noche y día, o que llueve, o que hace sol. Hay que aceptar la vida con la mayor serenidad y alegría posibles.

Quedó casi sorda; y ahí se inició, en realidad, el porqué de esta historia.

4

Todo empezó una tarde de otoño, lo recuerdo muy bien, una tarde como de membrillo, grata y un tanto extraña, de viento Sur.

Me gustaban esas tardes tan frecuentes en Bilbao porque quedaba el aire limpio y transparente, curiosamente como planchado. Y desde el mirador de casa yo veía entonces un paisaje largo, ancho, interminable, un horizonte infinito: a mi izquierda, las largas hileras de montañas de las Encartaciones y enfrente, mirando hacia la mar, el monte Serantes allá a lo lejos.

Sí, fue una tarde de viento Sur.

5

Daniel y doña Ana se hallaban en el jardín y sonaban las campanas de la basílica de Begoña llamando a Rosario. De pronto doña Ana miró a Daniel muy fijamente y

preguntó:

—¿La has oído?

—Si he oído, ¿qué, mamá?

—Su voz, hijo. ¿La has oído?

—¿Su voz? ¿Qué voz?

Ella suspiró.

—No me hagas caso —sonrió y dijo—: Chocheces de vieja. Daniel empezó a observarla preocupada, casi obsesionada con sus sonotones. Se los había comprado en cuanto comenzó a quedarse sorda.

—Tengo que oír, hijo, tengo que oír. No puedo quedarme sorda. Tal vez sus palabras no sean como las nuestras y no me lleguen desde fuera, pero... Pero si me llegara su voz y yo no la oyera, si no la escuchara... No, no, necesito oírla, necesito estar siempre atenta, siempre preparada.

—¿Qué te ocurre, mamá? ¿A qué te refieres?

Y ella siempre respondía lo mismo:

—No es nada, hijo. No te preocupes.

Tenía dos sonotones, y había encargado a Matilde que cuidase de que siempre estuviesen cargadas las baterías. (Eran de esos sonotones cuyas pilas se cargan conectándolas a la luz eléctrica en cualquier enchufe de la casa). Llevaba todo el día el sonotón puesto. Le dijo a Daniel que tampoco se lo quitaba durante la noche.

Él comentó:

—Pero, mamá... durante la noche...

Doña Ana le interrumpió dulcemente y dijo algo que asombró a Daniel, algo que en cierto modo le escalofrió.

—Más allá no existen ni el día ni la noche. He de estar siempre atenta, siempre. Su voz puede llegarme en cualquier momento.

La curiosidad y un asomo de inquietud dominaron a Daniel.

—Mamá, tienes que decírmelo. Has dicho ahora «su voz». El otro día, en el jardín, también hablaste de una voz. Me preguntaste si la había oído. Dime, mamá, ¿a qué voz te refieres? Tengo que saberlo, mamá, tengo que saberlo. ¿No comprendes? Dime, ¿a qué voz te refieres? ¿Qué voz esperas? ¿Qué voz, mamá? ¿La voz de quién?

Ella le envolvió despaciosamente en una mirada que tenía de súbito algo de medrosa, de huidiza, y musitó:

—La voz de papá, hijo.

Daniel preguntó, perplejo:

—¿La voz de papá?

Ella no contestó, pero había asentimiento en su silencio.

—Pero, mamá...

Doña Ana le interrumpió con una triste sonrisa.

—No, ahora no, hijo. Voy a acostarme. Estoy cansada, muy cansada. Toca el timbre y di que me pongan la manta eléctrica. Tengo frío. De pronto tengo mucho

frío. Mañana hablaremos, hijo, mañana. Nos sentaremos aquí, junto a la chimenea, y hablaremos.

Pero no hubo mañana junto a la chimenea.

Cuando a hora temprana Matilde fue a despertar a doña Ana, llevándole como de costumbre una taza de café y los dos periódicos de la mañana, la encontró inconsciente y como aletargada. Fue corriendo a decírselo a Daniel y él telefoneó inmediatamente al médico de cabecera, que vivía muy cerca y acudió en seguida con una enfermera.

Doña Ana seguía inconsciente. El médico le tomó el pulso, le levantó los párpados, la auscultó, y la enfermera le puso una inyección.

—¿El corazón, doctor? —preguntó Daniel.

—Sí. Tuvo un nuevo ataque hace dos meses. Usted no estaba en ese momento en casa. ¿Ella no se lo dijo?

—No. ¿Y es... es grave?

El médico dijo que sí con la cabeza.

—¿Habrás que... que operarla, tal vez? —interrogó Daniel.

—No —musitó el médico al cabo de un rato—. Nadie puede hacer nada. Puede ser cosa de horas, quizá de días. Lo lamento.

Miró a Daniel en silencio y dijo luego:

—Volveré esta tarde.

El Padre Angoitia fue a oírla en confesión a mediodía. Poco después doña Ana volvió a caer en una especie de letargo agónico, mudo y sin dolor. Daniel se sentó a la cabecera de su cama y pasó allí, sin moverse y sin hablar, toda la tarde. A las siete, cuando comenzaron a tañer las campanas de la basílica, llegó el médico y ella pareció despertar de nuevo.

Murmuró:

—Daniel, hijo.

—Estoy aquí, mamá.

Doña Ana le tendió una mano y Daniel se la tomó besándosela y estrechándosela suavemente entre las suyas.

—Este es el final, amigo mío —dijo dona Ana mirando al médico—. Lo sé.

—Pero...

—No, por favor. Tengo que hablar con mi hijo, tengo que hablar con él antes de que sea demasiado tarde. Me queda poco tiempo.

El médico permaneció un instante indeciso, vacilante, y salió de la habitación.

Doña Ana anudó sus manos entre las de Daniel.

—Apriétamelas. Así. Quiero morir cogida de tu mano.

Daniel se sentía incapaz de hablar. Las palabras se le helaban y atascaban en la

garganta.

—¿Recuerdas? —la voz de su madre era serena, clara y suave—. ¿Recuerdas? Alguna vez te he dicho que hay que aceptar la vida. Lo bueno y lo malo. Y la muerte. Sí, también la muerte. Pero no con resignación, hijo, no; ya sabes que no me gusta esa palabra. Hay que aceptarlo todo con serenidad, con total aceptación, con fe.

Calló.

Sus dedos quedaron inmóviles entre las manos de Daniel.

—Morir es muy fácil, hijo —musitó—. Y él me espera. Tu padre... me espera. Todo va bien, hijo, todo va bien. Sé feliz y...

Le faltaba a doña Ana el aliento, se ahogaba. La vida se le iba a borbotones. Daniel recordó entonces, durante una fracción de segundo, a las gaviotas que tantas veces había contemplado en el Campo de Volantín, en la ría, junto a los barcos atracados: unas gaviotas que volaban pausadamente emitiendo chillidos largos sin cerrar el pico y que por momentos parecía que se iban a morir de agonía en el aire.

—Mamá, mamá —balbució.

Ella dijo, en un soplo:

—Escucha, escúchame bien, Daniel. Yo procuraré... ponerme en contacto contigo. Estate atento. Espera oír mi voz. Yo... yo... procuraré... hablarte.

—¡Mamá!

Daniel trató de sobreponerse, de no llorar; pero le temblaba la voz y tenía, los ojos borrosos. Estaba lloviendo dentro de él.

Musitó doña Ana:

—Recuérdame... sin dolor... con paz y alegría.

Daniel le preguntó:

—Esa voz, la voz de papá... ¿tú la has oído? Dime, mamá, ¿tú has oído la voz de papá después de su muerte? ¿Te has... te has comunicado con él?

Ella no respondió.

—Mamá, mamá, ¿tú has oído la voz de papá después de su muerte? —repitió Daniel—. Dime, mamá, ¿la has oído?

Doña Ana movió la cabeza con un vago ademán que parecía significar sí; pero Daniel no estaba seguro. Tal vez su madre no le había oído. Tal vez ya no oyera nada. Dijo ella repentinamente algo que Daniel no entendió y él se inclinó colocando el oído a la altura de la boca de la moribunda.

—Mamá, mamá, estoy aquí, a tu lado. Te escucho. Habla, mamá, háblame, te escucho.

Al cabo de unos segundos doña Ana pronunció con voz clara:

—Recuerda, recuerda. Espera oír mi voz. Estate atento, Yo... yo... procuraré... ¡Hijo, hijo!...

Daniel sintió cómo los dedos de su madre se aflojaban y deslizaban yertos, lasos. A doña Ana se le desorbitaron los ojos, ladeó la cabeza y eso fue todo.

La enterraron en el panteón familiar junto a su marido, en el pequeño cementerio de Begoña situado a unos pasos de la basílica, a unos pasos de su casa, y Daniel quedó solitario y dolorido. Parecía de repente como un hombre muerto de pie, vacío por dentro.

Fue entonces cuando comenzó a ocurrir lo que ocurrió.

SI NO HUBIERA ESPERADO OÍR la voz de su madre desde el más allá, Daniel Uriarte tal vez se hubiese suicidado. Eso es al menos lo que por aquellos días se dijo a sí mismo más de una vez. Porque después de que ella murió, una millonésima de segundo después, la vida no tuvo para él ningún aliciente, ningún significado.

Todo fue a su alrededor y dentro de él como un enorme mar sin orillas, como un cero inmenso, infinito. Ladeó doña Ana la cabeza, resbalaron sus dedos yertos entre las manos de Daniel, y a partir de ese momento quedó desarbolado y solo de toda soledad.

Pasó unos días insomne y febril y luego empezó de pronto a dormir mucho, en parte porque estaba extenuado y necesitaba el sueño y en parte, tal vez, como una defensa o una huida de la realidad. Durmió horas y horas y pasó días y días sin levantarse de la cama. Pero siempre, al despertar, le habitaba infaliblemente una enorme sensación de hastío y desaliento. Cada hora, cada minuto, cada segundo, le parecían un tiempo inagotable. Se sentía exhausto al pensar que tendría que vivir a lo largo de aquel día y del siguiente y del otro y del otro.

Conforme transcurrían las semanas le asaltaba a Daniel con frecuencia, en medio del vacío y del dolor, una profunda sensación de incredulidad. Se le hacía extraño pensar que su madre había muerto. No podía admitirlo. Ojeaba un periódico, subía a su estudio o hacía cualquier cosa, cualquiera, y de pronto pensaba: «No está; ha muerto». Y nada tenía ya ningún sentido para él.

Se había llevado a su habitación la campanilla de su madre —aquella campanilla con la que ella solía llamar, estando enferma, a Matilde— y a veces Daniel pasaba horas escuchando su silencio, esperando el tintineo que nunca llegaba. Otras veces la tañía como si ella pudiera oír la llamada.

Lo peor era por las mañanas, al despertar.

Daniel miraba cada día como un largo camino que habría de recorrer en silencio y paso a paso; y este pensamiento le producía un cansancio y un abatimiento infinito. En aquellos primeros meses Daniel casi no experimentó más alivio que el que le proporcionaron el sueño y el llanto.

—No llores —le decía Matilde, tratando de animarle—. No llores. Ella está bien, en el cielo.

Pero en realidad Daniel Uriarte no lloraba a su madre. Se lloraba a sí mismo.

Roger de Laforest escribió que «La muerte es tan solo un horizonte provisional e ilusorio, una cortina detrás de la cual ocurre algo. Pero ¿qué?...».

Aquellos días Daniel se hizo también muchas veces la misma pregunta.

Era aquel un enigma que le llenó por entero. Se interrogó: ¿cómo y qué era el más allá y qué ocurría detrás de la cortina? ¿Era la muerte ese mundo desconocido en el que vivían los ausentes, como había dicho el Padre Sertillanges, o era la Nada? Todo cuanto se había escrito sobre la esperanza en otra vida, ¿eran meras palabras de consuelo o había algo real detrás de ellas? ¿Tenía razón Broussais cuando rechazaba la existencia del alma, alegando que nunca la había encontrado bajo su bisturí de cirujano, o la tenía Descartes, que había llegado a asegurar que el alma residía en la epífisis o glándula pineal; situada, al parecer, entre los dos ojos?

Todo adquirió para Daniel Uriarte una nueva dimensión aquel atardecer en que vagando por la casa se detuvo ante la pequeña biblioteca del dormitorio de su madre. Había muchos volúmenes de La Gran Enciclopedia Vasca y diversas novelas, ensayos y libros de poemas: San Juan de la Cruz, Machado y Juan Ramón Jiménez, *Viva la mejorcracia* de Ernesto Perea, *Los fantasmas de mi cerebro* de Gironella, *Siddhartha* de Hermann Hesse, *Choperena el contrabandista* de Pelay Orozco, *Brave New World* de Huxley, *El político* de Jesús de Landeta, diversos tomos de arte. Le llamaron a Daniel la atención los numerosos libros que se referían a temas relacionados con la mística y, sobre todo, con el más allá. Había muy pocos en español y alemán; los demás, que llenaban varias estanterías, estaban en inglés y francés. Daniel los ojeó al azar y observó que en casi todos había frases subrayadas; en ocasiones, su madre había escrito al margen de las páginas alguna anotación.

Daniel Uriarte leyó con curiosidad y casi con fascinación los subrayados: «La cuestión de una vida más allá de la muerte sigue siendo el problema principal de toda ciencia por mucho que nuestros filósofos y psicólogos oficiales den un gran rodeo para no encontrarse con ella y aparentan no verla» (H. Driesch); «No está demostrado que la muerte sea un mal» (Séneca); «El que vive es un viajero en tránsito; el que muere, un hombre que retorna a su morada» (Li Tai Po); «No existe misterio alguno en el mundo físico que no apunte hacia otro misterio más lejano» (Lincoln Barnett); «Si yerro creyendo que el alma es inmortal, con gusto y libremente yerro. Creo en la vida perdurable» (Cicerón)...

Se detuvo Daniel con concentrado interés en el libro *A life after death*, de S.R. Harlow.

En la primera página, con su letra elegante y ligeramente picuda, doña Ana había escrito las palabras de Jesucristo según el *Evangelio* de San Juan: «Si no me creéis cuando hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo me creeríais si os hablara de las del cielo?».

Esas palabras conmocionaron a Daniel.

Sintió que al leerlas y meditarlas una y otra vez penetraba en un mundo nuevo que le aportaba fe y consuelo. Se llevó todos aquellos libros a su habitación y durante

varias semanas leyó incansablemente.

Comenzó a interesarse por estos temas, a ahondar y sumergirse en ellos como en un mar. Y poco a poco Daniel se acostumbró a contemplar su vida de cada día en la tierra como una parte tan solo de su destino y como una breve y obligatoria etapa de su verdadera existencia, que se prolongaría de otro modo, de forma inimaginable, más allá de la muerte.

Un día permaneció largo rato ante el espejo de su cuarto de baño.

Se palpó los brazos, la cara, las piernas, los párpados, y pensó: «Todo esto forma parte de mí, pero no soy yo. Yo, mi verdadero yo, es otra cosa: algo distinto, algo más que todo esto».

Pronunció en voz baja:

—Me arrancarían los brazos, los órganos del cuerpo, quedaría cojo, manco, ciego y seguiría siendo yo.

¿No había ya, se preguntó, personas que vivían con corazón artificial? Incluso en la locura, se dijo, ¿no tenía el enfermo conciencia de su propio yo, oscuramente, más allá de sus desvaríos?

Allí, ante el espejo, Daniel Uriarte llegó a la conclusión de que había algo permanente e indetectable dentro de todos los seres humanos, algo que no era de carne y hueso y tejidos y sangre, algo más primigenio y trascendente situado fuera del alcance de la biología, de los razonamientos y de las emociones. Una idea le habitó por completo. Su cuerpo era simplemente, concluyó, un traje del que se despojaría al morir.

De manera profunda y poderosa fueron creciendo en el interior de Daniel Uriarte esos pensamientos y creencias. No constituían para él solamente un alivio y un consuelo, sino también una convicción.

Daniel buscaba lo real, lo verdadero, los hechos. Pero, se preguntó, ¿qué era lo real? Le había impresionado el relato del doctor Sagarev, profesor de Medicina educado en la más rigurosa tradición científica soviética y que públicamente había contado una experiencia que transformó su vida. Fue cuando una niña acudió a su consulta y le pidió insistentemente que fuera a ver a su madre, que vivía muy cerca de allí y que se hallaba gravemente enferma. Cuando poco después el doctor Sagarev se dispuso a ir a la casa no encontró a la niña. Fue él solo y halló que la madre se encontraba, en efecto, muy grave. Cuando le habló de la enérgica insistencia de su hija y de su repentina desaparición, la mujer rompió a llorar y le explicó que la niña descrita por el médico era, sí, su hija... pero que había muerto hacía unos días. El doctor Sagarev se negó a creerlo. Observó fotografías de la niña, habló con parientes y vecinos de la enferma, fue al cementerio. El hecho era increíble, pero era también cierto: la niña que aquella misma mañana había estado en su consulta había fallecido hacía cuatro días. Interrogó a la enfermera y a los pacientes que habían estado aguardando en la sala de espera. Nadie había visto a la niña solo él. «Si alguien me contara esto», dijo Sagarev, «yo no lo creería. Sin embargo, ocurrió; yo lo he vivido».

Daniel leyó varias veces la declaración del doctor ruso. Sentía que en cierta manera aquello le acercaba a su madre.

3

Les hablo del doctor Sagarev, señor juez y señores psiquiatras y policías porque quiero que ustedes se den cuenta, simplemente, de que apenas conocemos un trozo minúsculo de lo real. No disponemos ni siquiera de sentidos que nos permitan captar las vibraciones ultrasónicas, aprehender las mil y dos luces y sonidos que nos envuelven, percibir los rayos ultravioletas. Lo único que sabemos de la realidad es, podríamos decir, lo que vemos por el ojo de la cerradura.

Dicen ustedes: leyes de energía, causalidad, tiempo, espacio, materia... Pero casi todas esas leyes han sido vulneradas y desmentidas por diversas experiencias humanas de cuya veracidad y comprobabilidad no se puede dudar.

Me encuentro encerrado en esta celda-enfermería por culpa de algo tan caótico y alucinante, tan increíble, que ustedes se han negado a admitirlo. Podría citarles centenares de casos como el del doctor Sagarev y que cuentan con testimonios de personas igualmente prestigiosas y responsables; pero no lo hago porque no quiero extenderme más de lo necesario y, sobre todo, porque para seguir bien el hilo de mi relato los únicos datos que incluiré son exclusivamente aquellos que se refieren a la vida después de la muerte y a la posibilidad de comunicación con el más allá y que son absolutamente imprescindibles para que ustedes puedan comprender objetivamente todo lo que ocurrió y cómo y por qué. Y prosigo con la historia de Daniel Uriarte.

4

El primer día en que Daniel se decidió a salir de casa recorrió lentamente los pocos metros que le separaban del cementerio. Permaneció sentado ante el panteón, inmóvil y como absorto, durante varias horas. Y lo mismo hizo los días sucesivos.

Daniel leía durante casi toda la noche, se levantaba casi a mediodía, bebía apenas unos sorbos de café caliente y acudía al cementerio. Pensaba, mirando el sepulcro de sus padres, que mientras sus cuerpos se pudrían aquí abajo, allá en alguna parte, en alguna dimensión, quizá sus almas se hallarían nuevamente reunidas. Pensaba en ellos no como en seres destruidos para siempre, sino como se piensa en seres amados que se hallan ausentes. Y le dolía esa ausencia.

Le dijo un día a Matilde:

—Cuando muere alguien a quien se ama y se necesita de verdad nadie puede comprender la tristeza y la desolación que uno experimenta. «Comprendo tu dolor, lo que sientes», te dicen. Pero es mentira, porque nadie puede ni comprenderlo ni

compartirlo. Ni siquiera hacerse una idea. Nadie puede ponerse en tu lugar y asumir tu vacío. Las personas que realmente se aman, que mutuamente se quieren y se necesitan, deberían morir al mismo tiempo. Todo sería entonces más fácil en la vida, y desaparecerían en gran parte la tristeza y el miedo a la muerte. Pero no es así, y cada uno muere cuando cumple su cupo. Morimos de uno en uno.

Daniel Uriarte miraba meditativamente los nombres de su madre y de su padre grabados en la losa y quedaba allí, silencioso e inmóvil, como sentado al borde de la eternidad.

Comenzaba a oscurecer, sonaban las campanas de la basílica, golpeaba el reloj una hora y otra y otra y él continuaba ignorante del paso del tiempo hasta que el sepulturero le decía:

—Es ya tarde. Tengo que cerrar.

Era un camposanto pequeño y tranquilo en el que nunca se abrían nuevas tumbas y solo eran enterrados quienes allí tenían panteón familiar. Daniel se levantaba, el sepulturero le acompañaba hasta la salida, salía él también, y cerraba la verja de hierro con una cadena con candado.

—Buenas noches —decía Daniel—. Hasta mañana.

Y quedaba inmóvil en las escaleras de piedra de la calzada, sin saber qué hacer.

Una vez echó a andar hacia el centro de la ciudad, descendió las calzadas y cruzó la Plaza Nueva y el puente del Arenal. De pronto se encontró sentado en la terraza de *La Concordia*, ante la misma mesa que solía ocupar con su madre. No tenía idea clara de cómo había llegado hasta allí. Encontrarse a sí mismo en *La Concordia* fue como una sorpresa, como un descubrimiento.

Daniel no tuvo conciencia del tiempo que permaneció sentado sin que una sola idea despertase su cerebro. Pero debió de ser mucho, porque oyó de súbito dar once campanadas en un reloj y observó que la terraza de *La Concordia* había quedado casi vacía.

Y fue entonces, exactamente en ese momento, exactamente en el momento en que oía las campanadas de un reloj y observaba la terraza semidesierta, cuando Pedro le saludó.

—¿Qué tal, Daniel?

Daniel captó su acento comprensivo y amistoso y se lo agradeció en silencio. Recordó vagamente haberle visto en el entierro. De niños habían ido al mismo colegio y luego Pedro había alcanzado no sabía Daniel qué licenciatura en la Universidad de Deusto y en Valladolid antes de hacer unos cursos en la *London School of Economics*. Nunca había buscado Daniel la compañía o la amistad de nadie porque su madre, su pintura y su casa bastaban a su felicidad. Dentro de esos límites, dentro de las fronteras de su carácter poco sociable y expansivo, Pedro era su mejor

amigo; en realidad, su único amigo.

—Ya ves —dijo Daniel.

No reconoció su propia voz. Además le costaba de pronto hablar, le costaba pronunciar palabras.

—¿Esperando a alguien? —preguntó Pedro.

—No.

Pedro tomó asiento cruzando las piernas y cuidando de que no se arrugase la raya de sus pantalones. Le brillaban los zapatos immaculados y un pañuelo de seda se asomaba al bolsillo superior de su chaqueta. Siempre había sido presumido y muy cuidadoso de su persona. Llamó al camarero pidiéndole una copa de coñac y estiró los brazos en uno de sus gestos característicos, cuidando de que sobresalieran unos centímetros los puños de su camisa blanca en los que destacaban, brillantes, sus gemelos de oro.

Tenía la actitud y la apariencia de los hombres muy seguros de sí mismos, un tanto vanidosos, que siempre tienen un chiste que contar, saben decir la frase oportuna en el momento oportuno y miran con insolente agresividad matadora a todas las mujeres y parecen pensar que en cada muchacha con la que se cruzan existe para ellos la posibilidad de una aventura amorosa. Pedro padecía en el fondo de un cierto complejo de superioridad. Cuando después de muchos años de estudiar dibujo y pintura y de emborronar lienzos Daniel hizo su primera exposición, le habló a Pedro del gozo y de la plenitud que experimentaba al pintar. Pedro dijo: «Sí, tiene que ser divertido y absorbente. Alguna vez he pensado en pintar también; pero no tengo tiempo, ¿sabes? Los negocios...». Daniel se había sentido ligeramente ofendido y le había dicho, voz suave: «Para pintar hace falta algo más que tiempo, Pedro. Se necesita también cierta dosis de oficio y de talento». Eran de la misma edad. Hacía unos años Pedro le había presentado a una prima suya, Maite, con la que Daniel salió varias veces al cine, a algún concierto, a una fiesta en la *Sociedad Bilbaína*, y de la que por un momento creyó haberse enamorado.

Dijo Pedro, de pronto:

—Hace tiempo que no la ves, ¿verdad?

Pareció haber adivinado sus pensamientos. Y allí, sentado en la terraza de *La Concordia*, comprendió Daniel de súbito que siempre le había molestado, sin estar consciente de ello, el hecho de que Pedro le conociese tan bien.

—¿Que no la veo? ¿A quién te refieres? —preguntó.

Pedro sonrió.

—Ya sabes a quién, Daniel. Hace tiempo que no la ves, ¿verdad?

—¿A Maite? Sí, hace bastante tiempo.

—Ella te recuerda con mucha frecuencia. Ya sabes cuánto te estima. Cuando una mujer se enamora...

Más que decirlas, había dejado caer las palabras como una red, como una sugerencia.

Daniel musitó, excusándose:

—Algún día la llamaré. Más tarde, cuando pase todo esto.

—Le darás una gran alegría —dijo Pedro.

Otra vez aquel modo tan suyo de dejar caer las palabras como una red, como una siembra.

Daniel quedó súbitamente tenso y con el alma de puntillas.

Le había parecido... sí, le había parecido oír una voz, una voz muy lejana que... Le dio un vuelco el corazón y contuvo la respiración. No, no era posible. Aunque, ¿por qué no?, se preguntó en silencio. ¿No era eso lo que había estado esperando durante las últimas semanas? Permaneció más de un minuto con la boca entreabierta y la mirada fija no sabía dónde.

Pero no sonaba ninguna voz.

—¿Te pasa algo? —preguntó Pedro.

—No, no es nada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿De veras, Daniel?

—Sí, de veras.

Pedro le miró mientras les envolvía el silencio.

—Durante los últimos días —dijo— he pensado llamarte varias veces, pero comprendí que preferirías estar solo. Cuando quieras salir o charlar un rato ya sabes dónde me tienes.

—Sí.

Pedro seguía mirándole directamente a los ojos, sutilmente dominador, como un carácter fuerte imponiéndose a uno más débil o quizá más sensible. Y de repente Daniel no pudo más. Le preguntó:

—¿Crees en la posibilidad de que un muerto se comunique con los vivos? ¿Crees que puede ser posible?

Pedro inició una carcajada y se detuvo. Sus ojos escrutaron con expresión implacable la cara de Daniel.

—Lo preguntas en serio, ¿verdad?

—Sí, completamente en serio. ¿Crees en esa posibilidad?

—No lo sé. Nunca se me ha ocurrido pensarlo. ¿Por qué?

Daniel no respondió.

—¿Por qué me lo preguntas? —insistió Pedro—. ¿Es que tú has tenido... alguna experiencia de este tipo? ¿Piensas acaso que tu madre...?

Y dejó la pregunta sin concluir.

Daniel se arrepintió de haber iniciado aquella conversación. Estuvo a punto de

decirle que San Agustín estaba convencido de que su madre volvería desde el más allá a visitarle y a darle consejos, que Sócrates oía voces y se dejaba guiar por ellas, que Carlos V escuchó varias veces la voz de su madre llamándole, que Dostoievsky también oía voces, que Abraham Lincoln recurrió en diversas ocasiones a médiums espiritistas, que Jung, Einstein y Freud creían en esos fenómenos, que Edison, pocos años antes de morir, intentó construir un aparato para establecer comunicación con los difuntos, que...

Pero no lo dijo, no dijo nada.

Durante siglos la humanidad había sido excesivamente crédula y lo había creído y admitido todo. Ahora, pensó, sucedía lo contrario; nadie parecía dispuesto a creer nada. A veces, ni siquiera lo que tenía delante de los ojos.

No hablaron durante largo rato.

—Te telefonearé un día de estos —dijo Pedro, al fin— por si te animas a dar una vuelta por ahí.

—Sí, llama cuando quieras —musitó Daniel.

Sintió la necesidad de estar solo y se levantó. Pedro se puso también en pie.

—¿Quieres que te lleve? Tengo el coche ahí —y señaló la estación.

—No, daré un paseo. Buenas noches.

—Hasta pronto, Daniel.

Daniel Uriarte echó a andar sintiendo el peso de la mirada de Pedro fija en su espalda.

7

El ascensor de Begoña cerraba a las once de la noche y eran más de las once y media.

Daniel subió sin prisas las calzadas y se detuvo al pasar delante del cementerio. Bajo el cielo gris azulado y la luna grande y redonda, de color amarillo limón, el cementerio parecía una estampa de suave tristura. Era como un melancólico jardín de balada. El reloj de la basílica, también grande y redondo, iluminado, parecía otra luna suspendida en el cielo entre las ramas de los árboles. Un matrimonio, con un niño al que llevaban entre los dos cogido de la mano, bajaba con paso lento hacia la ciudad. Estaba iluminado el *Artagan* y abierta la puerta de la clínica próxima, silenciosa y oscura. Al otro lado sonaba amortiguado el ruido de unos coches y brillaban centenares de luces a todo lo largo de la Avenida Zumalacárregui, con sus casas grandes y rectangulares. Destacaba casi chirriante el neón de *Restaurante Lasa*.

Daniel permaneció un tiempo inmóvil junto a la verja de hierro del camposanto. ¿Se hallaban realmente allí su padre y su madre?, pensó. Movi6 la cabeza.

—No, no —pronunci6 en voz alta—. No.

Allí solo quedaban, se dijo, los harapos de sus vestidos.

Y en aquel instante, mientras dialogaba consigo mismo, Daniel Uriarte dejó de ser un cuerpo hueco. Una pregunta que había permanecido callada en su interior le

invadió por entero. Aquella voz que su madre había creído oír, aquella voz que la obsesionaba y esperaba escuchar de día o de noche, «¿era realmente la voz de mi padre?» se preguntó. ¿Era en verdad posible la comunicación desde el otro lado de la muerte? ¿Tal vez telepáticamente, como una comunicación o comunión de ideas, emociones y sentimientos?

Daniel continuaba parado en medio de la calzada, mirando sin ver el reloj iluminado de la basílica.

Si un año antes alguien le hubiera hecho estas preguntas Daniel le hubiera escuchado con extrañeza y sonreído quizá con oculta piedad. Pero ahora pensaba en sus propios interrogantes, revivía las palabras de su madre y la volvía a ver pendiente de sus sonotones. Pensaba también Daniel en sus recientes lecturas y en lo mucho que le habían impresionado algunos de aquellos datos.

Se respondió a sí mismo: «¿Por qué no?». Luego se ordenó:

—Inténtalo.

Me ardía la cabeza con palabras y experiencias ajenas. Necesitaba experimentar todo aquello por mí mismo. Necesitaba actuar, hacer algo.

—Pero, ¿qué, qué, qué? —me pregunté con angustia en voz baja.

Traté de poner en orden mis pensamientos.

Si el alma sobrevivía, ¿tan ilógico y absurdo resultaba admitir la posibilidad, por remota que fuese, de poder comunicarse con ella bien a través de uno mismo o bien a través de otra persona o de otro medio?

Yo había visto varias fotografías de las sesiones mediúmnicas celebradas en casa de Camille Flammarion, a finales del siglo pasado, y me había sentido impresionado. Recordé ahora también una antigua y fantástica fórmula entresacada del libro De mirabilibus naturae arcanis: «Es fácil comunicarse con el otro mundo: basta una campana hecha de aleación de plomo, estaño, hierro, cobre, mercurio, plata y oro, donde se ha de inscribir Adonis, Jesús, Tetrogrammacio y colocarla luego durante siete días en el interior de la fosa de un cementerio». Que era esta una vieja aspiración y creencia de la humanidad, ¿no lo demostraban —me pregunté— las numerosas tradiciones de viejos tiempos y remotas civilizaciones? ¿No lo demostraban también el Libro de los muertos egipcio, quizá el más antiguo de la historia del hombre sobre la tierra, y las instrucciones a los espíritus de los difuntos en su viaje al más allá de El Bardo Thodol tibetano?

Allí, en la oscura soledad de Begoña, me hice este razonamiento. La telepatía era ya un hecho demostrado, pero no todos los seres humanos poseían el don o la capacidad telepática. Me pregunté: «¿Tan difícil o grotesco resulta admitir la posible existencia de personas que sean una especie de telépatas capaces de sintonizar con la onda de los muertos, para expresarlo de alguna manera, y de comunicarse con

ellos?».

Las sienes me latían con fuerza.

El enigma de la comunicación con el más allá, continué pensando, ¿no podía ser en cierto modo como un aparato de radio que para que funcione necesita una energía especial (electricidad) y una sintonización adecuada? El aparato de radio estaba capacitado para recibir sonidos y voces; pero solamente cuando se le enchufaba y se contactaban las adecuadas longitudes de onda.

Se movían rumorosamente las hojas de los árboles, como suaves chasquidos de dedos, y sonaba ahogado el ruido de un camión que pasaba por la Avenida Zumalacárregui y cuyas oleadas sonoras se agigantaban al rebotar en el túnel, y en la pared y en las casas que orillaban la carretera.

Y todo lo demás era silencio.

Matilde oyó abrir la puerta y corrió al encuentro de Daniel mirándole con expresión preocupada.

—Gracias a Dios que has vuelto —dijo—. Pensé que...

—Pues ya estoy aquí. Anda, acuéstate, que es tarde. Y no sigas esperándome y vigilándome como si fuera un niño.

—En un momento te preparo la cena. ¿Te la sirvo en la sala de estar?

Daniel denegó con un gesto.

—No tengo hambre. Voy a mi habitación.

—Debes comer algo, Daniel, tienes que hacerlo. Sí no, vas a caer enfermo. Le prometí a tu madre que... Ay, Dios mío. Dios mío... Mi pobre señora...

Daniel la miró un instante en silencio. Musitó luego:

—Buenas noches, Matilde.

Ella tuvo un ademán indeciso. Había en sus ojos una expresión reprobatoria y triste.

—Buenas noches, Daniel —dijo al cabo de un instante—. Que descanses bien.

Pero Daniel no descansó aquella noche. Ni siquiera se acostó. Sentado en la pequeña butaca de su dormitorio, estuvo fumando su pipa, meditando y leyendo.

Amanecía cuando entre las páginas de una edición inglesa de la vida de Milarepa encontró un amarillento recorte de *Le Fígaro* de París de varios años atrás. Daniel miró la fecha: setiembre de 1957. Le resultó imposible, por lo borroso y raído, concretar el día exacto. La noticia que había llamado la atención de doña Ana la había destacado *Le Fígaro* con grandes titulares y se refería a una reunión que se había celebrado el día anterior en el *Hotel Leticia* de París. En ella Lord Dowding, que había sido uno de los más altos jefes de la aviación británica durante la última guerra, dirigió la palabra a los congregados y reveló un episodio militar que se había mantenido en secreto. Entre 1940 y 1941 la *Luftwaffe* alemana había bombardeado

Londres y diversos objetivos del sur de Inglaterra; los ingleses necesitaban información sobre los ataques enemigos, fuerzas y aviones de que disponían, campos de aviación desde los que despegaban en la Francia ocupada, operaciones en proyecto... Para conseguir estas informaciones Lord Dowding se sirvió de su mujer, que era médium, para interrogar a los espíritus de los aviadores alemanes derribados sobre territorio británico mientras cumplían misiones de reconocimiento o bombardeo. Junto a Lord Dowding y su esposa se hallaban oficiales del Servicio de inteligencia Militar que tomaron nota de las declaraciones. Se hizo constar oficialmente que esos diálogos entre la médium británica y los espíritus de los aviadores germanos difuntos fueron eficaces para la defensa de Londres y sirvieron para obtener información valiosa sobre las bases que la *Luftwaffe* tenía en la Bretaña francesa, de donde despegaban para bombardear territorio británico. Aseguró Lord Dowding, en su sensacional declaración del *Hotel Leticia*, que aquella insólita maniobra de espionaje hizo posible que los ingleses inutilizaran gran parte de los campos de aviación enemigos y robustecieran las medidas defensivas contra los futuros ataques nocturnos de la aviación alemana sobre Londres.

Sonaban las 9 en el reloj de la basílica cuando Daniel se duchó y bajo a desayunar.

Tenía los ojos irritados y le escocía la garganta. Bebió dos tazas de café ardiente, negro, y encendió su pipa. Ojeó *La Gaceta del Norte* —que Matilde colocaba cada mañana, junto con *El Correo Español*, sobre la mesa del desayuno— y su mirada se detuvo ante una noticia fechada en Nueva York:

«Una gran audiencia, incluyendo periodistas y cámaras de televisión, se reunió en el hotel *Waldorf Astoria* de Nueva York en torno a la médium británica Margaret Staves para escuchar el mensaje del espíritu del actor Lex Barker, muerto el pasado mes de mayo y quien tantas veces encarnó al famoso “Tarzán, rey de la selva”, en producciones cinematográficas. Finalmente Lex Barker lanzó un mensaje de paz y esperanza desde el más allá, según lo transmitido por la señora Staves. La sesión había sido concertada el pasado mes de abril antes de la muerte de Barker entre este y tres amigos famosos actores de Hollywood: Robert Cummings, Arlene Dahl y Rhonda Fleming. Cada uno de ellos escribió un mensaje, introduciéndolo en un sobre y depositándolo en un Banco, en el entendimiento de que intentaría transmitir este mensaje a través de un médium un mes después del fallecimiento de cada uno de ellos. Entre los asistentes se encontraba la viuda de Barker, quien preguntó a la médium si su marido era feliz, a lo que la señora Staves respondió afirmativamente».

Daniel se sirvió una nueva taza de café. Recordó el recorte de *Le Fígaro* con la declaración de Lord Dowding que había leído hacía unas horas y pensó en la curiosa

coincidencia de las dos noticias.

¿Coincidencia?, se interrogó. ¿Y no sería algo semejante al dedo del destino indicándole un camino, una posibilidad? Se hizo la pregunta sin convicción y sintiéndose avergonzado de haber pensado tal cosa; pero al mismo tiempo tuvo conciencia de que aquel pensamiento era como una semilla que oscuramente comenzaba a echar raíces en su interior.

Aquellas noticias, la comunicación entre vivos y muertos, todo aquello... ¿era verdad? Paseó por el jardín y luego, inquieto y poseído de una emoción nueva, subió a su estudio.

10

Y de pronto supo que su vida tenía, en efecto, un sentido y un objetivo: esperar a oír la voz de su madre. Si había algún modo de establecer comunicación, ella lo conseguiría.

Daniel estaba seguro.

PASARON SEIS MESES Y NO LE LLEGÓ LA VOZ.

Daniel Uriarte experimentó entonces la imperiosa necesidad de abandonar su casa y marcharse de Bilbao durante algún tiempo. Aunque, para decirlo exactamente, eso algo que él pensó y decidió por sí mismo, sino algo que de manera oscura se le impuso y le poseyó súbitamente. Fue como una sugerencia o una orden que le llegara de muy lejos que no tuviera más remedio que obedecer.

Sucedió una noche en que Daniel se encontraba solo en la sala de estar.

No hacía mucho frío, pero había encendido la chimenea porque le gustaba ver las llamas y oír su chisporroteo, contemplar los cambiantes colores y el juego de luces y sombra proyectaban. Era una habitación amplia y confortable en la que Daniel siempre se había sentido muy a gusto. Le agradaba mirar, en el lugar de honor sobre la repisa de la chimenea, el retrato al óleo de su padre y las dos copias de Vermeer.

Siendo Daniel todavía muy niño su madre pagó a un pintor bilbaíno para que fuera a Holanda y copiara los dos cuadros de Vermeer que a ella más le gustaban. No eran, curiosamente, ninguno de sus célebres interiores con figuras, sino los dos únicos paisajes que de él se conocen: *La Callejuela* y *Vista de Delft*.

Doña Ana los hizo colocar a ambos lados del retrato, y desde entonces esas pinturas ejercieron en Daniel algo semejante a una fascinación. Nada más verlas por vez primera, desde el momento mismo en que el copista las entregó, Daniel Uriarte comprendió que se hallaba ante un momento y una experiencia decisivos.

Sin embargo, nunca pude sospechar entonces hasta qué punto aquellos dos cuadros iban a ser importantes en mi existencia: encauzaron mi vocación de pintor ya desde la infancia y fueron causa indirecta de cuanto ha ocurrido estas últimas semanas. Paradójicamente, inesperadamente, caóticamente, en este momento todo sería distinto en mi vida, todo, si no hubiera sido porque entonces, cuando yo era niño, cuando yo no había cumplido aún ocho años, mi madre hizo copiar aquellos dos paisajes del maestro de Delft.

Mi madre y mi pintura han sido y son lo mejor y más noble de mi vida: tal vez lo único verdaderamente bueno y noble que he conocido. Y aquella noche, mientras contemplaba el retrato de mi padre y oía el chisporroteo de las llamas y miraba las dos copias de Vermeer, tuve de pronto la necesidad de ver los originales de aquellas

pinturas que solo conocía a través de las copias y de las reproducciones que de ellas había visto en los libros de arte.

Ignoro por qué me resultaba súbitamente tan importante ir a Holanda y contemplar las pinturas de Vermeer con mis propios ojos, tocándolas y acariciándolas con el tacto de mi mirada. Aunque ahora, meditándolo bien y rememorando todo lo pasado, pienso que hasta cierto punto la cosa está muy clara. Aquellas pinturas se hallaban en mí indisolublemente unidas al recuerdo de mi madre. Ir a los Países Bajos, verlas y tenerlas cerca, al alcance de mi mano y mi mirada, sería como aproximarme a ella.

Tal vez allí oiría su voz, tal vez...

3

Daniel Uriarte no supo muy bien lo que realmente pensó y sintió aquella noche. Solo supo con total certidumbre una cosa: que tenía que ir a Holanda. Estaba como arrebatado, tal vez poseído por una voluntad superior a la suya. Una mano gigantesca parecía empujarle hacia caminos insospechados.

Pensó: «¿Quién sabe nunca qué nos espera a la vuelta de cualquier esquina y en qué lugar o bajo qué circunstancia nos aguarda el destino?».

Un punto estaba totalmente claro para él. Por alguna razón que desconocía debía ir a Holanda a ver las pinturas de Vermeer. *La Callejuela* estaba en el *Rijksmuseum* de Ámsterdam; *Vista de Delft* en el *Mauritshuis* de La Haya. Iría allí. No era cuestión de que él lo quisiera o no.

Tenía que hacerlo.

Tomó esa decisión (si es que esa decisión la tomó él; si es que no le fue impuesta de algún modo) un miércoles por noche. Al día siguiente por la tarde, mientras se hallaba pintando en el estudio, *Madame Renaud* le llamó por teléfono.

Era una antigua amiga de doña Ana que residía en Bayona Daniel recordaba que en alguna ocasión su madre le había dicho que *Madame Renaud* era una persona muy sensible que con cierta frecuencia tenía vivencias, visiones y experiencias inexplicables. Doña Ana se había referido a todo eso de forma muy vaga; pero a Daniel no le cabía duda de que su madre estimaba a *Madame Renaud* y admitía seriamente que poseía algún don o capacidad de tipo extrasensorial.

—¿Daniel?

—¿Sí, *Madame Renaud*? ¡Cuánto me alegra su llamada! ¿Cómo está usted?

Se dirigía en coche a Santander, donde una hija suya seguía un curso en la Universidad de Verano, y se hallaba de paso en Bilbao solo por una noche. Se hospedaba en el *Hotel Carlton* ¿Podía ir Daniel a verla cuanto antes?

—Tengo muchos deseos de verte y hablar contigo, Daniel.

—Voy ahora mismo.

Se disponía a colgar cuando *Madame Renaud* dijo, inesperadamente:

—Ella está bien. No te preocupes.

—¿Quiere decir...? —balbució Daniel.

Madame Renaud le interrumpió con voz suave.

—Sí. Tu madre está bien.

Daniel llegó al *Carlton* en unos pocos minutos.

Madame Renaud era una dama de aspecto muy francés y llevaba con señorío y encanto sus casi sesenta años. Siempre le había tratado a Daniel con cariño y cordialidad; pero ya desde niño, desde que la vio por primera vez un día en que fue con su madre a almorzar a su casa de Bayona, a Daniel le había parecido notar en ella cierto sentimiento de lejanía y timidez. Parecía hallarse siempre en guardia, refugiada en sí misma y defendiéndose quizá de su propio don. No le gustaba hablar de esos temas ni comentar sus experiencias. Daniel dedujo que era algo que en cierto modo la asustaba.

Madame Renaud le esperaba en el salón de la planta baja, tomando el té. Besó a Daniel en las dos mejillas, le cogió las manos y le hizo sentarse a su lado.

—Sí, ella está bien. No te preocupes —repitió—. Eres tú quien debe serenarse, buscar la paz.

—Usted... usted...

Eran cosas que sonaban bien en los libros y en las experiencias ajenas. Pero ahora Daniel miró a *Madame* Renaud en silencio, turbado. Poner sus dudas y sus interrogantes en palabras, allá, en el salón del *Carlton*, le parecía de pronto extraño y poco convincente.

Madame Renaud se le adelantó.

—¿Quieres preguntarme si he hablado con ella? Sí. Mejor dicho, ella ha hablado conmigo. Es muy feliz.

—Pero, ¿cómo sucedió? ¿La oyó usted? Quiero decir, ¿era realmente su voz física, que sonaba fuera de usted... o era un mensaje... no sé... telepático?

Madame Renaud movió la cabeza, dubitativa.

—Es tan difícil concretar... Esas cosas ocurren, no sé... Todo es como un calambre súbito, un fogonazo. La primera vez...

Daniel la detuvo.

—Entonces, ¿fueron varias veces?

—Sí. Tres. Las tres en mi casa. La primera fue en la sala de estar. Me levanté para coger un chal, porque sentí de pronto frío, y en el momento de levantarme noté detrás de mí una luz... una presencia.

—¿Era ella?

—Sí.

—¿Detrás de usted?

Madame Renaud asintió.

—Las tres veces sucedió detrás de mí, a mi espalda —explicó—, a una distancia de, digamos, un metro.

—Esa primera vez, ¿mi madre le habló, le dijo algo?

—No. Estuvo unos segundos... nunca consigo tener una idea del tiempo cuando eso sucede, pero sí, supongo que fueron unos segundos... y desapareció.

—¿Y la segunda vez?

—Fue en mi habitación, mientras escribía una carta. Noté repentinamente la luz, la presencia, detrás de mí. Me volví despacio. Y sí, era ella.

—¿Le dijo a usted algo?

—Sí, que era feliz, que le preocupaba tu desesperación, tu dolor... Dijo que estabas como *dans un trou noir* y que debías salir de ese agujero, animarte, tener fe.

—¿En qué fecha se le apareció en esta segunda ocasión?

Madame Renaud entrecerró los ojos, concentrándose.

—Hace... casi siete meses.

—¿Y la última vez, la tercera?

—Fue en el pasillo.

—¿Cuándo?

—¿Hace uno o dos meses? —respondió, interrogándose a sí misma.

—¿Y habló mi madre esa tercera vez?

—No.

—Dice usted que su presencia era como una luz. *Madame Renaud*, ¿cómo se le apareció? Quiero decir: ¿vestida de algún modo... era una forma vaga... una forma humana?

—No sé, no sé...

—¿Y cómo sabe que es feliz? ¿Se lo dijo ella?

Hubo un súbito brillo intenso en la mirada de *Madame Renaud*.

—Creo que sí; no estoy segura. No lo recuerdo. Pero no hacía falta que me lo dijera. Sé que es feliz. Muy feliz. Lo sé de modo positivo, indudable.

Cogió una mano de Daniel con cálida cordialidad y dijo mirándole a los ojos.

—Daniel, toda ella estaba resplandeciente... *comme un grand soleil*...

—¿Está usted segura, *Madame Renaud*? ¿Segura?

Ella afirmó con la cabeza sin énfasis, con sobria y total naturalidad, apenas sin moverse.

Daniel la miró en silencio. Se sentía aturdido y confuso. Había leído algo semejante a lo relatado por *Madame Renaud* y lo había aceptado o rechazado de manera objetiva y con distanciamiento crítico. Pero el planteamiento variaba ahora que se trataba de un caso en el que él se sentía directa y entrañablemente implicado.

Durante un instante recordó la lectura reciente del testimonio del jesuita alemán Ludwig Bonwin, quien acompañado de otros diez religiosos fue recibido en audiencia por el Papa Pío XI. Aseguraba el Padre Bonwin que mientras esperaban en la antesala se les apareció repentinamente el Papa Pío X, que había fallecido nueve años antes. Los once jesuitas le reconocieron y quedaron perplejos. Pío X les miró, les dijo unas pocas palabras y desapareció. Poco después los asombrados jesuitas fueron recibidos

por Pío XI, quien al verles nerviosos y agitados les preguntó qué les ocurría. Le hablaron de la aparición del Papa difunto y Pío XI comentó con tono sereno: «Así que ha vuelto otra vez».

Daniel admitía como verídico y real ese testimonio. También admitía sin reserva alguna casos de los que hablaban en sus libros Chevreuil, Susy Smith o Hans Herlin. Pero ante la presunta aparición de su madre, ante un caso personalizado emocionalmente, Daniel se sentía incapacitado tanto para aceptar como para rechazar lo que acababa de contarle *Madame* Renaud.

Estuvo a punto de preguntarle: «*Madame* Renaud, ¿está usted completamente segura de que vio y oyó realmente eso?, ¿no es posible que todo hayan sido imaginaciones suyas?».

Pero no se atrevió.

Quería creer, le hubiera gustado creer. ¡Le hacía tan feliz aquella imagen de su madre resplandeciente *comme un grand soleil*! Pero sus dudas persistían. Pensó: «Si yo tuviese esas experiencias, si mi madre se me apareciese, si pudiese convencerme experimentándolo yo mismo, yo mismo».

Suspiró. Era algo que le concernía muy directamente y que no podía admitir a través de las experiencias o presuntas experiencias de otras personas. Le resultaba imposible.

Madame Renaud pareció leer sus pensamientos.

—¿Dudas, verdad? Cuanto te he dicho te parece increíble, tal vez absurdo. Acaso pienses que soy una histérica alucinada, una vieja chiflada.

Daniel trató de excusarse.

—No, no...

Madame Renaud sonrió suavemente.

—No..., si te comprendo. Te comprendo perfectamente. No me siento ofendida porque dudes de cuanto te he dicho. No, por Dios, nada de eso. Hay cosas difíciles de admitir si uno no las vive por sí mismo. Te lo he contado porque pensé que era mi deber hacerlo, que tenía que decírtelo, ¿comprendes?; pero no me ofenden tus dudas. ¿Sabes en qué pensé cuando tu madre se me apareció la primera vez? En lo que dijo San Pablo.

Y recordó, meditativamente:

—«Se siembra cuerpo animal y se levanta cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual».

—*Madame* Renaud —preguntó Daniel—, ¿por qué se le ha aparecido a usted? ¿Por qué a usted y no a mí? Yo la espero, espero su llamada, tengo fe en que me hable, en que se comunique conmigo. Me lo prometió. Y yo la espero todos los días... todos los días. ¿Por qué a usted y no a mí?

Ella estuvo un gran rato sin decir nada.

—No lo sé, *mon petit* Daniel —musitó luego, con inusitada ternura—. No lo sé. ¿Tal vez por vuestra propia carga de preocupación y de amor, por vuestra propia

afectividadad? Yo soy una mujer sin respuestas para tus preguntas, Daniel. A veces oigo y veo cosas. Pero ignoro por qué, o cómo. De repente se me colocan delante de los ojos acontecimientos que aún no han sucedido, personas difuntas... En ocasiones todo lo veo de forma incoherente, pero vivida y real. ¿Por qué? No lo sé, no lo sé.

—Voy a irme de Bilbao. A Holanda. A Flandes —dijo Daniel, de pronto—. Hay como una fuerza que me empuja. Creo que conseguiré comunicarme con ella, hablar con ella.

Cuando se despidieron, *Madame* Renaud volvió a besar a Daniel en las dos mejillas y le entregó un libro.

—Léelo. Creo que te interesará.

Añadió, tras una ligera pausa:

—Paz, Daniel. Que Dios te dé paz.

Tres días después Daniel Uriarte inició el viaje.

4

Fue un viaje importante en mi vida, sí, una experiencia inolvidable. Cuando salí de Bilbao yo no sabía que a mi regreso volvería casado. No sabía tampoco que al comenzar ese viaje lo que comenzaba, en realidad, era una increíble y tremenda etapa de mi vida. Porque todo comenzó ahí, en ese viaje. Fue como una pequeña bola de nieve que comenzó a rodar, a rodar, a rodar...

Sí, aquel viaje fue el principio de todo. Pero ¿cómo podía yo imaginarlo? ¿Cómo podía imaginar que una cosa llevaría a otra y que al final, inesperadamente...?

Pero no debo adelantar los acontecimientos.

5

Holanda y gran parte de Bélgica —sobre todo Bruselas y la zona flamenca de Brujas, Amberes y Gante— cautivaron a Daniel de manera intensa y profunda.

Conocía ya París, Roma, Londres, y había visitado sus museos; algunos él solo y otros, siendo muchacho, con su madre. Pero en Holanda y Flandes se sintió fascinado por aquel mundo que siempre había intuido y con el que Daniel se supo curiosamente identificado.

Hizo el viaje en su coche para no encontrarse esclavizado por horarios de trenes y autobuses.

Fue primero a *Ámsterdam* para visitar el *Rijksmuseum*; luego a La Haya para contemplar las pinturas del *Mauritshuis*. Permaneció durante varias horas en actitud expectante y casi orante ante los cuadros de Vermeer; pero no ocurrió nada. Siguió Daniel viaje a Haarlem para ver el *Frans Hals Museum* y a Rotterdam para ver el *Boymans*. Se trasladó más tarde a Amberes, Gante y Bruselas. No hubo museo grande

o pequeño, no hubo catedral, convento o iglesia que conservase alguna pintura famosa que Daniel Uriarte no visitara atentamente y como en fervorosa peregrinación.

Le interesaba sobre todo conocer Brujas y pasar allí días o semanas. Sin embargo, frenó desde el primer instante ese impaciente deseo y dejó la visita para el final; quizá para que fuese una culminación. Porque de todo Flandes le atraía particularmente Brujas, la ciudad que había entrevisto vagamente a través de la novela de Rodenbach *Brujas la muerta*, la ciudad de Van Eyck, Memling, Van der Weyden...

Al recorrer aquellas tierras de Holanda y Flandes Daniel tuvo más de una vez la impresión de hallarse en una gigantesca pinacoteca que era como una prolongación de cuadros al aire libre, un inefable museo a la intemperie. Sin proponérselo comenzó a bocetar paisajes diversos y a siluetear canales, fachadas, puentes y tipos humanos.

Decidió ir a Brujas más adelante, cuando iniciara el viaje de regreso a Bilbao, y mientras tanto pasar en Bruselas una temporada pintando. Se hospedó en el *Hotel des Colonies*, no muy lejos de la Grande Place, y empezó a hacer gestiones para alquilar un estudio durante unos meses.

6

«Pero estamos en las manos de Dios y Él teje y desteje el destino de los seres humanos de modo misterioso.»

7

Dos días después de llegar a Bruselas, hallándose al caer la tarde en un café del Boulevard Anspach ojeando *Le Soir*, Daniel captó unos grandes titulares de la primera página que pregonaban «¿Voces del más allá?».

Leyó la información con febril interés.

Comenzaba en forma de reportaje hablando de unas voces que al parecer habían sido recogidas inexplicablemente en sus magnetófonos por diversas personas que no tenían ninguna relación entre sí y vivían en países distintos. Se hablaba del pintor estonio Friedrich Jurgenson, que residía en un pueblecito próximo a Estocolmo desde los tiempos de la segunda guerra mundial y que hacía ya algún tiempo, un día de junio de 1959, había salido al bosque con su magnetófono porque había rodado una breve película sobre la vida de los pájaros y quería registrar al natural la banda sonora con sus cantos. Cuando horas después escuchó lo grabado se encontró con que brotaban del magnetófono sonidos singulares y voces de procedencia inexplicable. Intrigado y espoleado por la curiosidad, Jurgenson repitió durante varias semanas la experiencia con cintas magnetofónicas nuevas de virginidad absoluta. En una de aquellas ocasiones, decía, había grabado la voz de su madre difunta que le llamaba...

Jurgenson había enviado sus grabaciones y su informe a la Sociedad de Parapsicología de Estocolmo. Cuando al cabo de unos meses se hizo pública la noticia, comenzaron a llegar a periódicos y agencias de prensa de diversos países informes de numerosas personas que aseguraban haber vivido experiencias semejantes. También ellos decían haber recogido accidentalmente en sus magnetófonos frases y palabras cuya procedencia parecía de todo punto inexplicable. Se citaban los nombres de algunos testigos y expertos prestigiosos: el psicólogo Dr. Konstantin Raudive, el español Profesor Germán de Argumosa, el sacerdote católico Leo Schmid...

A la breve exposición que de estos antecedentes hacía *Le Soir* seguía una entrevista con un doctor belga que hacía dos días había pronunciado una conferencia en Bruselas sobre el tema. En una de sus respuestas a las preguntas del periodista afirmaba que esas voces habían llegado hasta su magnetófono desde el más allá.

Según él las pruebas eran terminantes. Aseguraba reconocer en una de aquellas voces la de un convecino y colega suyo muerto hacía catorce años. En su reciente conferencia había dejado oír algunas de las voces grabadas en su magnetófono. El periódico citaba su nombre y la ciudad en la que residía: doctor Cornelis van den Ende, Brujas.

Daniel volvió a leer el artículo y quedó un rato pensativo. ¿Era esa tal vez la respuesta a su viaje, a su búsqueda?

8

Daniel creía comprender ahora por qué le había llegado de súbito en Bilbao el deseo incontenible de ir a Holanda a ver los originales de Vermeer, por qué luego en Holanda había decidido visitar Gante, Amberes, Bruselas y por qué, en fin, había ido aplazando su visita a Brujas.

Pensó que era como un rompecabezas en el que de manera lenta y a veces inesperada las piezas iban encajando con precisión matemática. Tal vez todo eso estaba ya escrito en alguna parte donde pasado-presente-futuro eran una misma cosa. O quizá, se dijo, quizá su madre, desde el más allá, le había empujado a ese viaje.

Estaba Daniel expectante, nervioso.

¿Podría ayudarle el doctor Van den Ende a establecer la anhelada comunicación? Tal vez su madre no podía comunicarse directamente con él y le había conducido a la persona que podría servirle de medio. ¿No era posible que en alguna de las cintas magnetofónicas del doctor de Brujas se hallara grabada la voz de su madre llamándole, hablándole? El interrogante llenó a Daniel de emoción y de urgencia.

No tuvo que preguntarse qué debía hacer; otra vez la orden pareció llegarle de muy lejos; otra vez la mano gigantesca pareció empujarle al camino.

Emprendió en seguida viaje a Brujas, donde llegó poco después de las nueve de la noche. Se hospedó en un hotel de sabor antiguo y recoleto, *De Blauwe Leeuw*, situado

en una callejuela céntrica y casi esquina a la Capilla de la Santa Sangre. Era muy tarde para iniciar cualquier gestión y se acostó.

Al día siguiente encontró la dirección del doctor Cornelis van den Ende en la guía telefónica y fue a verle a media mañana.

El doctor vivía cerca del Quai du Miroir.

A la llamada de Daniel salió a abrir una mujer anciana, obesa y sonrosada, que se cubría el cabello con una extraña cofia de color blanco.

—¿Es esta la casa del doctor Van den Ende?

Ella escuchó muy atentamente, concentrándose como si no entendiera bien la pregunta de Daniel o estuviera un poco sorda. Tal vez no estuviera acostumbrada a oír francés; o acaso el acento de Daniel hiciera las palabras un tanto irreconocibles.

La anciana respondió al cabo de un largo rato, en flamenco:

—*Ja, minjheer.*

Tenía una voz suave que parecía a punto de quebrarse.

Al igual que el muelle-calle y la fachada, la puerta y las ventanas de vidrieras policromadas, ella parecía escapada de un cuadro antiguo. Un rayo de sol entraba en el vestíbulo y creaba en el aire y sobre la alfombra una luminosidad y una sensación de espacio que hubieran envidiado Vermeer y Velázquez.

—¿Podría recibirme? —preguntó Daniel—. Quisiera hablar con él.

Ella escuchó otra vez con ademán reconcentrado.

Daniel observó que, mientras la hablaba, la mujer le miraba los labios e iba repitiendo en voz baja sus palabras, como masticándolas. Daba la impresión de que, más que oírle, le estaba leyendo.

—Dígale que quisiera hablarle sobre esto —añadió Daniel.

Y le entregó el ejemplar de *Le Soir* de la noche anterior.

—¿Tiene usted hora para esta mañana?

—No.

—Entonces no podrá recibirle ahora.

Daniel le explicó que se había trasladado expresamente de Bruselas para ver al doctor Van den Ende y que se trataba de un asunto importante.

—¿Podría usted decírselo así, por favor?

—Un momento. Espere un momento.

La anciana desapareció silenciosamente en la casa, con pasos menudos, y volvió al cabo de unos minutos.

—Esta tarde a las seis.

—Muchas gracias, *mevrouw* —dijo Daniel. Y se despidió con el saludo habitual —: *Dag!*

Eran casi las únicas palabras en flamenco que había conseguido aprender en aquellas semanas.

—*Dag, minjheer!*

A las seis en punto le recibió el doctor Cornelis van den Ende.

Acababa de dar el paso definitivo. Acababa de encontrar el hilo de la madeja que al cabo de unos meses, al desenrollarse de forma insospechada, le conduciría hasta el final.

Pero Daniel no lo sabía entonces.

EL DOCTOR VAN DEN ENDE parecía rondar el medio siglo y era de mediana estatura, más bien delgado, de nariz ligeramente aguileña, de pequeña barbilla y amplia frente. Los ojos azules y movedizos brillaban con intensidad tras los gruesos cristales de sus gafas.

Tenía los labios delgados, el pelo de un rubio ceniciento y las manos nerviosas, de dedos largos.

Una gruesa cortina de terciopelo verdeazulado tapaba la ventana. Dos velones colocados a ambos lados de su mesa de trabajo arrojaban una luz clara e intensa, pero confortable. Era una estancia acogedora, con cuadros en las paredes y una biblioteca llena de libros.

El doctor Van den Ende indicó a Daniel una silla de alto respaldo y él se sentó tras la mesa de su despacho.

Encendió la pipa y dijo, señalando el ejemplar de *Le Soir* que se hallaba entre un libro abierto y una cuartilla a medio escribir:

—¿Ha venido usted a verme sobre esto?

—Sí.

—Bien, dígame en qué puedo servirle.

Era directo, tal vez un poco brusco en sus ademanes y en su voz, pero no descortés.

Daniel le contó la obsesión de su madre creyendo oír la voz del marido difunto y su decisión de comunicarse desde el más allá si le era posible. Le habló también de su propio viaje a Holanda y Flandes buscando no sabía exactamente qué y de la anhelante expectación que había experimentado al leer la noche anterior en Bruselas la información de *Le Soir* sobre las voces por él grabadas.

—Comprendo —musitó el doctor Van den Ende—. Créame que me gustaría poder ayudarle.

La razón de la estancia de Daniel allí parecía haberle animado, humanizado. Su voz y sus ademanes se hicieron más suaves y hospitalarios, más invitadores.

Daniel preguntó:

—Esas voces misteriosas, ¿las ha grabado usted, usted mismo?

—Sí.

—¿Y dónde las grabó? Quiero decir, ¿en qué lugar tenía usted el magnetófono cuando la cinta registró esos sonidos?

—Aquí.

—¿En este mismo despacho?

—Sí.

Miró por encima del hombro de Daniel.

Daniel volvió la cabeza y vio junto a la pared, bajo una antigua fotografía de familia, una mesa sobre la que descansaba un magnetófono grande, de cinta.

—¿En ese magnetófono?

—Sí, con él, ahí mismo.

—¿Y cómo fue, cómo sucedió? Perdona que se lo pregunte así, tan directamente, pero es que...

El doctor Van den Ende levantó suavemente los brazos en ademán comprensivo.

—Lo comprendo. No se excuse.

Encendió nuevamente la pipa, que se le había apagado, y exhaló una lenta y larga bocanada de humo. Fumaba muy despacio, con fruición.

Parecía cumplir un rito.

—Fue de una manera un tanto extraña. Casual. Verá usted... Hace unos dos meses, poco antes de acostarme, puse una cinta nueva porque quería grabar unos datos para un libro que estoy preparando. Era una cinta *Scotch* de setecientos veinte metros. Hablé unos minutos ante el micrófono. Quería asegurarme de que no se me olvidaban unas observaciones que me parecían importantes. No me fío demasiado de mi memoria, ¿sabe?, y todo lo apunto o lo grabo. Estaba muy cansado y olvidé detener el magnetófono cuando fui a acostarme.

—¿También dejó conectado el micrófono? —preguntó Daniel.

El doctor Van den Ende respondió sí con un breve movimiento de la cabeza.

—Al día siguiente por la tarde, poco más o menos a estas horas, me encontré con mi olvido de la noche anterior. Hice girar la cinta completamente para acto seguido poder escuchar lo que había dictado por la noche. Escuché mis palabras, y me disponía ya a seguir hablando ante el micrófono cuando de pronto... allí estaban las voces.

Calló y el silencio envolvió súbitamente a los dos hombres como en algodón, como en una lluvia blanda y opaca.

—En días sucesivos, ¿grabó usted más voces?

—Sí. Como comprenderá, aquello me intrigó. Era algo tan inesperado e insólito. Puse otra cinta nueva y antes de ir a acostarme enchufe el micrófono e hice funcionar el magnetófono. Al día siguiente, apenas desperté, vine a comprobar si había ocurrido algo. Escuché la cinta entera... y sí, se habían registrado más voces. Desde entonces he repetido la experiencia muchas veces. En algunas ocasiones hay metros y metros de cinta en silencio total y solo surgen aquí y allá algunas palabras. En otras ocasiones las voces se suceden con mayor frecuencia y a intervalos más breves. Hubo una noche en que no grabé nada. A veces suenan también una música y un ruido parecido al de una puerta que se abre.

Daniel le escuchaba atentamente, intrigado.

—Doctor Van den Ende, ¿cree usted que son realmente voces? ¿No es posible que

se trate de... sonidos que parecen voces?

—No, no. Son voces.

—¿Y no es posible que esas voces estuvieran ya grabadas en la cinta, que fueron restos de grabaciones anteriores mal borradas, o acaso voces procedentes de alguien que ha pasado por la calle, o de una radio o un televisor que sonaba en alguna parte de la casa?

—No, no es posible. Como comprenderá, pensé inmediatamente en esas posibilidades. En cualquier caso eso pudo haber sucedido la primera vez en la primera grabación fortuita; pero no en las demás. Verá usted... A partir de aquella primera experiencia, antes de colocar una cinta nueva yo mismo la escucho atentamente para asegurarme de que en ella no hay nada grabado. Para mayor seguridad incluso hago examinar cada cinta nueva por técnicos de toda confianza. Puedo asegurarle que cuando se colocaron en el magnetófono esas cintas —con la excepción tal vez, repito, de la primera— todas ellas estaban totalmente en blanco. Eran puras, vírgenes. También hay que desechar la hipótesis de que las voces procedan de ruidos que se producen en alguna otra parte de la casa o en la calle. No, definitivamente no. El origen es otro.

2

El doctor Van den Ende se levantó.

Dejó la pipa sobre un gran cenicero de cristal y comenzó a pasear lentamente por la habitación. Expectante, girando la cabeza, Daniel seguía sus movimientos. Cuando el doctor volvió a hablar, su voz pasó de aquel tono medio casi confidencial al acento un tanto solemne de quien pronuncia una conferencia.

—Esas voces misteriosas, esos fascinantes fenómenos psicofónicos, ¿de dónde proceden y cuál es su verdadera identidad? ¿Aceptaremos la declaración de Jurgenson y admitiremos que fue la voz de su madre difunta lo que él registró el 12 de junio de 1959 en su magnetófono? El así lo asegura tajantemente. La voz de su madre difunta... ¿Diremos simplemente «Bah, tonterías» y nos desentenderemos del asunto con un encogimiento de hombros? ¿Lo achacaremos todo a alucinaciones o a un ingenuo afán de inventar una especie de brujería científica? ¿Diremos que todo es un fraude, diremos que se pretende crear una nueva superstición o un divertimento seudocientífico?

Miró a Daniel como quien espera una contestación.

—No, de ningún modo —se respondió a sí mismo con cierto énfasis el doctor Van den Ende—. Sería demasiado cómodo cerrar nuestra mente a todos los enigmas y desterrar de un manotazo lo que no comprendemos. La verdad es que nos encontramos siempre más allá de la ciencia y de la lógica, con un algo de inapresable e indefinible, algo que ni comprendemos ni acertamos a explicarnos. ¿Somos acaso capaces de medir siquiera dentro de nosotros el espacio que ocupa una emoción? Pero

dejemos eso.

Se sentó, vació su pipa, la llenó parsimoniosamente y la encendió con calma.

—Mire usted. La gran pregunta sobre el enigma de las voces es muy simple: ¿de dónde proceden? ¿Ruedan en nuestro entorno desde hace años o siglos, como ecos de palabras que se pronunciaron un día y cuyo sonido aún subsiste? ¿O son voces que se emiten ahora, palabras que desde algún lugar se nos dirigen en este momento?... Esta es la pregunta, sí, la simple y gran pregunta. Pues bien, tenemos la respuesta en cientos de testimonios concluyentes. Le citaré sencillamente el de un sacerdote católico suizo, el Padre Leo Schmid, que es párroco de Deschgen, en el cantón de Argau. El diez de agosto de mil novecientos setenta registró en su magnetófono unas palabras en alemán: «Na, ist dat so?» (Entonces ¿es así?) y unos días después «una voz de hombre hablando en nuestro dialecto», declaró el Padre Schmid, dijo claramente: “Soy Nicolaus, tu protector. Te saludo, Leo”. Él sacerdote explicó que “se trataba de San Nicolás de Flue, un santo que se venera en esta región”. ¿Sabe usted?, el Padre Schmid asegura que, interesada por este tipo de fenómenos, la Santa Sede ha inaugurado en la Universidad Pontificia Lateranense, para sacerdotes, cursos especiales que explica Andreas Resh, teólogo y profesor que por lo visto está considerado como uno de los más lúcidos exponentes de la cultura católica. No falta, por supuesto, quien habla de las voces como si se tratase de una superstición o de una fantasía. Y no. No es nada de eso; todo lo contrario. Con razón ha afirmado el Padre Schmid que es un fenómeno que interesa a cualquier hombre culto, sea laico o religioso. El tema es serio e importante, hasta el punto de que Pablo VI ha condecorado a Jurgenson, y Henrique Rodríguez asegura que el Vaticano ayuda financieramente esas investigaciones. Ignoro si lo que dice Henrique es rigurosamente cierto, pero mire usted...

El doctor Van den Ende mostró a Daniel una revista francesa que publicaba una fotografía en la que se veía al Papa Pablo VI, en efecto, condecorando a Friedrich Jurgenson.

Se puso nuevamente en pie, tomó un libro de una estantería y se lo entregó a Daniel. Era *Breakthrough*, del Dr. Konstantin Raudive.

—¿Lo conoce? —preguntó el doctor Van den Ende.

—No.

—Procure leerlo. En él Raudive asegura que ha registrado en sus cintas unos ochenta mil mensajes de procedencia ignota. ¿Se da usted cuenta?: unos ochenta mil...

Daniel le devolvió el libro, que el doctor colocó con lenta meticulosidad en la estantería. Luego Van den Ende se sentó y permaneció más de un minuto en silencio, fumando plácidamente mientras contemplaba el humo. Daniel también encendió su pipa. Oyó el sonido vago y diluido de un carillón en alguna parte.

El doctor Van den Ende continuó hablando.

—Los investigadores que exploran este fenómeno han recogido, junto a voces

ininteligibles que son como sonidos balbucientes y ahogados, millares de palabras y frases en varios idiomas actuales... y también algunas palabras claras cuyo significado, sin embargo, nadie ha sido capaz de descifrar. ¿Restos de algún idioma desaparecido? Tal vez. ¿Residuos de lenguas milenarias sepultadas por el polvo de la historia, olvidadas en la cuneta del tiempo? Sí, es posible.

Musitó tras una larga pausa, como si pensara en voz alta:

—¿Ve usted?: en el hueco insondable del enigma caben todas las hipótesis.

Pareció haberle gustado esa frase un tanto lapidaria, porque la repitió pronunciándola con mayor solemnidad y lentamente, como si la paladease.

—Sí, en el hueco insondable del enigma caben todas las hipótesis.

3

Daniel pensó que con aquello el doctor Van den Ende había puesto punto final a sus palabras, pero se equivocó.

—El dato importante —prosiguió— es que estas palabras y frases están grabadas en cinta magnetofónica. No cabe, pues, hablar de subjetivaciones. No son palabras que uno cree oír, no son alucinaciones auditivas, no son imaginaciones sonoras, por decirlo así. No. Son palabras reales de voces externas a nosotros que a veces incluso responden directamente a las preguntas que se les hacen. Todo ello ha quedado aséptica y científicamente registrado. Ese es el dato que importa, ¿comprende? No se trata de una opinión, sino de un hecho. Y como tal está siendo afrontado, meditado e investigado. No hay ni sugestión, ni contagio colectivo, ni fraude, ni falsificación consciente o inconsciente. Los mensajes suelen ser muy breves y generalmente las voces suenan más bien impersonales y neutras, no muy individualizadas a veces. Hablan en varios idiomas, pero casi siempre emplean el mismo idioma que el receptor que está a la escucha. Mucha gente ha estudiado todo esto con rigor y paciencia: psicólogos, técnicos en electrónica, parapsicólogos... Todos han acabado por rechazar cualquier confusión o anomalía, cualquier truco o grabación procedente de seres vivos, interferencia de alguna emisora, cintas empleadas anteriormente y mal borradas... ¿Sabe usted? Se ha investigado también a fondo la posibilidad de que uno mismo hubiera emitido esas voces en una especie de telepatía sonora inconsciente. Pero le repito que resulta indudable que son voces externas a nosotros. Algunas personas han captado también estas voces en sus aparatos de radio, sintonizando con emisoras en el momento en que solo emiten como un gran ruido antes o después de iniciar o concluir sus horas normales de programa. Ha sucedido también que dos o tres personas hablaban ante el magnetófono, dejando espacios en blanco en su conversación, y al rebobinar y escuchar lo grabado se han encontrado con una o varias voces que intervenían en esa conversación de la manera más natural, como si estuviesen en amistosa tertulia. Yo he hecho la prueba varias veces hablando con mi mujer, pero no he conseguido nunca que las voces interviniesen en nuestro diálogo.

Tal vez algún día lo consiga.

Cambió de tema sin transición.

—Pero es muy tarde. ¿Querrá hacernos el honor de cenar con nosotros? Luego podremos seguir nuestra charla.

—Con mucho gusto.

Le presentó a Daniel a su mujer y a sus dos hijas —era una familia amable y encantadora— y después de la cena los dos hombres volvieron al despacho.

4

—Doctor Van den Ende —preguntó Daniel— ¿podría oír esas voces? Quiero decir, ¿podría oír algunas de sus grabaciones?

—Sí, desde luego. Tengo aquí las tres últimas. Las demás están siendo estudiadas en Utrecht, en el Instituto de Parapsicología. También he enviado dos a Londres, a un amigo que es miembro de la *Society for Psychical Research*.

Dio un interruptor iluminando la lámpara que colgaba del techo y se acercó al magnetófono. Era un *Kolster 431*. Sacó de una caja una cinta magnetofónica y la colocó.

—Como ve, la cita es una *Scotch* que tiene una longitud de setecientos veinte metros y que puede grabarse en cuatro pistas. Ya sabe: por arriba y por abajo en cada una de las dos caras. Pero yo solo la grabo por una pista. El magnetófono es un *Kolster* que puede adquirir en cualquier parte. Recuerde que cualquier magnetófono vale. Hay quien ha conseguido grabaciones impresionantes con un pequeño magnetófono de *cassette*. Este tiene tres velocidades: diecinueve, nueve y medio, y cuatro setenta y cinco centímetros por segundo. Como tal vez sepa usted, según los técnicos la velocidad cuatro setenta y cinco da un registro regular de la palabra y de la música; con nueve y medio se obtienen unos registros de excelente calidad musical; y la diecinueve se recomienda cuando se quieren obtener registros más sutiles y delicados para música de alta fidelidad. Hay quien dice que cuanto más baja es la velocidad, mejor; pero yo siempre grabo en la velocidad intermedia de nueve y medio, y así han sido registradas todas mis cintas. ¿Piensa usted hacer la prueba alguna vez?

Daniel dijo que sí.

—Entonces le recomiendo que para la grabación ponga el tono al máximo volumen. Y otra cosa: deje el micrófono a dos o tres metros del magnetófono y colocado sobre un cojín. Recuerde también que Raudive, al iniciar sus investigaciones, tuvo que esperar tres meses antes de conseguir establecer contacto.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien. Observará que este magnetófono dispone de un... ¿cómo se dice?... bien, de un «cuentavueltas». Es muy útil. Como gran parte de las cintas está en blanco, porque las voces surgen a veces bastante distanciadas entre sí, cada mañana rebobino

la cinta; luego la escucho íntegramente y apunto los números en que suenan voces. Así no me veo obligado a escuchar en vano las partes silenciosas. Esta cinta que vamos a escuchar ahora fue grabada ayer noche.

Apretó con ademán solemne la tecla *Play Start* y se oyó el leve susurro de la cinta al girar.

—Escuche ahora.

Daniel agudizó el oído, concentrando toda su atención.

Sonó un ruido vago que podía ser una voz ahogada. También se oyó, entremezclada, una música que parecía de violín. Luego, silencio.

—Durante varios minutos no hay nada —explicó Van den Ende.

Apretó la tecla de avance rápido hasta que el «cuentavueltas» marcó el número que tenía apuntado en una pequeña cartulina.

—Ahora.

Del magnetófono surgió una voz masculina clara y próxima que decía en inglés «Yes, I'm Johnny». Inmediatamente brotó otra voz, esta femenina, suave y fresca, casi infantil. Hablaba en francés: «Comment ça va, Paul?». De nuevo se hizo el silencio y de nuevo el doctor Van den Ende apretó la tecla de avance acelerado mientras consultaba la cartulina llena de números.

—Preste atención.

Era una voz de hombre, patética y al mismo tiempo borrosa, que parecía venir del fondo del tiempo y del espacio. Una voz impersonal y diluida. Pronunció unas pocas palabras que Daniel no entendió. Había algo impresionante en su acento y en la grave lentitud de la voz.

—¿Ha comprendido algo? —preguntó Van den Ende.

—No, nada.

El doctor suspiró levemente.

—En ocasiones las voces son inesperadamente claras y personales. En otras, en la mayoría, son rígidas y acartonadas, como si les costase un gran esfuerzo hablar. Pero esta voz, esta voz... Juraría que ya la he registrado en alguna otra cinta. Y creo que las palabras eran las mismas. ¿Ha reconocido el idioma?

—No.

—Tal vez sea una lengua muerta, el idioma de una civilización desaparecida hace tiempo. Resulta apasionante, ¿verdad?

—Sí. Todo es tan... tan...

Van den Ende se quitó las gafas, limpió los cristales con el pañuelo y se las volvió a poner. Le llamó a Daniel la atención la honda huella que había dejado el aro de sus lentes en la nariz. Era como un enorme surco que parecía extender y unir las dos cejas. Tenía algo de cicatriz.

—¿Fantástico? —concluyó Van den Ende—. Tal vez. Y sin embargo... Pero haga usted mismo la prueba en su casa. Existen numerosas grabaciones de palabras y frases que nadie ha podido descifrar. Son palabras y frases concretas, claras; pero

¿qué significan, a qué idioma pertenecen? No lo sé. Nadie lo sabe. Los lingüistas están estudiando diversas grabaciones y procurando localizar la lengua, identificarla. Veremos qué sale de todo esto. Porque, ¿se da cuenta?, hay una pregunta fascinante: ¿desde dónde hablan esas voces, en qué lugar se encuentran esos seres que nos hablan?...

Suspiró ruidosamente.

—Lo que va a continuación sí lo entenderá. Es una grabación extraordinariamente clara. Escuche.

Una voz de hombre joven cantó una canción de sabor antiguo en flamenco y francés:

*Slaet op den trommele van dirre dom deyne,
Slaet op den trommele van dirre dum dum.
Battez le tambour van dirre dom deyne,
Battez le tambour de guerre.*

—Magnífica grabación, ¿verdad? Estoy sorprendido. ¿Reconoce usted las palabras?

—Las francesas sí —respondió Daniel—. Las flamencas las deduzco por las francesas.

—Es una vieja canción belga —explicó el doctor Van den Ende— que en su famosa novela pone Charles de Coster en boca de su protagonista Thyl Ulenspiegel.

Oprimió el *Stop* y comenzó a rebobinar la cinta.

—Eso es todo —dijo.

Daniel le dirigió entonces la pregunta que más le urgía y preocupaba.

—¿En alguna de sus cintas ha quedado registrada alguna frase o alguna palabra en español?

—Sí, dos... no, tres veces. Espere.

Sacó un cuaderno de uno de los cajones de su mesa y lo hojeó detenidamente.

—Sí, aquí está. «Hola, soy feliz». Hablaba un hombre. En otra cinta una voz de niña dijo: «¿No está Rosita?». En esa misma cinta que registró la voz de la niña, hace cosa de mes y medio, se oyó también una voz muy borrosa, remota. Creo que era la de un anciano. Dijo «*Ongi etorri*». En idioma vasco significa, según me han dicho, bienvenido.

—Sí, así es —confirmó Daniel.

—También se han grabado frases en ruso, italiano, checo, sueco, chino cantones, árabe, alemán..., en fin, en casi todas las lenguas. Incluso en arameo. Sí, también en arameo. Y en griego antiguo y en latín. Y ¿sabe usted?, también en esperanto. Sí, sí, en esperanto.

El doctor Van den Ende metió la pipa, apagada, entre los dientes.

—Sigue usted esperando oír la voz de su madre, ¿verdad?

—Sí.

—Tal vez algún día la oiga. Sí, creo que sí. Tenga paciencia.

—Según el periódico, usted oyó la voz de un amigo suyo muerto hace unos años. ¿Es cierta esa información de *Le Soir*?

Ya estaba rebobinada la cinta. Van den Ende desenchufó el magnetófono, fue hasta la puerta, apagó la lámpara que pendía del techo, dejando solo la luz de los dos velones, y tomó asiento ante su mesa.

5

—Lo es, en efecto —dijo—. Ocurrió hace dos semanas. Fueron solamente cuatro palabras que pueden ser vulgares o pueden tener un significado simbólico, según se interpreten: «Het gordijn gaat open». Es flamenco y significa «Va a levantarse el telón».

—Ya. Y la voz que pronunció esas palabras...

—Era, o creo que era, o me pareció que era, la de un viejo colega y amigo mío, el doctor Joos Rijder. Vivía aquí en Brujas, junto a la Puerta de Gante. Murió hace más de diez años. ¿Sabe usted? Hice oír la grabación a varias personas que le habían conocido, incluida su viuda. No les dije que yo pensaba que se trataba de la voz del doctor Rijder. No, no les dije nada porque no quería influirles ni sugerirles. Incluso les hice oír la cinta por separado. Al oír «Het gordijn gaat open» todos ellos reconocieron la voz del doctor Rijder. Su viuda casi sufrió un colapso...

Daniel hizo una última pregunta:

—¿Hay en sus grabaciones alguna voz repetida, alguna voz que haya dicho algo más de una vez, en distintos días?

El doctor Van den Ende asintió.

—Dos. Las dos son voces de hombre diciendo algo en un idioma que hasta la fecha nadie ha sido capaz de identificar. Cada una de esas dos voces ha sido grabada tres veces, en fechas distintas.

Calló y pareció de pronto cansado y ausente, como si diera por finalizada la entrevista.

Todo era silencio en la casa. Daniel consultó su reloj de pulsera: las nueve y cuarto. Tuvo la impresión de que había pasado una eternidad desde que había entrado, poco más de tres horas antes, en aquel despacho.

—No quiero molestarle más —musitó—. Creo que es hora de que me vaya. Le agradezco mucho su hospitalidad y sus explicaciones.

Van den Ende sonrió ampliamente.

—Siempre tomo un *borroltje por* las noches. Es para mí casi una tradición. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto.

Mevrouw Van den Ende se les unió. Abrió un armario al pie del mueble-biblioteca y sirvió las dos copas de ginebra holandesa. Ella bebía una taza de té y fumaba un

cigarrillo. Se generalizó la conservación y hablaron de todo un poco durante bastante tiempo. En medio del silencio que les envolvía, en aquel ambiente grato y acogedor como un interior burgués pintado por Vermeer o Pieter de Hooch, o por Gerard Ter Borch quizá, Daniel tuvo por un momento la sensación de que el tiempo no existía, de que el tiempo se había detenido.

6

Era casi medianoche cuando se despidió del doctor Van den Ende y de su esposa y se adentró en las calles calladas y desiertas camino del hotel.

DANIEL PERMANECIÓ en Brujas más de dos semanas. Le fascinaba la ciudad con su mezcla de vitalidad y de melancolía y con la honda belleza íntima de sus rincones. Los atardeceres poseían un encanto inefable con los últimos rayos del sol dorando las viejas piedras y el delicado claroscuro que se posesionaba de calles, puentes y canales. El sonido de campanas y carillones tenía, le parecía a Daniel, como un indescriptible sabor a lluvia que le hacía evocar a veces su casa y campanadas del reloj de la basílica de Begoña.

Daniel esperaba el mensaje, la voz de su madre. Y mientras tanto se sentía vivir en Brujas como dentro de un cuadro del siglo xv o xvi. Cuando oscurecía reencontraba la ciudad doliente y estremecida de Rodenbach. Daniel se creía entonces transportado a otras épocas como si de repente, al doblar una esquina y penetrar en cualquier rúa empapada de silencio, todo él hubiese dejado de existir en el presente para descender por las escaleras del tiempo. Los viejos faroles arrojaban una luz que tenía un algo de fantasmagórico.

Era, pensaba vagamente Daniel como sí al anochecer calles y las plazas de Brujas se iluminasen con luz de cirios.

Todas las tardes a la seis acudía a casa del doctor Cornelis van den Ende para oír las grabaciones de la noche anterior, esperando oír un mensaje de su madre.

Se decía cada mañana, al despertar:

—Tal vez hoy me hable. Tal vez esta tarde...

Pero el doctor Van den Ende apretaba el botón, comenzaba a girar la cinta en medio de un silencio expectante, pasaban grandes trozos de silencio, sonaban voces en diversos idiomas, surgían palabras que a veces no entendían, tal vez una música breve, casi inaudible, y eso era todo. Y Daniel salía de nuevo a pasear un rato por Brujas antes de ir al hotel y pensaba una y otra vez: «Mañana. Quizá mañana».

En aquellas semanas establecí unas relaciones muy cordiales con el doctor Van den Ende y su familia. Eran muy sociables, con un gran sentido de la hospitalidad. Uno de los antepasados de la señora Van den Ende, de soltera Smitjers, había tenido además estrecho contacto comercial con el Consulado de Bilbao establecido en Brujas en siglos pasados y en el que la familia de mi madre había desempeñado un papel de cierta importancia. El recuerdo de este antiguo Consulado de Bilbao en

Brujas dio en cierto modo un acento casi familiar a nuestro trato.

Después de escuchar las cintas magnetofónicas me quedé muchas veces a cenar. En alguna ocasión les invité yo a almorzar fuera. La hija mayor, Marietje, me sirvió de guía durante varios días haciéndome conocer la ciudad antigua y algunos lugares de los alrededores.

Era una muchacha veinteañera, opulenta, simpática y apetitosa.

De su brazo conocí toda Brujas: sus viejos rincones, sus edificios historiados, sus leyendas, sus portales y sus obras de arte. Me fue muy grata la compañía de Marietje en aquellos días en que por mis retinas desfilaron una y otra vez los puentes solitarios, los canales dormidos, la fina y complicada orfebrería arquitectónica de alpinos de sus edificios que parecían delicados bordados hechos piedra. Y de noche, inundándolo todo, el hondo silencio respunteado por la música serena de los carillones.

Una mañana le dijo Marietje a Daniel:

—Mi padre va a ir a Londres dentro de unos días. ¿Te lo ha dicho?

—No.

—Suele ir de vez en cuando. Esta vez asistirá allí a una reunión que al parecer va a ser muy importante.

Daniel detectó un oculto significado en su modo de decírselo. La muchacha parecía estar sugiriéndole algo.

—¿Piensas acompañarle? —preguntó Marietje.

—¿Acompañarle? Marietje, ¿qué quieres decirme exactamente?

—Le oí hablar ayer por teléfono con un amigo suyo de Londres —explicó ella—. Mi padre habló de ti y de tu madre, de lo mucho que deseas establecer comunicación con ella.

—¿Y...?

—Mi padre cree que allí, en esa reunión... tal vez consigas lo que buscas.

—¿Comunicarme con mi madre?

—Sí —dijo la muchacha—. Estoy segura de que te hablará de ello.

Pero el doctor Van den Ende no tocó el tema aquella tarde. Ni a la siguiente. Ni a la otra. Y nada había para Daniel en las voces del magnetófono. «Mañana, tal vez mañana». A veces Daniel paseaba solo, durante el día, y se sentaba junto a un canal y leía el libro que en Bilbao le había dado *Madame Renaud*.

Era *La troisième oreille*, de Belline. Llevaba a manera de prólogo una carta de Gabriel Marcel y había sido publicado recientemente en París por Editions Robert Laffont. En él se reproducían las conversaciones telepáticas que Belline había sostenido con su hijo Michel, muerto en 1969 a los veintitrés años de edad en accidente de automóvil. Los diálogos se habían iniciado en abril de 1971 y se habían

prolongado, con lapsos de silencio que a veces duraron semanas y aun meses, hasta abril de 1972.

Era curioso, pensó Daniel, que existieran varios libros recogiendo los diálogos entre el padre famoso vivo y el hijo difunto. Recordaba *Raymond or Life and Death*, de Sir Oliver Lodge, y *The other side*, de James A. Pike, obispo de la iglesia episcopal de California y conferenciante prestigioso. El obispo Pike había sido además noticia mundial con motivo de una emisión de televisión que se celebró en Estados Unidos en 1967 y en la que a través del médium Arthur Ford, ante millones de asombrados telespectadores, logró dialogar con su hijo Jim, joven estudiante que se había habituado a las drogas y que después de un «viaje» provocado por el LSD se había suicidado en Nueva York.

La lectura de *La troisième oreille* apasionó a Daniel. Según Belline, su hijo le había dicho que la vida en el más allá era «inimaginable para vosotros, etérea, indescriptible». Vivía sometido «a otros espacios y otros tiempos». Hablaba de «dulces vibraciones», de «un conjunto de sonidos, de ideas, de colores distintos» a los de la tierra. Se refería al «intercambio entre las ondas, los sonidos y la luz». Y decía: «Somos luces pensantes en el espacio. ¿Puedes imaginarlo?»...

Daniel suspiraba, confuso y meditativo.

La muerte y el destino del alma en la otra vida seguían siendo una cortina detrás de la cual sucedía algo. Daniel imaginó el más allá como cercado por una puerta inmensa de cerradura misteriosa y cuya llave venía buscando afanosamente la humanidad desde el fondo de los siglos.

Ese pensamiento le aturdía y emocionaba.

Miraba atentamente a su alrededor, para tomar contacto con la realidad, y continuaba su lento paseo. Y dentro de él una voz le susurraba, insistente:

—Mañana. Quizá mañana.

4

Fue un sábado a hora todavía temprana —aún no habían dado las ocho— cuando inesperadamente el doctor Van den Ende telefoneó a Daniel para decirle que...

5

Pero se me acaba el papel y tendré que pedirle al enfermero-guardián que, por favor, me traiga más cuartillas y otro bolígrafo.

Mañana continuaré mi relato.

6

Al otro lado del hilo la voz del doctor Van den Ende sonaba un poco confusa y atropellada. Había en ella un acento de soterrada expectación, casi de triunfo. Daniel pensó: «Tal vez la voz de mi madre...»; y el corazón le falló un latido.

Dijo, procurando serenarse.

—*Goeden morgen*, doctor Van den Ende.

—*Goeden morgen, minjheer*. Acabo de escuchar la última cinta magnetofónica. La de ayer noche.

Notó Daniel intensamente la presencia y el peso de su corazón, que de súbito pareció endurecerse y hacerse más denso y pesado. La angustia y la esperanza se le subieron ahogadoras a la garganta.

Preguntó:

—¿Y ha grabado algo... algo importante, doctor?

—Es posible. ¿Puede pasar por aquí? Estaré todo el día en casa. Creo que hay algo que puede interesarle.

—¿Quiere usted decir que...?

Van den Ende le interrumpió.

—No lo sé. Tal vez.

—¿Qué es, doctor, qué es?

—Una voz de mujer ya madura hablando en español. Dice solamente unas pocas palabras. Las he apuntado lo más fielmente posible.

—¿Y cuáles son, doctor?

—La voz de la mujer dice: «¿Estás bien, hijo?», y luego tres palabras más.

Daniel quedó con la respiración contenida, con el alma de puntillas. Tuvo la caótica impresión de que de pronto le faltaba el aire, de que no acertaba a respirar.

—¿Puedo ir ahora mismo, doctor?

—Sí, cuando quiera.

Daniel caminó muy despacio hasta la casa del doctor Van den Ende. Tal vez en el fondo tuviese miedo, miedo de que no fuese la voz de su madre. ¡Pero aquellas palabras, aquella pregunta para él tan familiar, tan inolvidable!

Trató de darse ánimo diciéndose en voz baja:

—Es ella. Tiene que ser ella.

El propio doctor Van den Ende salió a abrirle.

Se estrecharon las manos sin decir nada y pasaron inmediatamente al despacho. Van den Ende se acercó al magnetófono.

—Comprendo su impaciencia y expectación, lo que siente... —dijo, mirando a Daniel lentamente—. Pero piense que tal vez no sea lo que usted espera.

Daniel movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

Van den Ende consultó la cartulina en la que había anotado los números del «cuentavueltas» y oprimió el botón.

—Aquí es. Escuche.

Brotó del magnetófono, clara y dulce, una voz de mujer madura que decía:

«¿Estás bien, hijo? ¿Te encuentras bien?». Eran las mismas preguntas, era el mismo acento expectante de doña Ana.

Pero no era ella.

Daniel no dijo nada. El doctor Van den Ende posó en él sus ojos, en silencio, y musitó:

—Lo siento.

Le preguntó de pronto:

—¿Piensa volver pronto a su casa, a Bilbao?

—No lo sé. Realmente no lo sé —contestó Daniel—. Me siento indeciso, aturdido. Ni siquiera sé por qué inicié este viaje. Cuando estuve ante las pinturas de Vermeer, en Ámsterdam y La Haya, no sentí nada, no ocurrió nada de lo que esperaba. Pensé entonces que quizá Vermeer había sido como un punto de referencia que había de conducirme a allá adonde deseaba llegar, de una manera indirecta, dando un rodeo, como si dijéramos. Cuando leí en *Le Soir* un resumen de su conferencia, las voces del magnetófono, la voz de su amigo y colega difunto, pensé que tal vez... Ahora no sé ya qué pensar, qué hacer...

—Sí, comprendo.

El doctor Van den Ende permaneció varios minutos pensativo.

—¿Sabe usted, Daniel? —pronunció luego, con voz suave—. El jueves próximo voy a Londres. Suelo ir casi todos los años una o dos veces, cuando celebramos alguna sesión en la que tratamos de establecer comunicación con nuestros difuntos. Hemos obtenido algunos resultados impresionantes, verdaderamente impresionantes. Hace unos días un buen amigo mío, miembro de la *Society for Psychical Research*, me telefoneó para decirme que está preparando una sesión que promete ser particularmente interesante. Todo serio y científico, en privado. Nada de sensacionalismos, por supuesto. Le he hablado de usted. Me ha dicho que, si usted quiere, puede asistir.

Le tendió su bolsa de tabaco y Daniel denegó con un gesto.

El doctor Van den Ende cargó su pipa y la encendió con su acostumbrada parsimonia.

—¿Ha participado alguna vez en una sesión espiritista? —preguntó.

Daniel dijo que no.

—¿Quiere que le diga una cosa? Tal vez su viaje a Holanda para ver esas pinturas de Vermeer no haya sido inútil. Tal vez consiga pronto su propósito después de haber dado, como usted decía hace un rato, un gran rodeo. Creo que allí en Londres, en esa reunión, oirá usted la voz de su madre. Lo presiento, lo sé...

Le puso una mano en el hombro y dijo con voz suave y cordial:

—No podría explicarlo, pero estoy seguro.

Daniel se fue en seguida. No tenía humor para salir de paseo con Marietje. Van den Ende le acompañó hasta la puerta.

Dijo desde el umbral, mientras Daniel salía:

—Recuerde: el jueves próximo. Creo que lo que busca le está esperando en Londres. Piénselo seriamente.

Daniel le prometió que así lo haría.

7

Fue aquel un fin de semana triste y vacío para Daniel Uriarte. Le habitaba por entero una gran indecisión. No sabía ya qué pensar ni qué hacer. Tampoco se sentía con fuerzas para regresar a Bilbao. Sabía que se derrumbaría al hallarse otra vez en aquella atmósfera en la que todo le hablaba obsesiva y dolorosamente de su madre. No solamente las habitaciones, los muebles, los cuadros y los mil objetos diversos, sino otras muchas cosas que a Daniel le traían de manera más directa su recuerdo: determinado cambio de luz en el aire, la hora del té, el sonido de las campanadas de la basílica... Sobre todo le helaba y sacaba de quicio el pensamiento de entrar en casa y no encontrar a su madre. Ese momento de cruzar el umbral sabiendo que ella no estaba le llenaba de dolor y desazón. Era algo que le producía pánico.

«Tengo que intentarlo todo antes de regresar», se dijo.

Por la noche, sintiéndose nervioso e indeciso, Daniel rezó con concentrada intensidad y casi llorando suplicó a Dios que le orientase e indicase el camino a seguir. Como siempre, colocó la campanilla de su madre en la mesita de noche.

Pero todo fue inútil.

Pasó el fin de semana. El lunes, mientras cenaba en casa de los Van den Ende, el doctor le dijo:

—Embarcaré dentro de tres días en el *ferry-boat* de la noche que zarpa de Ostende. El viernes por la mañana debo estar en Londres. ¿Piensa usted acompañarme?

Daniel respondió que aún no lo sabía.

—Estoy —le explicó— esperando una señal.

Sonrió al decirlo. Pero era verdad: esperaba una señal.

Aquella noche leyó en la cama hasta pasadas las dos de la madrugada. Se durmió con la luz encendida, con el libro entre las manos. Y de repente un sonido tintineante le despertó. ¡La campanilla, la campanilla sonaba!

Daniel miró su reloj. Las cuatro y trece minutos.

8

Pueden ustedes pensar, si quieren, que aquel tintineo existía tan solo en mi imaginación. Sí, bien sé que es eso lo que piensan. «No, no fue la campanilla», me han dicho ustedes cuando en los interrogatorios llegábamos a ese punto. «Lo que ocurrió fue muy sencillo. Usted estaba obsesionado y dejaba siempre la campanilla

sobre la mesita esperando que sonase, esperando que de algún modo su madre la hiciese sonar. Aquella noche, además, estaba usted esperando una señal. Usted deseaba oír esa campanilla y la oyó; pero el tintineo sonó solo dentro de usted, no fuera»...

Oh, conozco esas explicaciones. Son, sí, muy lógicas; pero están equivocadas.

Porque no fue un sueño, no. Y tampoco fue algo que yo creí oír, sino algo que oí. No lo hizo sonar mi deseo, ni mi mente, ni mi inconsciente. No. La campanilla sonó. Sonó. Alguien que físicamente no estaba en mi habitación la balanceó, la movió, la hizo tintinear.

Sé muy bien hasta qué punto la imaginación puede a veces confundirnos. Sé también lo que se cuenta del poeta Heine cuando en sus últimas semanas de vida, hallándose imposibilitado y no pudiendo alcanzar la campanilla, la hizo sonar por la fuerza de su propio pensamiento ni más ni menos que si la hubiera tañido con sus manos. Conozco todas esas explicaciones y aún podría añadir algunas más. Pero les aseguro, les juro que la campanilla sonó.

Me quedé mirándola.

Parecía moverse, oscilar muy suavemente; pero no estoy seguro de eso, no podría jurarlo. De lo que estoy totalmente seguro es de que mientras la miraba seguía sonando. Y tintineó durante un rato más, quizá durante un par de minutos. Tin-tin-tin-tin tin-tin.

¡Sonaba, sonaba!

Daniel no consiguió nunca describir con precisión lo que experimentó mientras oía el tañido de la campanilla.

Era algo que había estado esperando durante meses y que al realizarse y convertirse en realidad le produjo una sensación de sorpresa y aturdimiento y en cierto modo, también, de incredulidad.

Rompió a llorar y luego, levantándose de la cama, se arrodilló en el suelo. Se sentía como un personaje del Greco. Se caía dentro de sí mismo, se caía hacia arriba. Experimentaba en su interior un vértigo ascensional.

Gritó al vacío de su habitación:

—Mamá, mamá, ¿estás aquí? Mamá, ¿me oyes? ¡Mamá!

Nadie le respondió.

El tintineo cesó de súbito.

Febri!, Daniel cogió la campanilla y la hizo sonar durante varios minutos. Le parecía como si con su tañido pudiese hablar con su madre, comunicarse con ella, restablecer de algún modo el contacto.

Pero solo le respondió el silencio.

El jueves por la noche, acompañando al doctor Van den Ende, Daniel Uriarte salió para Londres.

SE HOSPEDÓ EN UN PEQUEÑO y tranquilo hotel de Vicarage Gate, a un paso de Kensington Gardens. El doctor Van den Ende se alojaba en casa de unos amigos que vivían muy cerca, en Church Street.

Casi dos meses estuvo Daniel en Londres. Fue una estancia que había de tener enormes consecuencias en su vida: estableció por primera vez contacto con el más allá y conoció a Ingrid.

Y así se iniciaron realmente los acontecimientos que iban a ser la causa de que ocurriera cuanto más tarde, hace unas semanas, ocurrió. En Londres comenzó a rodar la bola de nieve que luego iría agigantándose y adquiriendo formas y dimensiones inesperadas hasta aplastarle bajo su peso.

Todo comenzó el mismo día de su llegada, cuando, al atardecer, el doctor Van den Ende pasó a buscar a Daniel al hotel y le introdujo en los círculos espiritistas que él frecuentaba.

Hasta entonces Daniel no había asistido a ninguna sesión. Las únicas experiencias que tenía indirectamente relacionadas con esos temas se reducían a las palabras de *Madame* Renaud asegurándole que su madre se le había aparecido, la campanilla que tintineó en el hotel de Brujas y las voces registradas en el magnetófono del doctor Van den Ende.

Para la educación bilbaína de Daniel Uriarte el espiritismo constituía esencialmente en aquel momento un interrogante un tanto confuso y una emoción en cierto modo oscura y prohibida.

Pero era también, pensaba, una posibilidad que acaso le permitiría por una parte comunicarse con su madre y calmar así su dolor y, por otra, obtener de manera directa respuesta a las preguntas que casi todos los seres humanos se habían hecho alguna vez: ¿qué sucedía cuando moría el cuerpo?, ¿qué ocurría con el alma que, según la fe religiosa, sobrevivía?, ¿qué era el alma y adónde iba?, ¿cómo y qué era el más allá: un lugar o una dimensión desconocida situada fuera del tiempo y del espacio?, ¿cómo vivían los espíritus?, ¿procedían de ellos las misteriosas voces grabadas en los magnetófonos del doctor Van den Ende, del doctor Raudive, de Friedrich Jurgenson, del Profesor Argumosa y de centenares de personas más, personas normales que a través del aparato de radio y sobre rodo del magnetófono las escuchaban casi

diariamente y aun sostenían en ocasiones breves diálogos con ellas?, ¿qué había al otro lado de la muerte, en el ignoto territorio de los ausentes?...

De la mano del doctor Van den Ende y de sus amigos, Daniel penetró en ese mundo con curiosidad y empujado por la obsesión de su dolor, pero también con seriedad, sin ninguna avidez sensacionalista y, por así decirlo, con religiosidad y pureza de alma. Daniel confiaba en la posibilidad de obtener alguna experiencia real, convincente e intelectualmente satisfactoria (al menos para él) que aportase alivio a su pena y contestación a sus preguntas.

Le resultó impresionante penetrar en ese mundo y pensar que todo había comenzado hacía algo más de un siglo, aquel día de 1846 en que en Hydesville, una pequeña aldea próxima a Nueva York, las hermanas Fox, Katie, de seis años, y Margaret, de ocho, se quejaron a su madre de que en la habitación en la que dormían sucedían cosas inexplicables: se oían golpes extraños, que los espiritistas llamaron luego *raps*; algunos muebles se movían sin que al parecer nadie los tocase, sonaban palmadas sonoras, las puertas se abrían y cerraban solas... Al oír las misteriosas palmadas la madre comenzó ella también a golpearse con fuerza las manos y los ruidos enigmáticos se hicieron entonces más intensos e insistentes. La señora Fox dio varias palmadas y se vio de repente detenida en sus movimientos, como si algo o alguien la interrumpiese. Un vecino amigo de los Fox tuvo la idea de convertir las letras en número según su orden de situación en el alfabeto y tratar de mantener así una conversación con el misterioso productor de aquellos ruidos y hechos inexplicables: A, una palmada; B, dos; C, tres palmadas... Dos *raps* o golpes significarían Sí; un solo *rap*, No. En ese primer diálogo oficial del espiritismo moderno, le explicaron a Daniel, el interlocutor invisible dijo llamarse Charles Haynes y haber habitado hacía algunos años en aquella misma casa en la que, afirmó, había sido asesinado. «El asesino me enterró en el sótano», explicó. Y allí, entre carbón, cal y vajilla rota encontraron en efecto algunos cabellos y restos óseos de un cráneo humano. El presunto asesino, cuyo nombre había citado el espíritu, fue detenido e interrogado. Negó su culpabilidad y continuó en libertad. La familia Fox fue expulsada de la comunidad metodista y emigró a Rochester.

Comentando el tema con Daniel, dijo Mr. Blake, en cuya casa se hospedaba el doctor Van den Ende:

—El espiritismo es polémica hoy y lo fue también en sus orígenes. La hermana mayor de Kate y Margaret, Leah, que tenía entonces veinte años, comercializó pronto la expectación creada e ideó unas sesiones en las que actuaban Katie y Margaret como médiums y a las que el público, pagando su correspondiente entrada, acudió en muchedumbre. Poco después Katie y Margaret volvieron a causar sensación declarando, al parecer presionadas, que todo había sido una farsa y que ellas habían producido los misteriosos *raps* chasqueando el dedo gordo del pie y consiguiendo diversos efectos por medio de una bola sostenida con un bramante. Pero era una explicación que no cubría todas las extrañas manifestaciones observadas en la «casa

encantada» de Hydesville. En cualquier caso, el espiritismo era ya un hecho. En 1852 miles de adeptos se reunieron en Cleveland. En 1892 Katie y Margaret juraron solemnemente en público que todo lo ocurrido en Hydesville había sido auténtico y no fraudulento. Las dos eran ya entonces mujeres de cierta edad. Katie tenía cincuenta y dos años y Margaret cincuenta y cuatro. Las dos morirían poco después. Katie aquel mismo año y Margaret poco después, en el noventa y tres.

Mr. Blake se interrumpió y le preguntó a Daniel, de súbito:

—¿Agua o soda? ¿O prefiere un poco de hielo?

—Agua, por favor —dijo Daniel.

Era el atardecer y se hallaban en la sala de estar de los Blake en Church Street.

Mr. Blake sirvió *whisky* a Daniel y al doctor Van den Ende, y sin prepararse ninguna bebida para sí mismo encendió un cigarrillo y se instaló confortablemente en su butaca.

Prosiguió, mirando a Daniel:

—Sobre la realidad de los sucesos de Hydesville tenga usted en cuenta simplemente estos hechos: además de las dos niñas, intervino la propia Mrs. Fox, con sus palmadas y su conversación con el espíritu; la existencia real y la desaparición misteriosa de aquel Charles Haynes que el espíritu decía ser y que había vivido años atrás, efectivamente, en aquella casa; el hallazgo de cabellos y de restos óseos craneanos bajo la capa de cal en el sótano... Y recuerde usted, de paso, que los Fox ocuparon aquella casa cuando el inquilino que la habitaba, un tal Michel Weakman, la abandonó temeroso y preocupado porque no podía soportar ni comprender los ruidos y hechos inexplicables que se producían en el inmueble. Aunque los sucesos de Hydesville, a decir verdad, no importan demasiado en sí mismos. Importan, sí, en sus consecuencias y en lo que tuvieron de punto de partida. Pero lo que interesa fundamentalmente son los incontables casos de comunicación con el más allá que se han registrado desde entonces. Incontables, verdaderamente incontables, millares y millares, ayer y hoy, en los puntos más diversos del planeta.

Tras una breve pausa planteó un interrogante:

—¿Que ha habido y sigue habiendo confusiones y fraudes?

Prosiguió, respondiendo a su propia pregunta:

—Sí, desde luego. Quiero que comprenda usted que precisamente nosotros, los convencidos, somos quienes más interés tenemos en desenmascarar trampas y engaños y quienes, por nuestro conocimiento del tema y del ambiente, mejor podemos detectar la infinita variedad de fraudes que se realizan en algunas falsamente llamadas sesiones espiritistas. Recuerde usted esto: lo mismo que el buen católico no admite en seguida y sin más ni más cualquier presunto milagro sin visos de garantía y autenticidad, así el buen espiritista se muestra reacio a admitir que ha habido comunicación con los espíritus si la sesión no se ha celebrado con las garantías exigibles.

Mr. Blake permaneció un instante pensativo.

—En las sesiones —añadió— todo contribuye o puede contribuir al fraude preparado y muchas veces incluso al fraude inconsciente. Lo que sobre todo importa, de manera definitiva, son las facultades y la personalidad moral del o de la médium. He conocido últimamente una persona de extraordinarios poderes mediánicos y que sin embargo, arrastrada por su afán de celebridad o de lucro, llegó a realizar imposturas difícilmente descubribles. Poseía una portentosa capacidad telepática que le permitía leer en la mente de los asistentes y captar finamente sus estados de ánimo. Hay médiums que engañan a los testigos ingenuos; y puedo asegurarle que no siempre es por dinero o por vanidad. No. A veces lo hacen, ¿lo adivina usted?, por compasión. Sí, sí, por compasión. Otros médiums les engañan también, pero es porque antes de engañar a los demás se han engañado a sí mismos. Quiero decir que en ocasiones confunden su propio subconsciente con el más allá. ¡Es un mundo tan complejo y delicado, de fronteras tan leves y sutiles! Recuerdo una sesión en la que un médium prestigioso y honrado pareció establecer contacto con el espíritu de la hija de una anciana allí presente. El médium dijo exactamente lo que esa madre desconsolada quería oír; algo íntimo y familiar que databa de hacía muchos años, un dato pequeño y poco importante que solamente ella y su hija muerta podían conocer. Todos, comenzando por la propia madre, aceptaron aquello como prueba concluyente de que se había establecido una comunicación real. Pero no era así. El médium había recogido aquel dato extrayéndolo en estado de trance de la mente de la pobre señora... Suele ocurrir una cosa curiosa; curiosa y, por otra parte, hasta cierto punto comprensible. Y es que mucha gente piensa en el médium o en la médium como si de alguna manera se tratara de una persona santa, por así decirlo. No cometa usted nunca ese error. La médium es... como un teléfono; pero un teléfono, recuérdelo, con vida propia. También la médium tiene su identidad humana; con todas sus consecuencias. Ser médium es ser puente, medio de comunicación. Es algo que no tiene por qué relacionarse forzosamente con la virtud. El médium vale por su facultad y por lo que tiene de instrumento, no por su tabla de valores morales. Por eso es preciso tener mucho cuidado de que en la sesión intervenga únicamente como tal puente e instrumento y sin que su misión se vea tergiversada por la interferencia de su yo consciente o inconsciente.

Mr. Blake había aplastado el cigarrillo en un cenicero y hablaba en voz baja, mirando sus dedos entrecruzados y sin cambiar de posición en la confortable butaca en la que parecía, más que sentado, hundido.

Siguió diciendo en el mismo tono de voz conversacional:

—Tenga en cuenta que los hechos mediúmnicos no se producen a voluntad. El poder mediánico desaparece a veces o se debilita sin que se sepa por qué; y el médium no siempre acierta a resignarse. Son muchos los que en esas ocasiones han simulado poseer el poder mediánico que ya no poseían. Otros, por vanidad, han simulado trances que no eran reales.

»Más de una vez un médium ha caído en la trampa y ha establecido contacto con

el espíritu de un ser que nunca había existido, de un imaginario difunto inventado por uno de los asistentes... El buen médium consigue «vaciar» de sí mismo para que un espíritu hable u obre a través de su cuerpo. Es una cuestión, le repito, de facultad y aptitud o más propiamente, si usted quiere, de «don». Pero no es una cuestión de virtud. Naturalmente, no faltan médiums responsables que emplean ese don de una manera que pudiéramos llamar sacerdotal y viven la vida espiritual que se supone corresponde a su noble y alta misión. Otros explotan su don con fines meramente económicos o lo convierten muchas veces en instrumento de vanidad y de soberbia.

Se llevó un cigarrillo a la boca y Daniel se adelantó a darle fuego.

—Gracias —dijo Mr. Blake.

Exhaló una bocanada de humo y se incorporó levemente en la butaca.

—Algunos son tramposos por naturaleza —continuó—. Otros acaban locos, como Slade, que murió en una casa de salud y a quien unos años antes Flammarion había descubierto escribiendo en una pizarra disimulada por debajo de la mesa. Leon Denis estudió bastante a fondo todo eso y llegó a la conclusión de que los fluidos pesados y malsanos de los espíritus inferiores alteran el estado general de los médiums. Según él, los fluidos perturban su juicio y su conciencia y en casos extremos pueden conducir a la obsesión y a la locura. Algunos han comparado esos fluidos, en un sentido puramente metafórico, claro, a aquellos misteriosos gases que había en el lugar donde se edificó el templo de Apolo en Delfos y donde la Sibila realizaba sus célebres vaticinios. Esta Sibila era en realidad una sucesión de pitonisas a las que había que sustituir con cierta frecuencia, porque al parecer los gases les provocaban histerismos y alucinaciones que desembocaban alguna vez en la demencia. En fin, eso se dice... En cualquier caso, por observación propia, creo que la actividad mediánica es, desde luego, muy delicada y compleja. Mucho. Mucho.

Permaneció de súbito callado y tranquilo, sin moverse, y por un instante Daniel pensó que le sucedía algo. Pero Mr. Blake continuó hablando con su voz grave y llana, en el mismo tono conversacional:

—El propio Allan Kardeck dijo de los médiums que son «personas accesibles a la influencia de los espíritus y más o menos dotadas de la facultad de recibir y de transmitir comunicaciones». Sí, eso dijo, textualmente. Tal vez le parezca una definición poco fervorosa. No, nada de eso. Allan Kardeck es, por si usted lo ignora, el hombre que más ha hecho por el espiritismo. Su verdadero nombre era Hippolyte Rivail. Era francés, de Lyon, y murió en 1896. En mi opinión es uno de los benefactores de la humanidad, uno de los más grandes hombres de la historia. ¿Piensa usted que exagero? Otro día le hablaré de él, si usted quiere; le aseguro que vale la pena. Ahora le diré tan solo que él es quien más y mejor ha iluminado y robustecido el espiritismo. Y su definición del médium es una definición perfecta y realista, Totalmente realista, objetiva. Porque debe usted recordar siempre, siempre, que la facultad mediánica no es una cuestión de santidad. No, en absoluto. Ni siquiera es necesariamente una cuestión de virtud. No. Como le he dicho hace un rato, es

simplemente una cuestión de «don»; eso es todo: un don que unas personas tienen y otras no. Kardeck sabía muy bien lo que hacía al dar esa definición del médium. Conocía el tema como nadie y amaba a Dios y al espiritismo sobre todas las cosas. Por cierto, ¿ha leído usted (y citó el título no en inglés, sino en el original francés) *L'Évangile selon le Spiritisme*?

—No —dijo Daniel.

Mr. Blake se levantó y buscó el libro en una pequeña biblioteca acristalada. No lo encontró y le prometió que al día siguiente se lo dejaría en la conserjería del hotel.

Esbozó de pronto Mr. Blake una sonrisa tímida y musitó:

—Pero le estoy aburriendo a usted. ¿A santo de qué ha venido mi larga disertación sobre los médiums?

Permaneció en actitud meditativa durante unos segundos.

—Ah, sí, había comenzado a hablarle de los orígenes oficiales del espiritismo. Hydesville. Las hermanas Fox. Sí, lo recuerdo. Bien. Katie y Margaret Fox tenían poderes mediánicos, poderes auténticos. Tenían el don, sí; de eso no cabe la menor duda. Pero tampoco cabe la menor duda de que, como les ha sucedido y les sucede a muchas médiums, eran criaturas muy complejas y sensibles... y bastante mitómanas.

Esa fue, a manera de prólogo, la primera lección que Daniel recibió sobre las interioridades de aquel mundo para él nuevo y en tantos aspectos fascinante.

Lo demás lo iría aprendiendo por sí mismo en las semanas siguientes.

3

Antes de asistir a la sesión definitiva, a la única que fue verdaderamente importante para él, Daniel Uriarte acudió en aquellos primeros días de su estancia en Londres, con el doctor Van den Ende, a diversas sesiones que le produjeron una impresión de incompletez e insatisfacción.

Más que en busca de una experiencia profunda y enriquecedora, pensó que algunos de los asistentes estaban allí para pasar simplemente el rato, como quien acepta la invitación de una familia amiga para ocupar la velada jugando al pinacle o al *bridge*. A otros, en cambio, Daniel les notó inquietos y tensos, como anticipadamente emocionados y habitados acaso por la esperanza de que dentro de pocos minutos podrían comunicarse con el espíritu de algún ser amado. En cada sesión se creaba pronto, en cualquier caso, un ambiente expectante.

Daniel observó que había siempre una tenue y crispada nerviosidad en el aire.

4

La sesión que había preparado Mr. Blake se celebraría dentro de unos pocos días, La médium que intervendría era, le dijo Mr. Blake a Daniel, absolutamente

extraordinaria.

Daniel recordó siempre sus palabras exactas:

—Habría que remontarse a los tiempos de Mrs. Pipe, Florence Cook y Eusapia Palladino para encontrar otra mujer de tan portentosa capacidad mediánica.

Daniel esperaba con impaciencia ese momento, esa sesión, y acudía mientras tanto a las otras sin solicitar ninguna intervención y en una actitud de observación pasiva.

Vio en una ocasión cómo la mesa de madera se movía de pronto bajo sus manos como si hubiera adquirido vida propia, mientras sus patas golpeaban la respuesta a una pregunta. (Mr. Blake le explicó a Daniel que Faraday había demostrado hacía ya años que los movimientos de las mesas podían ser producidos por los impulsos inconscientes de los propios asistentes).

En otra de las sesiones Daniel observó que el contacto no se estableció directamente con los espíritus o presuntos espíritus invocados por algún asistente, sino con un «espíritu-guía» o «control». Supo entonces por las explicaciones del doctor Van den Ende que eso solía ser frecuente en las sesiones espiritistas. La médium establecía contacto con su control del más allá y este, a su vez, retransmitía a través de la médium los mensajes de tal o cual espíritu.

El «control» era, dedujo Daniel, como un médium de los espíritus. Le dijo el doctor Van den Ende que algunos médiums comunicaban siempre con el mismo control mientras que otros lo hacían con tres o cuatro diferentes a lo largo de su vida.

—¿Sabe usted? —le explicó Van den Ende—. Florence Cook tuvo siempre un solo guía: Katie King. El guía o control de Eusapia Palladino se llamaba John King. Mrs. Piper, en cambio, tenía al menos dos: Feda y Finuit. Muchas veces, sin embargo, los espíritus hablan por sí mismos. Hay médiums que al transmitir las palabras de los diversos espíritus, al vaciarse para que estos ocupen su cuerpo, cambian de voz y a veces de expresión facial. En algunos casos puede ocurrir que ese control o espíritu-guía no sea sino un desdoblamiento de la personalidad del médium. Pero en otros... Yo creo, amigo Daniel, que la intervención de ese control podría explicar la existencia de algunas frases vagas o incomprensibles que a veces se reciben en sesiones en las que se han establecido contactos auténticos. ¿Sabe usted? El espíritu que se comunica por medio del «control», allá en su mundo, se encuentra en gran medida limitado por la identidad intelectual de ese control. Verá... Nosotros solemos decir siempre que el control o espíritu-guía es como un repetidor o una telefonista que en ocasiones puede dar mal los recados y aun tergiversar o embarullar los mensajes. ¿Comprende? Imagine usted a un gran pianista interpretando en un piano desafinado o a un hombre de pocas luces tratando de reconstruir las sutilezas argumentales de un filósofo.

Para Daniel era aquel un mundo un tanto extraño y caótico en el que todo parecía posible. Muchas emociones humanas —el dolor, la obsesión, la esperanza, la duda...— alcanzaban allí con frecuencia su punto límite.

Le contó una tarde Mr. Blake:

—Es rigurosamente histórico el caso del abogado criminalista de cierta fama que se enamoró apasionadamente de una mujer que a su vez estaba enamorada de un hombre que sostenía en secreto relaciones íntimas con otra mujer. El abogado conocía ese dato. Contrató a un médium inescrupuloso y organizó una sesión a la que entre otros invitados asistieron las dos mujeres y el odiado rival. Valiéndose de preguntas aparentemente inocentes y de los trucos subsiguientes, consiguió que un «espíritu» desenmascarase la situación. Dicen que el rival y la otra mujer confesaron su intimidad impresionados por la revelación del más allá... y que la Eva amada se echó inmediatamente en brazos del abogado, quien al parecer no perdió el tiempo y pocos días después la llevó al altar.

Conoció Daniel en una de las reuniones a un joven médico que le aseguró que en la muerte de su padre había visto cómo le salía de la cabeza el periespíritu en forma de una pequeña nube de vapor de color blanquiazul. El periespíritu era, según la concepción espiritista, dedujo Daniel, el cuerpo fluidico que, junto al alma y como cuerpo-soporte del alma, se desprendía del cuerpo percedero en el instante de la muerte.

—Eso es lo que explica —le dijo el doctor Van den Ende— que una persona siga sintiendo dolor en el lugar que ocupaba, por ejemplo, el brazo que se le ha amputado.

Mr. Burnes-Lytton, un anciano a quien Daniel y el doctor Van den Ende encontraron en una de las sesiones, les invitó con tal insistencia a que tomaran una copa en su casa que no tuvieron más remedio que aceptar.

Mr. Burnes-Lytton tenía hermosos grabados y acuarelas de valor y una gran biblioteca en la que Daniel vio los volúmenes de la *Society for Psychical Research* y numerosos libros de tema espiritista. Daniel observó que parecía sentir especial predilección por cuanto se refería a la escritura automática y a las comunicaciones directas. Vio el *Fragmento de una sonata dictada por el espíritu de Mozart*, la *Historia de Juana de Arco dictada por ella misma a Mlle. Ermance Dufau*, *La realidad de los espíritus demostrada por la escritura directa* del barón Ludwig von Guldenstaben. Mr. Burnes-Lytton les mostró también una publicación aparecida en Barcelona en 1934 y cuyo texto se suponía dictado por Allan Kardeck a María Vilanova, del grupo «Amor y Vida» de Barcelona: *Una pequeña relación de nuestro hermano Alian Kardeck, pidiendo misericordia a Dios y al Divino Maestro por sus hermanos terrenales*.

El doctor Van den Ende se mostró cortésmente interesado por el tema y Mr. Burnes-Lytton tomó un libro de la biblioteca y lo hojeó con fruición, con la mirada ensimismada.

Daniel miró las letras del lomo: *The mystery of Edwin Drood*, de Dickens.

—Es un ejemplar de la primera edición estadounidense —habló Mr. Burnes-Lytton con los ojos brillantes—. ¿Comprenden?, la primera edición de la novela completa.

Hablaba con entusiasmo casi febril.

—Ya saben ustedes que Dickens la estaba escribiendo en el momento en que murió como consecuencia de un derrame cerebral. Se publicó su manuscrito como lo que era, un fragmento de algo inconcluso, y fueron varios los escritores ingleses que trataron de terminar el argumento dickensiano; pero sus esfuerzos resultaron poco convincentes. De súbito en Estados Unidos, cuatro años después de la muerte de Dickens, apareció un libro que causó sensación. Era *The mystery of Edwin Drood...* completo. Sí, este libro que tengo en las manos, lo que Dickens había dejado sin terminar lo concluyó un joven artesano sin gran instrucción ni gustos literarios que se llamaba T. J. James y residía en una pequeña localidad del estado de Vernon. James practicaba la escritura automática cuando inesperadamente el espíritu de Dickens se comunicó con él en varias sesiones espiritistas. Más tarde, durante siete meses, James sirvió a Dickens como mediador para continuar y concluir la novela a través de la escritura automática. Muchos fueron los escepticismos y muchas las burlas, pero críticos literarios y expertos británicos declararon unánimemente que la continuación y el desenlace de la novela eran perfectamente dickensianos y que el texto escrito por James contenía incluso algunas faltas de ortografía características de los manuscritos del gran escritor. Oh, pero hay muchos, muchos casos semejantes. Aquí, muy cerca de esta casa, una muchacha de catorce años escribió dos libros que causaron confusión y perplejidad entre historiadores y eruditos: la *Vida de Juana de Arco* y *Las confesiones de Luis XI*. Otras personas han escrito música dictada desde el más allá por Bach, Beethoven, Chopin y otros célebres compositores.

6

Hablo con cierta extensión de mis experiencias de Londres no porque yo trate de hacer la detracción o el panegírico del mundo espiritista, sino porque todo ello es parte esencial de mi historia.

Ya habrán adivinado ustedes, por ejemplo, que la médium tan elogiada por Mr. Blake, y a la que yo conocería por aquellas fechas, era Ingrid...

Pero ya lo iré contando todo a su debido tiempo.

En cuanto a Mr. Burnes-Lytton, hay algo que nunca he olvidado, nunca.

7

Mr. Burnes-Lytton había ocupado un cargo importante en el *Home Office* o Ministerio del Interior, Viudo desde hacía casi treinta años, contó a Daniel y al doctor

Van den Ende que a los pocos meses de haber perdido a su esposa, hallándose una noche sentado ante su escritorio, sintió la necesidad de empuñar un lápiz y de colocar ante sí una hoja de papel.

Lo hizo y su mano se movió, dijo, sin que él pudiese controlarla; se encontraba como en un trance.

Cuando leyó lo escrito quedó perplejo. Era la letra de su mujer, una carta de su mujer. Eso se había repetido varias veces al mes durante más de diez años. En las cartas había alusiones, referencias, apodosos y pequeños detalles que solo él y su esposa conocían.

De súbito, la escritura automática cesó tan repentina y misteriosamente como había aparecido.

Mr. Burnes-Lytton trató entonces de encontrar otro medio de comunicación con el *ouija-board* o *planchette* que él mismo había hecho de la manera más simple y rudimentaria.

Dibujó con tinta una semicircunferencia sobre un cartón blanco y escribió, dentro de ella, todas las letras del alfabeto. En la base de la semicircunferencia escribió: a la izquierda, Sí; en el centro, No sé; y a la derecha, No. En el centro de la línea-base colocó una pequeña flecha a manera de aguja de reloj.

Antes de acostarse, después de haber rezado sus oraciones (pertenecía a la iglesia anglicana) Mr. Burnes-Lytton realizaba todas las noches la misma operación.

Invocaba el espíritu de su mujer, se sentaba oprimiendo suavemente la aguja de madera y esperaba a que ella, desde el más allá, hiciese mover la flecha diciéndole, letra a letra, sus palabras de amor y de esperanza.

—Hace ya casi veinte años, desde que cesó la escritura automática —explicó—, que venimos conversando todas las noches de este modo...

Miró tímidamente al doctor Van den Ende y a Daniel y musitó:

—¡Si supieran ustedes qué gran consuelo representa esto para mí, la plenitud y el sentido que da a mi vida! ¿Comprenden, comprenden?

Les miraba expectante, como excusándose ante ellos. Excusándose también, acaso, ante sí mismo. Daniel pensó que sin duda Mr. Burnes-Lytton se había preguntado más de una vez si quien movía realmente la aguja señalando las letras era el espíritu de su esposa o era él mismo, él y su inconsciente, él y su deseo de comunicarse con la muerta amada que estaba lejos, muy lejos.

Repitió el anciano:

—¿Comprenden? ¿Comprenden?

Daniel asintió en silencio, emocionado. Le comprendía. Sí, Daniel le comprendía muy bien.

MR. BLAKE GOZABA DE GRAN RESPETO y prestigio en la *Society for Psychical Research* y hacía ya tiempo que no acudía casi nunca a las sesiones de aficionados ni a las comerciales. Cuando lo hacía era para analizar algún punto concreto de interés —un nuevo médium del que le habían hablado, por ejemplo— o para investigar alguna sospecha o acusación de fraude.

Su esposa, una mujer alta y huesuda de aspecto victoriano, pero cordial y muy inteligente, le preguntó a Daniel qué impresión había sacado de las sesiones a las que había asistido con el doctor Van den Ende.

Daniel le contestó que le habían producido cierta decepción.

—Todo en ellas tiene —dijo— un algo de teatralidad. Todo resulta, así me lo parece, al menos, un tanto inconvincente. Más que con una experiencia positiva y satisfactoria, la verdad es que me he encontrado *con* una especie de espectáculo curioso e interesante por la variedad de emociones humanas que en él confluyen, pero nada más.

Mrs. Blake no hizo ningún comentario, limitándose a escucharle con atención y ofreciéndole después una taza de té.

Su marido miró a Daniel largo tiempo en silencio.

—Estoy de acuerdo con usted, amigo mío —dijo—. Sí, completamente de acuerdo. Pero piense un momento: ¿cuántas veces se ha hablado en los periódicos de nuevos productos al parecer capaces de curar el cáncer o de conseguir, pongo por caso, que crezca el pelo? En cualquier confesionalidad religiosa, ¿cuántas veces el vulgo proclama «santas» o «milagrosas» a determinadas personas o manifestaciones? Aquí y allá, sea cual sea el tema o la sociedad de que se trate, ¿qué porcentaje de todo eso es finalmente admitido por las personas o las autoridades competentes?... Entre nosotros sucede lo mismo. Mire usted: se calcula que de todas las presuntas comunicaciones de índole espiritista —o espiritualista, como algunos quieren ahora que se diga— solo de un diez a un veinte por ciento son auténticas. Sí, sí, solo de un diez a un veinte por ciento. Todo lo demás es afán de lucro, sensacionalismo, morbosidad, histeria, vanidad o fraude. Sobre todo, fraude.

Mr. Blake bebió unos sorbos de té despaciosamente y añadió:

—Es infinita la variedad de fraudes: La imaginación humana parece inagotable cuando se trata de buscar algún modo de engañar a los demás. Hay muselinas que en la oscuridad parecen ectoplasmas; músicas, *raps* y voces misteriosas que a veces surgen de pequeños altavoces ocultos y difícilmente localizables; bramantes, cables y diminutas palancas y muelles invisibles que mueven mesas; gases inodoros que

semejan neblinas; trucajes fotográficos o cinematográficos; trances simulados; perfumes cuyo olor inunda de repente el local; objetos, cabezas o miembros impregnados de polvo fosforescente que producen una impresión fantasmal... A veces incluso un pie calzado con guante, en la penumbra y en un estado de expectación, semeja una mano surgiendo de la nada. Sí, todo eso es posible. Todo eso y mucho más.

Hizo una pequeña pausa.

Dijo luego:

—Añada usted el estado emocional de quien espera ponerse en contacto con el espíritu de un ser querido; el dolor tantas veces obsesivo y añorante y que con frecuencia se convierte en la desesperada y terrible necesidad de ver y oír, fuera de uno, lo que uno solo ve y oye dentro de sí; el deseo de huir de las amarguras y de las estrecheces de la vida vulgar de cada día, que para algunas personas es como una intolerable prisión de la que desean evadirse al precio que sea; la música y los cánticos, si los hay y las invocaciones solemnes, que en seres muy sensibles pueden crear un ambiente propicio a la credibilidad excesiva; la casi total oscuridad de la sala, que facilita el fraude y convierte a muchos de los allí reunidos en testigos poco o nada fiables; el gabinete, al que no siempre se examina con el suficiente rigor...

Hablaba, como siempre, calmosamente y sin ningún énfasis.

—La desesperación y el dolor, amigo mío, crean milagros al revés; y nunca falta algún malvado, o simplemente algún desaprensivo, que se aprovecha del sufrimiento y de la credulidad ajena. He leído algunos de los libros que publicó el jesuita mejicano Heredia, que con tanto tesón ha dedicado su vida a denunciar los fraudes espiritistas, y debo decirle que estoy de acuerdo con él en casi todo lo que escribió en ese sentido. Todavía existen en Estados Unidos algunos fotógrafos que le prometen, al hacerle a usted un retrato, fotografiar también junto a usted el espíritu de alguno de sus parientes difuntos. Buguet cobraba en el París de 1874 veinte francos oro por cada una esas fotografías. Se habló mucho de ello a finales del siglo pasado y comienzos de este. Pero se hace difícil creer que tal cosa continúa existiendo hoy, ¿verdad? Pues existe. Son trucajes fotográficos tan torpes y elementales que no engañarían a un niño. Sin embargo, engañan a miles de adultos.

Acabó su té y se levantó para depositar suavemente el platillo con la taza sobre la mesa. Volvió a sentarse y pronunció, con voz grave:

—Sí, engañan a miles de adultos. Les engañan porque son muchos los que necesitan consuelo a su dolor y en cierto modo quieren ser engañados.

Encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Comprenda usted esto: más que la verdad, lo que muchos buscan al acudir a las sesiones es el consuelo. Y eso es lo que generalmente reciben, si lo reciben, de médiums y organizadores comerciales o neuróticos incapaces de ofrecer una verdad que sea también consuelo. He dicho neuróticos. Desgraciadamente, no faltan en determinados círculos. Se exaltan, se obsesionan, ceden a las fantasías y delirios del

inconsciente y acaban muchas veces creyendo sus propias invenciones. Son como pobres criaturas alucinadas adorando los ídolos de barro que ellas mismas han modelado. A mediados del siglo pasado y aun en momentos más próximos a nosotros, cuando el afán de sensacionalismo y de falsa espiritualidad cegó a las gentes, el espiritismo mal entendido aportó muchos clientes a las consultas del psicoanálisis y a los hospitales psiquiátricos. La verdad es que se ha conseguido bastante desde que se fundó aquí, hace poco menos de un siglo, la *Society for Psychical Research*. Recuerde que entre los fundadores figuraban algunos de los sabios y científicos más prestigiosos de la época. *Sir* Oliver Lodge era profesor de la Universidad de Liverpool y el psicólogo Henry Sidgwich lo era en la de Cambridge, y créame que con razón se le llamó el ser más crítico y escéptico. Estaban también *Sir* William Barret, el filólogo Mayers... y el más ilustre de todos, el gran físico y químico William Crookes. Se había creado tanto sensacionalismo y tanta histeria en torno al espiritismo que la Sociedad Dialéctica, fundada también aquí en esta ciudad, se reunió para estudiar la propuesta de exterminar para siempre los fenómenos espiritistas que, en su opinión, no eran sino fruto de la imaginación. Bien. Se formó una comisión de treinta y tres sabios más o menos eminentes para que emitieran un veredicto; y estos, tras año y medio de investigaciones, se pronunciaron a favor del espiritismo. En Estados Unidos sucedió algo semejante. El propio William James, ya sabe, el psicólogo y filósofo americano, se maravilló ante los poderes mediúmnicos de Mrs. Piper. Sí, mucho se ha conseguido a pesar de los fraudes, comercializaciones y delirios. No le han faltado a nuestra causa la ayuda de personajes famosos; aunque, a decir verdad, esto en ocasiones no significó gran cosa. Creo que *Sir* Arthur Conan Doyle merece más elogio por la creación literaria de su detective Sherlock Holmes que por haber defendido tan a ultranza el espiritismo. El bueno de Doyle padecía exceso de credibilidad y más de una vez aceptó como manifestaciones auténticas lo que no eran sino torpes y descaradas simulaciones. Y creo también que lo mismo le sucedió en destierro de Jersey a Víctor Hugo cuando con tanto fervor se dedicaba a dialogar con los grandes personajes de la historia a través de las mesas giratorias. Malos son todos los apriorismos, pero pienso que en manifestaciones de esta índole acaso resulta más perjudicial el ingenuo que todo lo admite que el escéptico que no admite nada... Sí, sí, comprendo muy bien la decepción que ha experimentado usted en las sesiones a las que ha asistido. Como antes le decía, más que experiencias serias y responsables se trata en un ochenta por ciento de los casos de burdos engaños o lamentables histerismos. Pero recuerde que hay también una porción apreciable de manifestaciones reales... y eso es lo que importa. Lo demás no pasa de ser *divertimiento* propio de barraca de feria o de espectáculo de variedades. Pero recuerde, recuerde: queda ese diez a veinte por ciento.

Hubo un ligero cambio en su voz cuando añadió, mirando fijamente a Daniel:

—Le hablé el otro día de una médium realmente extraordinaria, ¿recuerda? Se trata de una sesión que he organizado con mucho interés y que creo no le

decepcionará. Privada, desde luego. Seremos muy pocos.

Concluyó en voz baja:

—Quizá en ella encuentra usted lo que busca. Sí, ¿por qué no? Será pasado mañana. Tal vez sea esa una fecha memorable en su vida.

2

«*Lo fue.*»

3

Los Blake y el doctor Van den Ende pasaron a buscar a Daniel al hotel y fueron a una casa de la calle Davies, situada entre Oxford Street y Grosvenor Square.

Eran las siete de la tarde. El día, soleado y con un cielo sin nubes, blanco y azul, había sido primaveral.

En Hyde Park a la altura de Marble Arch, en el Rincón de los Oradores, un grupo de curiosos rodeaba a un jamaicano que vociferaba desde su improvisada tribuna. Las tiendas y grandes almacenes de Oxford Street habían cerrado hacía ya tiempo y, sin las aglomeraciones de sus acostumbradas muchedumbres llenando las aceras, la larga calle era casi irreconocible. En uno de los cines proyectaban una película erótica francesa; unas pocas personas formaban cola ante la taquilla. Tres autobuses que se dirigían a la Estación Victoria pasaron los tres juntos, uno detrás de otro, casi vacíos. Había gente cenando en un *Wimpy* frente a *Selfridges*.

Mr. Blake tuvo que hacer una larga maniobra para adentrarse en Davies Street y paró el coche frente a una casa de noble fachada decimonónica.

—Apéense ustedes —dijo—. Yo voy a buscar un sitio para aparcar.

Volvió en unos pocos minutos y ascendieron los tres escalones que conducían al portal grande y un tanto solemne en cuyas paredes colgaban grabados con escenas de caza.

La doble puerta del ascensor era de madera, con cristales. Dentro tenía un pequeño banco tapizado de piel y un gran espejo brillante y rectangular en el que se reflejaba como un aura la luz sobria y comedida de la lámpara que pendía del techo.

Se detuvieron en el segundo piso.

Olía a madera suavemente impregnada de cera, a aire limpio y tibio, a bienestar. Daniel miró la alfombra gruesa y sin arrugas y las dos puertas del pasillo. Una, en el extremo izquierdo, era la del servicio. En la otra, situada no en el centro, sino ligeramente hacia la derecha, había una breve placa de bronce con solo un apellido, escuetamente, sin nombre ni iniciales: *Moore*.

Mrs. Blake oprimió el timbre.

Les abrió una mujer de edad indefinible entre los treinta y los cincuenta y que por

su vestido, su peinado y su actitud daba la impresión de disciplinada contención, como si tuviera especial empeño en pasar desapercibida y borrar su propia individualidad. Obviamente, dedujo Daniel, era el ama de llaves, a mitad de camino entre la señora y la servidumbre.

—Buenas tardes, Martha —dijo Mrs. Blake con un tono de voz en el que había un ligero toque de condescendencia.

La mujer les envolvió en una rápida mirada neutra y despersonalizada, como si no les viera.

—Buenas tardes, señora, señores —musitó.

Y entraron.

4

Era una habitación amplia, confortablemente amueblada y al mismo tiempo íntima y familiar.

En la mesa portátil del televisor en color había un *Daily Express* y un ejemplar de la revista *Woman's Own*. Daniel vio una acuarela de Turner y varios óleos de diversos pintores: paisajes ingleses y un retrato de niña. Unas cortinas blancas colgaban ante el ventanal que daba a Grosvenor Square y desde el que se veía el gran edificio de la Embajada estadounidense.

La alfombra era tupida, grata al pie y a la mirada. Había una mesa baja, grande y circular, de caoba, y a su alrededor un tresillo y varias butacas de piel.

Sobre unas mesitas estaban encendidas dos lámparas con pantalla de pergamino que parecían cortar y distribuir la habitación en diversos compartimentos con sus haces de luz. Un hermoso mueble-biblioteca, también de caoba, tapaba casi una pared entera.

Daniel observó que era una biblioteca leída, viva, sin la monotonía de esas estanterías que a veces aparecen llenas de volúmenes uniformemente encuadernados que dan una penosa impresión de desuso, como si todo ello constituyese tan solo un respetable elemento decorativo y los libros no hubieran sido leídos jamás.

Había una lámpara grande, de pie, encendida junto a la biblioteca.

No se notaba en la sala ningún asomo de ostentación. Sin embargo, tal vez por eso, todo respiraba en ella un tono de riqueza discretamente atenuado por el buen gusto.

Tres hombres hablaban animadamente cuando Martha introdujo a los visitantes. Mr. Moore se adelantó a recibirles. Era alto, ligeramente calvo, cuarentón, con gafas. Saludó con atenta cordialidad a los Blake y al doctor Van den Ende y con grave sonrisa tendió a Daniel una mano de dedos largos y huesudos cuando Mr. Blake les presentó.

Los otros dos hombres saludaban a los Blake y al doctor Van den Ende.

—El señor Schönberg (bajo y recio, vestido de azul oscuro, con cuello duro, de

pelo grisáceo y con un bigote chaplinesco y una perilla cortada en punta)... El señor Morrison (alto y ligeramente rubio, de ademanes calmosos en los que había una desenvuelta elegancia)... —se los presentó a Daniel Mr. Moore. Ambos parecían rondar los sesenta.

Luego supo Daniel que Schönberg era suizo, de Zúrich, y Morrison neoyorkino. Los dos gozaban de cierta fama por sus investigaciones y escritos espiritistas y los dos se habían desplazado especialmente desde sus países para asistir a la sesión. Habían almorzado en casa de los Moore y pasado parte de la tarde paseando y hablando con la médium.

—¿Desean beber algo? —preguntó Mr. Moore.

—Luego, tal vez —dijo el doctor Van den Ende.

—Después —musitó *Herr Schönberg*.

—Pero siéntense, siéntense —invitó Mr. Moore—. Ellas vendrán enseguida.

Y aún no había acabado de decirlo cuando entraron las tres mujeres.

Daniel las miró con expresión cortés y atenta.

La anciana Mrs. Moore tenía los hombros encogidos y el rostro surcado por leves arrugas que se le acentuaban en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos; pero su voz era inesperadamente joven y cálida. Su nuera, la joven señora Moore, se llamaba Nora. «Treinta y cinco años», calculó Daniel. Emanaba de toda ella una atmósfera serena y noble. Daniel supo que se hallaba ante una dama muy educada y sencilla, sin el menor asomo de afectación.

Desde el primer momento le atrajo la tercera mujer: era la médium. No necesitó Daniel que nadie se lo dijera. Aunque no era como él se la había imaginado, comprendió en seguida que era ella; lo supo desde el mismo instante en que vio aparecer a las tres mujeres en el umbral.

Era joven y muy hermosa. Tenía ese aire de inocencia e ingenuidad tan frecuente en las mujeres nórdicas. Daniel pensó que tendría dieciocho o diecinueve años, pero más tarde se enteró de que unos días antes había cumplido los veintitrés. Algo en ella no parecía del todo inglés; algo, Daniel ignoraba qué. Cuando habló con voz suave y armoniosa Daniel detectó en su inglés fluido un ligero acento extranjero. Su pelo de un negro intenso contrastaba con la sonrosada blancura de su piel y el azul claro de sus ojos.

El doctor Van den Ende tampoco la conocía. Mr. Moore hizo las presentaciones.

—La señorita Thordsvalden.

Así, pues, no era inglesa, se dijo Daniel. Danesa, tal vez. Thordsvalden se apellidaba también, recordó, el escultor danés que había sido enterrado en un lecho de rosas.

La mano de la muchacha era suave y firme.

—Encantado, *Miss Thordsvalden* —dijo Daniel.

—¿Cómo está usted? —pronunció ella.

Así fue como Daniel conoció a Ingrid.

Herr Schönberg quedó mirando el ventanal acortinado con expresión ausente. Mr. Moore anunció:

—Cuando ustedes quieran, amigos míos.

La anciana Mrs. Moore se excusó:

—He dormido mal y me encuentro nerviosa y un poco desasosegada. No quiero perjudicar la comunicación rompiendo la armonía. Luego les veré. Me disculpan, ¿verdad?

Antes de salir, apretó entre las suyas las manos de Ingrid y le dio un beso en la mejilla.

—Tenemos a nuestro hijo Bob enfermo en cama —explicó la joven Mrs. Moore—. Afortunadamente no es nada grave. Amígdalas. Pero ya saben ustedes cómo son las abuelas.

Mr. Blake preguntó:

—¿Está usted lista, *Miss* Thordsvalden?

Ella asintió.

Acompañada de Mr. y Mrs. Moore, hizo ademán de encaminarse hacia la puerta. *Herr* Schönberg les detuvo.

—Tengo entendido que *Miss* Thordsvalden no necesita ni gabinete ni cuarto oscuro de ninguna clase.

—Así es —dijo Mr. Blake.

—Y tampoco música, ni hipnotizador ni nada de todo eso.

—Así es —repitió Mr. Blake.

—Bien, entonces, ¿por qué ir a otra habitación?, ¿por qué no aquí?

Daniel comprendió por la expresión de *Herr* Schönberg que sus palabras eran más que una pregunta. Eran una propuesta; en cierto modo, un desafío. Parecía tener la costumbre de afirmar preguntando. Cada uno de sus interrogantes era siempre, observó Daniel, una sugerencia, una proposición. Observó también que, al conversar, *Herr* Schönberg miraba fija y casi obsesivamente a los ojos de sus interlocutores. Parecía escuchar, más que con los oídos, con la mirada.

Repitió:

—¿Por qué no aquí?

—Habíamos preparado el salón de siempre y... —comenzó Mr. Moore.

—¿Hay algún inconveniente en que sea aquí? —intervino Mr. Morrison.

Mr. Blake se acercó a Ingrid.

—¿Está bien esta habitación, *Miss* Thordsvalden? —preguntó—. ¿Podrá hacerlo?

—Sí, creo que sí. Me siento a gusto aquí.

—Decidido, pues —dijo Mr. Moore.

Herr Schönberg esbozó una sonrisa y explicó:

—He examinado a fondo esta habitación y todo está en orden. Perdonen ustedes,

amigos míos, pero me sucede lo que sin duda les ha sucedido a ustedes en más de una ocasión. No podría escribir mi informe si antes no me convenzo por mí mismo de que no hay ninguna posibilidad de duda o equívoco. Ustedes me comprenden.

Mr. Blake y Mr. Moore asintieron.

—Sí, por supuesto —dijo Mr. Moore.

Herr Schönberg salió y volvió un instante después con un pequeño magnetófono.

—*Miss Thordsvalden* ¿le molesta si grabo cuanto se diga?

—No, en absoluto.

—Bien, ¿qué esperamos? —preguntó Mr. Morrison.

A petición de Ingrid, Mr. Moore corrió una cortina tupida y oscura sobre la blanca y transparente del ventanal.

Tomaron asiento: dando la espalda a la puerta del pasillo y de cara al ventanal, Mr. Blake, Daniel, Mrs. Moore, el doctor Van den Ende, Mrs. Blake y Mrs. Moore. Enfrente, separada de los demás por la gran mesa circular, se hallaba Ingrid, que había cerrado los ojos y se frotaba levemente las sienes con los dedos. Estaba sentada muy erguida, con la espalda casi rígida. A la izquierda de Ingrid y a la derecha de Mr. Blake se sentó *Herr Schönberg*, y a la derecha de Ingrid y a la izquierda de Mr. Moore ocupó asiento Mr. Morrison.

—*Miss Thordsvalden* —preguntó *Herr Schönberg*—, ¿estamos bien así? ¿Desea que cambiemos el orden de nuestra colocación?

—No, no es necesario.

—¿Quiere que apaguemos alguna luz?

—Sí, aquella de enfrente —señaló la lámpara de pie junto a la biblioteca—. Se refleja en la madera y me hierde los ojos.

Mr. Moore la apagó. Iluminaban ahora la sala, con clara visibilidad, las lámparas con pantallas de pergamino de las dos mesitas.

Mr. Morrison habló.

—¿Podemos empezar? ¿Está usted dispuesta?

—Sí, —dijo Ingrid.

—Por cierto —le preguntó en voz baja Mr. Blake a Daniel—, ¿cuál es el nombre de su madre?

—Ana Elizalde.

—Ana Elizalde —repitió Mr. Blake—. ¿Así?

—Sí.

Herr Schönberg había colocado el magnetófono sobre la mesa, con el micrófono próximo a Ingrid. Debajo del micrófono, para evitar vibraciones, había un cojín.

—Mr. Morrison, *Herr Schönberg*, ¿quieren ustedes pronunciar la invocación? —Invitó Mr. Blake.

El suizo y el americano agradecieron la deferencia con una leve inclinación de cabeza.

Se intercambiaron una mirada interrogante.

—Gracias, *Herr Schönberg* —dijo Mr. Morrison. Se volvió a mirar a Mr. Blake—. La haré yo.

Mr. Morrison se puso en pie y todos —menos Ingrid, que continuaba sentada, con los ojos cerrados y las manos en las sienes— le imitaron. Mr. Morrison habló con voz grave y solemne, con la concentrada lentitud de quien piensa hondamente en el sentido de cada palabra mientras la pronuncia:

—Suplicamos a Dios Todopoderoso que envíe en nuestra ayuda buenos espíritus, que aleje de nosotros aquellos que pudieran inducirnos a error, y que nos dé la luz necesaria para discernir entre la verdad y la impostura.

Daniel reconoció aquellas palabras de invocación. Las había leído recientemente en el libro de Alian Kardeck que le había dejado Mr. Blake.

—Buenos espíritus que nos concedéis la gracia de instruirnos —prosiguió Mr. Morrison—, hacednos dóciles a vuestros consejos, desviad de nosotros todo pensamiento de egoísmo, orgullo y envidia, inspiradnos la indulgencia y el amor hacia nuestros semejantes presentes o ausentes, amigos o enemigos, y haced que en la nobleza de los sentimientos que nos animen reconozcamos vuestra benéfica influencia. Os suplicamos también por los médiums de quienes os servís para transmitirnos vuestras enseñanzas. Que estén conscientes de la sagrada misión que se les confía y de la importancia del acto que van a realizar, a fin de que tengan el fervor y el recogimiento necesarios.

No hubo ninguna instrucción. Nadie propuso, como solía ocurrir en otras sesiones, que los presentes se asieran de las manos para formar la «cadena mística». Nadie preguntó tampoco, dirigiéndose a los espíritus: «Queridos amigos, ¿estáis aquí?». Nadie recordó que dos golpes significarían Sí, un solo golpe No y tres Dudo. Nadie sugirió que se atenuara la luz para que en la penumbra o en la oscuridad la «fuerza etérea» llegara a la médium de una manera más pura e intensa. No sucedió nada de cuanto tradicionalmente solía constituir, se dijo Daniel, el prólogo de las sesiones a las que había asistido en días anteriores.

Se sentaron todos tras la invocación pronunciada por Mr. Morrison y permanecieron inmóviles y silenciosos, esperando. Ingrid continuaba sentada, erguida y con los párpados entornados; pero sus manos descansaban ahora en los brazos de la butaca.

Mr. Blake habló en voz baja en tono conversacional.

—Creo que en esta ocasión —dijo, señalando a Daniel con la mirada— podríamos comenzar invocando el espíritu de la madre de nuestro joven amigo.

Tras una pausa, añadió con voz clara:

—Señor, Dios Todopoderoso con amor y humildad te lo suplicamos: que el espíritu de Ana Elizalde se comuniquen con su hijo, aquí presente en esta reunión de paz.

Añadió casi sin transición:

—Espíritu de Ana Elizalde, acude sí te es posible a nuestra llamada. Tu hijo

Daniel te espera.

Se hizo un gran silencio en la habitación.

No llegaba ningún ruido, ninguna luz desde la calle. No se percibía, afilando el oído, otro sonido que el leve de las respiraciones. Daniel no miró a los demás, pero adivinó que sus miradas estaban o vueltas hacia dentro, hacia su corazón y su mente, en orante espera, o fijas en el rostro de Ingrid... Luego Mr. Morrison dijo algo que sin duda no tenía más objeto, pensó Daniel, que el de servir de excusa para una conversación general que impidiese el exceso de nerviosidad y crease una atmósfera psicológica más adecuada y natural. Se refirió al dolor de quienes quedan esperando en este mundo y al consuelo que representaba la comunicación con los ausentes del más allá.

Todos fueron diciendo algo a media voz, en un diálogo educado y tranquilo.

Era como un sonoro telón de fondo que, curiosamente, acrecentaba la quietud y el recogimiento del ambiente. Pensó Daniel: «Como oír llover o como escuchar lejana y débil, muy tranquilizadora, música de órgano de Bach».

No podía apartar sus ojos de Ingrid.

La muchacha tenía el rostro distendido y, por el modo regular en que en su jersey cambiaban de lugar los pliegues, se adivinaba cómo sus senos se alzaban y descendían suavemente al ritmo de su respiración sosegada. Pero Daniel comprendió que algo estaba comenzando a ocurrir dentro de ella. Sus manos, hasta entonces inermes y descansadas, empezaron a crisparse ligeramente. Se estremeció de pronto, agitándose con una violencia seca y contenida, y su respiración se hizo más rápida y sonora, mis intensa, casi jadeante. Abrió los ojos. Algo nuevo había en ellos. Otra mirada, otra expresión.

Herr Schönberg adelantó silenciosamente un brazo y movió varias veces la mano ante los ojos de Ingrid. No hubo ninguna reacción, ningún parpadeo. Un sonido oscuro, sin palabras, brotó de los labios de Ingrid. Luego exhaló un largo suspiro y de nuevo, poco a poco, su respiración se hizo más calmosa.

Sus manos fueron aquietándose en los brazos de la butaca.

Y de repente, muy próxima, como si se hallase allí sentada en la butaca de Ingrid, sonó la voz de doña Ana.

6

¡La voz de mi madre, estoy seguro! Juro ante Dios que era su voz. Y sus palabras, el modo de hablar, lo que dijo, como lo dijo...: era ella. Era ella, no hay duda.

Me resultaría muy difícil, ateniéndome tan solo al recuerdo de aquel momento, reconstruir fielmente el diálogo que sostuvimos. Pero Herr Schönberg, que todo lo había grabado en su magnetófono, accedió después a mi petición y reprodujo este diálogo en otra cinta que me regaló.

Lo he escuchado muchas veces y recuerdo vívidamente, palabra a palabra, el

Dijo la voz, clara y grave, muy cercana:

—¡Daniel, hijo! Gracias a Dios. He tratado de comunicarme contigo muchas, muchas veces.

—¡Mamá, mamá! —gritó Daniel—. ¿Eres tú, mamá? ¿Eres realmente tú?

—Sí, hijo, soy yo. ¿Recuerdas mis sonotones? ¿Y el retrato de papá en el cuarto de estar, sobre la chimenea?

—¡Mamá!

—Sí, Daniel. Todo va bien. Estoy con papá. Estamos juntos. Daniel, Dios existe. Todo tiene un porqué, un sentido... todo. También lo que no comprendemos, lo que nos hace ir, lo que quisiéramos evitar... todo.

Daniel permanecía con los ojos muy abiertos y casi sin pestañear, mirando fijamente a Ingrid, de cuya boca brotaba la voz del más allá.

—Mamá, ¿eres feliz?

—Sí, muy feliz.

—Dime, dímelo en serio: si pudieras, ¿volverías aquí, regresarías a la tierra, a este mundo?

—No.

—¡Mamá! —dijo Daniel con voz de acento súbitamente llorosa y en la que había un soterrado acento de reproche—. ¡Mamá! ¿No volverías ni siquiera por mí?

—No, hijo. Es... ¡oh, es imposible explicarlo, no hay palabras! ¿Recuerdas lo que decías tú alguna vez... que no se puede explicar a un ciego la diferencia entre el azul y el rosa? Pues es algo parecido. Ya lo comprenderás por ti mismo cuando estés aquí. Es... es como si las palabras no tuviesen letras, ¿comprendes? Todo es... tan distinto.

—¿Cómo es Dios, mamá? ¿Lo sabes?

Daniel hablaba como arrebatado, sin tener conciencia exacta de sus palabras.

—Percibo como un rayito de Su presencia... solo un rayito muy pequeño y muy débil... y sin embargo tan puro y radiante, tan glorioso... ¡Oh, hijo, si hubiera modo de explicarte!

—Mamá, dile a papá que le quiero. Dile que... ya sabes...

—Sí, hijo, lo sé. Él también lo sabe... Daniel, no puedes imaginar qué noble, qué hermoso mundo es este... las luces, los sonidos, los colores... ¡Oh, qué colores podrías pintar aquí!... Tú acepta cuanto te depare la vida con naturalidad y con fe, con alegría. Reza y ama a Dios. ¡Si supieras, hijo, lo mucho que Él nos ama!... Mete la paz en tu corazón y guárdala bien... cierra con llave... que no se te escape nunca... Me comunicaré contigo siempre que pueda. Ahora... siento que algo se está debilitando... siento que dentro de un instante mi voz no te lle...

—¡Mamá! ¡Mamá!...

A partir de ese momento se hizo el silencio.

Daniel, de súbito, cerró los ojos y apoyó la cara entre las manos.

Ingrid se agitó y nuevamente pareció sacudida por un tirón interior, mientras sus manos se crispaban ligeramente y su respiración se tornaba jadeante. Entornó los párpados y su cara adquirió una expresión tranquila. Sus manos se distendieron, pacíficas, sobre los brazos de la butaca.

Nunca acertó Daniel a poner en palabras lo que aquellos minutos de diálogo con su madre significaron. Incluso meses después, al evocar aquel momento, se sentía tan emocionado que las lágrimas se le asomaban a los ojos y parecía a punto de perder el sentido. Fue para él un impacto tan formidable, tan profundo, que quedó inmovilizado y sobrecogido.

Cuando la voz cesó Daniel se sintió vacío, hueco por dentro; pero también, al mismo tiempo, lleno de una intensa y gloriosa plenitud. Tenía el cerebro en blanco y apenas estaba consciente de la existencia de su propio cuerpo y, sin embargo, jamás se había sentido tan cerca y tan dentro de sí mismo.

Oyó vaga y diluidamente que al cabo de un rato Mr. Blake invocaba la comunicación con otro espíritu. Daniel recordaba también haber oído más tarde una voz de mujer dialogando con *Herr Schönberg* en alemán. Pero de cuanto ocurrió después del diálogo que sostuvo con su madre solo guardó una memoria confusa y lejana, como un sueño del que apenas conservara una impresión incoherente y brumosa.

Al finalizar la sesión y levantarse Ingrid, *Herr Schönberg*, con los ojos brillantes, se inclinó ante ella con un gesto cortés y emocionado y le besó una mano. Le dijo más tarde *Herr Schönberg* a Daniel que había hablado con su hermana muerta hacía más de diez años y con la que nunca, hasta aquella tarde, había conseguido comunicarse.

Daniel pareció despertar.

Miró su reloj.

La sesión había durado en total, desde que Mr. Morrison pronunció la invocación hasta que Ingrid se levantó de la butaca, exactamente cuarenta y ocho minutos.

Daniel volvió a ver a Ingrid al día siguiente.

Fue por la mañana al *Dorchester Hotel* de Park Lane, donde se hospedaban *Herr Schönberg* y Mr. Morrison, porque tanto ellos como Mr. Blake y Mr. Moore le habían rogado que les hiciera una traducción exacta del diálogo sostenido con su madre. Daniel, por su parte, le había pedido a *Herr Schönberg* una reproducción de la cinta.

Los cuatro esperaban a Daniel en la habitación de *Herr Schönberg* y le saludaron muy amablemente, comentando una y otra vez con fervor de expertos los excelentes resultados de la sesión. *Herr Schönberg* le dio una reproducción de la cinta y Daniel

tradujo el diálogo al inglés.

—Estos caballeros tienen un compromiso previo —le dijo Mr. Moore—. Pero si usted no tiene nada mejor que hacer, ¿qué le parece la idea de venirse a almorzar a mi casa?

Daniel aceptó encantado.

Deseaba volver a ver a Ingrid. Quería expresarle su gratitud por haberle proporcionado la alegría y la experiencia más hondas de su vida. Por otro lado, la muchacha ejercía sobre él una poderosa atracción.

Por Mrs. Blake sabía Daniel que Ingrid vivía en casa de los Moore desde hacía casi un año, cuando había llegado a Londres para perfeccionar *su* inglés. Ingrid quería, al parecer, ser azafata de vuelo en una compañía danesa. Supo también Daniel que su familia no tenía nada que ver con aquel escultor Thordsvalden enterrado en un lecho de rosas, que su padre era agente de Bolsa y que su madre había sido profesora de violín en el conservatorio. Tenía una hermana más joven que vivía con los padres en Copenhague, donde estudiaba medicina. Mrs. Blake le había explicado a Daniel que su amistad con los padres de Ingrid databa de mucho tiempo atrás, cuando aún vivía el difunto Mr. Moore, padre del actual Mr. Moore.

Durante el almuerzo apenas logró Daniel intercambiar unas palabras superficiales con Ingrid.

Por un momento pensó invitarla al teatro y a cenar fuera aquella noche, pero no se atrevió. Se sintió de súbito intimidado ante la presencia de las otras dos mujeres y de Mr. Moore.

Lo hizo al día siguiente, telefoneándola desde el hotel. Ingrid contestó que se hallaba muy cansada.

—¿Otro día? —propuso Daniel.

Ingrid aceptó.

Era un martes. Quedaron en que Daniel iría a buscarla el jueves a las cinco. Ese fue el día en que el doctor Van den Ende regresó a Bélgica. Daniel fue con Mr. Blake a despedirle al aeropuerto, expresó una vez más al doctor Van den Ende su gratitud, y convinieron en que volverían a verse en Brujas cuando Daniel fuese a recoger su coche, que había dejado allí en un garaje.

A las cinco en punto Daniel se hallaba de nuevo en la casa de Davies Street charlando con la anciana Mrs. Moore, que le miraba con ojos que a Daniel le parecieron a un tiempo cordiales e inquisitivos.

Ingrid se hizo esperar solo unos minutos.

Al llegar a la calle ya se había establecido entre ellos de manera espontánea y natural la única forma de tuteo posible en el idioma inglés, cuyo término *you* no tenía, en opinión de Daniel, ni la intimidación ni la fuerza discriminatoria del tú y del usted: habían apeado el tratamiento y se llamaban por el nombre de pila. Daniel experimentaba una jubilosa sensación al oírla pronunciar su nombre. Ingrid tenía deseos de caminar un rato, dijo, y pasearon por Hyde Park.

Daniel comentó lo mucho que para él significaba haber oído a su madre, haber hablado con ella.

Ingrid asintió.

—Lo comprendo —musitó—. ¿Qué te dijo?

—¿No lo sabes?

Ella meneó suavemente la cabeza diciendo no y Daniel le repitió el diálogo sostenido con su madre.

—Ignoraba sus palabras —dijo Ingrid— pero sabía que me había habitado un espíritu puro y feliz. Sí, estoy segura de que es muy feliz.

Supo Daniel que desde la infancia había tenido Ingrid conciencia de poseer una especie de don o percepción que no tenían otras personas, pero su poder mediánico lo había descubierto la anciana Mrs. Moore, quien había hablado de ello a su hijo y a Mr. Blake. Así surgió la primera prueba y, poco después, una sesión a la que habían asistido varios miembros de la *Society for Psychical Research*. Había intervenido solamente en cuatro sesiones. Le habían sugerido la idea de que se dedicase al espiritismo y profundizase en sus facultades mediúnicas, pero la había rechazado. Seguía firme en su proyecto de regresar a Copenhague y hacerse azafata de vuelo.

—De niña veía y oía cosas que la gente a mi alrededor no percibía. Y eso me producía extrañeza. Me llenaba de asombro que los demás no vieses y oyese lo que yo.

—¿Y qué era eso que veías y oías, Ingrid? —preguntó Daniel.

—¡Oh, cosas! Por favor, Daniel, no me gusta hablar de eso.

Fueron a un cine de Leicester Square y luego cenaron en *Casa Martínez*, en una pequeña calle situada entre Regent Street y Piccadilly: el restaurante español en el que Daniel había estado con su madre cuando hicieron un viaje por varios países para ver sus museos y galerías.

Estuvieron luego un rato en un *night-club* de Chelsea y volvieron en taxi a Davies Street.

Ingrid era de una belleza fascinante. La sangre se le incendiaba a Daniel al mirarla, al sentirla a su lado. Aunque Daniel ya había tenido intimidad con varias mujeres, con ella se sentía como un adolescente ante el descubrimiento de la mujer.

Al despedirse la besó en la boca con fuerza, despaciosamente, y ella respondió al beso.

—Hasta mañana, Ingrid —dijo Daniel.

—Hasta mañana, Daniel —dijo ella, como un eco.

Así comenzó todo.

Se casaron cinco semanas después.

Se sucedieron las llamadas telefónicas y las cartas a Copenhague y Bilbao —

Daniel supo que los Moore habían pedido informes sobre él—, realizaron los consabidos trámites, y las dos señoras Moore acompañaron a Ingrid a elegir su vestido de novia. Quedó decidido que el nuevo matrimonio asentaría su residencia en Bilbao.

En el mes y pico que duró el noviazgo Daniel envió a Ingrid una orquídea cada día. La orquídea era, le había dicho ella, su flor preferida.

Los padres y la hermana de Ingrid acudieron a la boda. También acudieron los Blake y unas pocas personas a las que Daniel no conocía. El doctor Van den Ende les envió un regalo y una carta de enhorabuena y de excusa: había sufrido un accidente que le mantenía inmovilizado con una pierna escayolada. Hubo telegramas desde Zúrich y Nueva York de *Herr Schönberg* y Mr. Morrison y un inesperado envío de Matilde que emocionó a Daniel: un ramo de flores para la novia que llegó a través de *Interfolia*. Daniel la telefoneó la misma mañana de la boda, antes de ir a la iglesia, para decirle que irían pronto a Bilbao y que preparase la habitación matrimonial.

Aunque Davies Street correspondía al distrito de Mayar, la ceremonia religiosa se celebró muy cerca del hotel en que se hospedaba Daniel, en la iglesia católica *Our Lady of Victories* del distrito de High Street Kensington, cuyo párroco o coadjutor era al parecer pariente de los Moore y viejo conocido de Mr. Blake. El padrino fue el padre de Ingrid y la madrina la anciana Mrs. Moore. Celebraron una pequeña fiesta en el *Claridge* y partieron en avión a Bruselas, de donde unos días después se trasladaron a Brujas en tren. Almorzaron con los Van den Ende —el doctor seguía con la pierna escayolada—, recogió Daniel el coche y se dirigieron sin prisas hacia París. Pasaron allí unas semanas y otra corta temporada en Marbella.

Luego, haciendo una etapa de varios días en Madrid, iniciaron el viaje a casa.

Llovía pausadamente cuando llegaron a Bilbao.

10

Fueron aquellos unos días que Daniel recordó siempre con cierta añoranza: los sollozos de Matilde al abrazarle y el puntilloso ceremonial con que saludó a Ingrid y que Daniel tuvo que traducir, pues Ingrid no conocía una palabra de español; la alegre impaciencia con que Daniel la llevó por toda la casa para que la conociera palmo a palmo, mostrándosela desde el sótano hasta su estudio de pintor, que estaba en el piso alto; la sensación de plenitud que inundó a Daniel al acudir el domingo a la basílica a misa de doce, en la que oficiaba el Padre José María Angoitia; la paz recoleta de ir con Ingrid a *La Concordia* y charlar con Elías Segovia de todo y de nada mientras tomaban el aperitivo o una taza de té; el reencuentro consigo mismo, con su más honda raíz emocional y telúrica, al rezar ante el panteón familiar, al volver a colocarse ante el caballete tratando de acabar el retrato de su madre, y al pasear por las calles de aquel Bilbao que formaba parte entrañable de su autobiografía y era realmente como una parte viva de sí mismo; la satisfacción que sintió al verse

incluido en el *Quién es quién en Vizcaya* publicado durante su ausencia; las visitas a las galerías de arte y las charlas con viejos amigos y compañeros; la voz familiar de las campanas de la basílica tañendo a las cinco y media y a las siete de la tarde con tal fidelidad, con tal puntualidad, que siempre se servía de ellas para poner en hora su reloj... Recordó siempre Daniel, también, con qué orgullosa sensación de artista famoso fue con Ingrid a visitar en su despacho de las Calzadas de Mallona a José María Martín de Retana, el editor de *La Gran Enciclopedia Vasca*, para ver las pruebas definitivas de la monografía a todo color que dedicaba a su obra en la colección *Pintores y escultores vascos de ayer, hoy y mañana* en la que ya habían aparecido las dedicadas a los maestros Iturrino, Baroja, los hermanos Zubiaurre, Regoyos. Echevarría, los Arrúe, Zuloaga, Arteta, etc., y a los pintores vivos más importantes. Unos días después de su llegada, Pedro, el viejo amigo de la infancia, fue por la tarde a visitarles acompañado de su prima Maite. Pedro vestía inmaculadamente, como siempre, y tenía aquel vago aire de triunfo y superioridad que le era característico, con un algo del prototipo del hombre anuncio de la televisión, feliz, seguro y lleno de bienestar y optimismo. Él y Maite estuvieron muy cordiales. Maite se comportó con la amable naturalidad de una vieja amiga, como si nunca hubiese habido nada entre ella y Daniel, como si su amistad no hubiera estado nunca a punto de convertirse en amor. Daniel les presentó a Ingrid, tomaron el té y pasaron unas horas muy gratas de charla, pues Pedro y Maite conocían bastante bien el inglés e Ingrid estuvo encantada de poder intervenir directamente en la conversación sin tener que sufrir las molestias y lentitudes de una traducción constante, Pedro y Maite repitieron la visita unos días después, hicieron los cuatro varios viajes por los alrededores para que Ingrid conociera Vizcaya (la costa, los pueblos del interior, el Árbol de Guernica, las Encartaciones mineras) y Daniel observó con alegría que Maite invitaba a Ingrid a una fiesta que iba a dar en su casa para presentarla a sus amigas. Comenzaron a ir juntas de compras y a la peluquería. Daniel se sentía muy feliz de este reencuentro con su ciudad, con su pintura, con sus amigos y su mundo, llevando a Ingrid del brazo.

No se cansaba nunca de contemplar a Ingrid, de oírla y sentirla palpar a su lado día y noche.

11

Casi un año transcurrió así: una felicidad tranquila, recoleta, provinciana. A veces, por las noches, Daniel hacía funcionar el magnetófono para captar voces.

Pero la capacidad mediúmnica de Ingrid, la comunicación directa con el más allá, la sesión de Davies Street... todo aquello parecía olvidado y enterrado en el fondo de la memoria, ido para siempre.

Y de pronto, inesperadamente, la gigantesca e increíble bola de nieve comenzó a rodar laderas abajo.

TODO EMPEZÓ CON UN MENSAJE inesperado y confuso. Era bien entrada la madrugada.

Ingrid había insistido en que tuvieran camas gemelas en vez de un gran lecho matrimonial. Decía que le parecía más higiénico y civilizado, incluso más romántico. Les separaba una mesita con una pequeña lámpara portátil. A veces charlaban o hacían el amor pasándose Daniel a la cama de Ingrid, que era una mujer sana, frutal y apasionada; pero siempre, indefectiblemente, leían luego durante un gran rato. Ella solía dormirse al cabo de media hora y Daniel permanecía leyendo hasta las dos y pico de la madrugada. Era esa una costumbre que había adquirido hacía unos cuantos años y de la que le era imposible prescindir. No hubiera podido conciliar el sueño sin haber tenido antes su acostumbrada ración de dos o tres horas de lectura.

Aquella noche Daniel apagó la luz pasadas las dos y media y se durmió en seguida. Fue notando cómo su respiración se hacía más reposada, más profunda y rítmica, y más tarde le envolvió el silencio.

Despertó de súbito sobresaltado y con el oído atento. Todavía entre las brumas del sueño, tuvo conciencia de que alguien le hablaba; alguien que no era Ingrid.

Por la ventana entreabierta supo que no había transcurrido mucho tiempo desde que había apagado la luz. En el cielo negro no había ninguna pincelada de rosa o blanco o azul que anunciara el alba.

—Ingrid —dijo en voz baja—. Ingrid.

Pero sabía que no era ella quien había hablado.

—Ingrid, ¿estás despierta?

Pero Daniel ya conocía la respuesta.

A través de Ingrid, mientras ella dormía, alguien hablaba desde el más allá. Ignoraba Daniel por qué se le había ocurrido de pronto tal pensamiento, pero tuvo la certeza absoluta de que no estaba equivocado.

—Ingrid, Ingrid —repitió.

Ella no respondió.

Daniel se levantó procurando no hacer ruido, sin encender la luz, y se acercó al lecho de Ingrid tratando de distinguir su cara en la casi total oscuridad que les rodeaba. No la tocó. Ella se hallaba como sumida en trance, le pareció, y despertarla

podía resultar peligroso. Le habían hablado en Londres de una médium bastante conocida que vuelta repentinamente a la realidad por un contacto exterior había sufrido un tremendo *shock* que la había mantenido durante varios años en una especie de estado cataléptico. Sabía también Daniel que Herbert Malcom enloqueció cuando una mujer histérica, en plena sesión y hallándose él en trance, le zarandó bruscamente.

—Ingrid —volvió a musitar.

Vio Daniel, adivinó más exactamente, que ella tenía los ojos cerrados y el rostro tenso y tensos los brazos. Respiraba entrecortadamente. Su cuerpo se movía despacio, con tenues movimientos espasmódicos que parecían producirle un gran dolor y un indescriptible desasosiego.

Daba la impresión de que estaba tratando de rechazar algo, de oponerse a algo.

Daniel sintió súbitamente miedo. Fue como un asomo, como una sombra de pánico que logró controlar.

—Ingrid, Ingrid, ¿qué te sucede? —preguntó.

Pero sabía que ella no le oía.

Daniel estaba consciente, al pronunciar aquellas palabras, al decirle «Ingrid, Ingrid, ¿qué te sucede?», que lo hacía para oírlas él mismo, para que su propia voz le aportase un sentido de realidad y normalidad, de retorno al mundo y a las leyes naturales.

De pronto ella dijo algo que Daniel no entendió.

Parecía murmurar palabras extrañas. Hablaba con una voz que no era la suya; una voz átona, opaca y al mismo tiempo, curiosamente, un tanto metálica. Era un sonido en cierto modo asexual, como si no procediese ni de hombre ni de mujer.

—El viaje... Debes impedirlo...

De nuevo el silencio se posesionó de la habitación, un silencio solo roto por la respiración entrecortada de Ingrid.

Daniel preguntó con voz baja y clara:

—¿Qué viaje?

Al cabo de unos segundos de la boca de Ingrid brotó, como un estertor, el sonido opaco y átono.

—No debe emprender ese viaje. Morirá si lo hace. Adviértelo. Adviértelo.

—¿A quién? ¿A quién he de advertir?

No hubo respuesta.

Daniel repitió:

—¿Quién no debe hacer ese viaje? ¿A quién debo advertir? ¿A quién, Ingrid, a quién?

Todo fue silencio.

—Ingrid, Ingrid —llamó Daniel una vez más, en voz baja.

Ella exhaló un largo suspiro.

Daniel tanteó con la mirada la cara de la mujer y le pareció distinguir vagamente

que toda ella adquiriría paulatinamente una expresión más pacífica y suave. Parecía liberada de repente.

Seguía con los ojos cerrados, pero colocó los brazos a la altura del pecho y su respiración volvió a sonar pausada y tranquila, de mujer dormida. Quedó en actitud quieta y descansada. Ya no había ni angustia ni desvalimiento en su sueño.

Daniel contuvo un suspiro y permaneció inmóvil.

Aquella voz, aquel sonido, aquel espíritu, aquello que había hablado a través de Ingrid, fuese lo que fuese, se había ido.

3

Daniel no se durmió hasta entrada la madrugada.

La voz extraña seguía sonando indetenible dentro de su cabeza. «No debe emprender ese viaje. Morirá si lo hace. Advérteselo». Pero ¿a qué viaje se refería la voz? ¿Y quién iba a emprenderlo? Parecía lógico que puesto que había sido transmitida a través de Ingrid, la advertencia estuviese dirigida a alguien que ellos conocían. Ni Ingrid ni Daniel tenían proyectado ningún viaje.

Daniel hizo desfilar por su mente a sus amigos y conocidos uno a uno, tratando de recordar si alguno de ellos les había hablado de algún viaje que pensara realizar en fecha próxima. Pero todo fue en vano.

Daniel permaneció pensativo, nervioso.

El mensaje había de tener un sentido, un propósito. Sin duda, pensó, se trataba de alguien próximo. «Pero tal vez ese alguien», se dijo, «ni siquiera sabe en este momento que va a emprender un viaje. Acaso lo decida hoy, o mañana, o un día de estos». Al otro lado de la muerte, meditó, el tiempo no se medía con calendarios y relojes. La voz sabía que alguien emprendería un viaje y que en ese viaje encontraría la muerte. ¿Pero sabía la voz concretamente, en términos terrenos, cuándo?

Daniel quedó largo rato pensándolo.

Quizá ese viaje lo emprendería alguien, presumiblemente algún conocido suyo, dentro de unos días, semanas o meses. Y él tenía que averiguar quién era y comunicarle la advertencia. Tenía que hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo —pronunció en voz baja.

Cuando despertó, una blanca claridad se filtraba por la ventana entreabierta y las rendijas de la persiana. Daniel miró su reloj de pulsera, que por las noches dejaba sobre la mesita junto a la lámpara. Las diez menos veinte.

Oyó a lo lejos un suave zumbido. Matilde, pensó, que estaría pasando la aspiradora por el pasillo de la planta baja. Lo hacía todos los días aunque no hubiese una mota de polvo. Tenía la manía de la limpieza y a pesar de su edad se encargaba de la *Hoover* ella misma, sin confiar la planta baja de la casa a su sobrina. Le gustaba tener los pisos y las alfombras, decía, como la patena. «Como cuando vivía la señora», apostillaba infaliblemente. Era esa una frase que repetía con frecuencia.

Aunque nunca lo dijo de manera explícita, Daniel sabía que en su fuero interno Matilde seguía considerando a Ingrid como una intrusa. Veladamente lo dio a entender en alguna ocasión con sus gestos y actitudes. Trataba en cierto modo a Daniel como si siguiese siendo el niño que ella había conocido cuando por primera vez, hacía más de veinte años, había entrado en casa como cocinera hasta ir convirtiéndose con el paso del tiempo en una especie de insustituible y entrañable ama de llaves. Siempre se habían tuteado, pero cuando Daniel regresó de Londres ya casado, Matilde insistió en tratarle de usted hasta que él le dijo que si lo hacía él la respondería con idéntico tratamiento. Siguieron pues tuteándose con el cariño y la familiaridad de siempre, pero estaba claro que ella le consideraba como un muchacho rico e inexperto que había caído ingenuamente en las redes de una aventurera que buscaba su fortuna. Alguna vez, al mirar a Matilde a la cara, Daniel lo leyó en sus ojos.

4

Pensé en eso, sí, mientras oía el ruido de la aspiradora. Pero no voy a seguir hablando de la sutil y silenciosa tirantez que desde el primer momento se estableció entre Matilde e Ingrid. Es algo que no vale la pena y que realmente no tiene nada que ver con lo ocurrido.

Supongo que inconscientemente pensé en todo eso aquella mañana para huir de la preocupación de la noche anterior, de aquel mensaje y de aquella voz que me obsesionaban.

5

Poco después, cuando Daniel bajó a la sala de estar, donde Ingrid fumaba el segundo cigarrillo de la mañana, le habló de lo sucedido aquella noche.

Ingrid casi tembló al oírlo.

—Me aterra pensar que puedo caer en trance sin proponérmelo —dijo con voz ahogada.

Daniel no supo qué decir ni cómo serenarla.

Preguntó ella, inquieta:

—¿Estás seguro de que no era... de que no era mi propia voz? Tal vez estuviese hablando en sueños.

—No, Ingrid. No era tu voz, mi vida. Y no, no soñabas. Fue un mensaje, un mensaje.

Ella le miró con expresión empavorecida. Dio varias chupadas cortas y nerviosas al cigarrillo y, sin apagarlo, lo dejó caer en el cenicero.

—No me gusta, Daniel. Me da... sí... me da miedo.

Se levantó, paseando agitadamente.

—En una sesión es diferente. Estoy bajo control. Voluntariamente me presto a servir de medio, de puente. Entonces estoy... estoy preparada. Sé poco más o menos lo que va a ocurrir. Lo espero. No me entero exactamente de qué es lo que sucede ni de quién habla por mi boca. Pero estoy preparada, dispuesta. ¿Comprendes?

—Sí, lo comprendo. Cálmate.

Pero Ingrid continuó hablando, preocupada.

—En cambio, dormida, sin yo proponérmelo, sin yo saberlo...

Mientras hablaba su nerviosismo fue dominándola y creciendo en intensidad.

—No sabemos muy bien cómo es aquello, quién puede servirse de mí desde el más allá. ¡Oh, Daniel, Daniel, estoy asustada! Tengo miedo.

Daniel se levantó y la arropó en sus brazos, besándola en el pelo. La sintió temblar como una pobre criatura al borde del pánico, aterrorizada por primera vez ante lo desconocido.

—¿No te había ocurrido eso nunca? —preguntó Daniel.

Ella movió enérgicamente la cabeza.

—No, nunca, nunca.

—Posiblemente no volverá a suceder —dijo Daniel, tratando de consolarla—. Creo que recurrieron a ti sin tu consentimiento porque se trataba de un mensaje urgente, de algo que no podía esperar.

—Sí, es posible —murmuró Ingrid, esperanzada.

Se desasíó de los brazos de él y tomó asiento.

—Acaba tu café, Daniel. Se te va a enfriar —dijo. Y preguntó, tras un momento de vacilación—: ¿Cuál fue el mensaje?

Daniel se lo repitió textualmente.

Ella escuchó con la mirada atenta, con expresión reconcentrada.

—No comprendo —murmuró—. ¿Quién va a hacer ese viaje? ¿A qué viaje se refiere? ¿Lo sabes tú?

—No.

—¿No te dicen nada esas palabras y esa advertencia? ¿No significan nada para ti?

—No, nada. He pensado hablar con algunos amigos y averiguar si alguno de ellos piensa iniciar un viaje. Porque supongo que el mensaje va destinado lógicamente a alguien próximo a nosotros, a alguien que conocemos.

Ingrid asintió meditativamente.

Parecía haber olvidado el temor y el pánico que la habían invadido hacía unos instantes.

—Sí, claro. Parece lógico. Si no —musitó— no tendría sentido. A no ser que...

Se interrumpió, indecisa.

—¿Sí? —le alentó Daniel—. A no ser que...

—Que todo fuese una broma. Noel Coward, ¿recuerda? Ya sabes: un espíritu burlón. A veces incluso en sesiones rigurosamente controladas se reciben de pronto

mensajes absurdos... espíritus extraños que dicen cosas sin sentido, cosas ridículas
No es frecuente, pero suele ocurrir.

—Sí, lo sé, pero...

Daniel había leído algo sobre eso. Aunque un tanto decepcionante y remota, era una posibilidad.

Movió la cabeza. No, no, se dijo. Aquella voz, aquel modo de comunicarse inesperadamente a través de Ingrid mientras ella dormía...

—Creo que no —murmuró—. Creo que no se trata de una broma, ni de una interferencia, ni de nada semejante.

Ingrid le miró a los ojos.

—Habla pues con tus amigos a ver si sacas algo en claro —dijo—. Tal vez uno de ellos se proponga emprender un viaje. Quizá el mensaje sea para él. No hay nada más que tú y yo podamos hacer.

Encendió un nuevo cigarrillo y se sirvió otra taza de café.

—He quedado con Maite esta mañana —dijo—. De paso miraré en las librerías a ver si encuentro alguna novela en inglés.

Daniel la besó.

—Hasta luego, mi vida. Yo voy a pintar.

6

En lo alto de la casa, envuelto en el olor a óleo y a trementina, ¡qué cerca se sentía siempre Daniel de su madre! A veces iba allí para recordarla, para evocarla. Su rostro, su sonrisa y su voz, todo se hacía en el estudio más cercano y más claro, más sustancial. Y allí le esperaba ella en el caballete, con su rostro inacabado que Daniel no era capaz de terminar. Acabar su retrato se había convertido para él en algo importante, decisivo. Le perturbaba enormemente la idea de que pudiera morir sin haberlo concluido.

—Tu estudio, mamá —murmuró mientras se ponía su vieja bata de pintor—. Nuestro estudio.

Sí, Daniel se sentía más cerca de ella allí que ante su propia tumba.

Una vez más pensó en ella, la tuvo ante sus ojos. Había sido una mujer culta y sensible enamorada de la música, de los libros, del arte. Había estudiado en Zalla en un colegio de monjas irlandesas y hablaba muy bien inglés. Conocía también el francés y el alemán. Y leía mucho, sobre todo poesías y libros de tema místico y sobrenatural. Tocaba bien el piano y en las paredes de la casa colgaban pinturas de Regoyos y Juan Echevarría, los Zubiaurre, Iturrino, Ricardo Baroja, Arteta y otros grandes artistas vascos. Pero su pintor preferido era el holandés Vermeer. Pasaba horas en la sala de estar contemplando las dos pinturas del maestro de Delft que había hecho copiar. Decía que le daban una paz infinita. Pocos días después de haberlas colocado sobre la chimenea a ambos lados del retrato al óleo, mientras ella y Daniel

miraban las pinturas, doña Ana le preguntó:

—¿Qué piensas, hijo? ¿Te gustan?

Y Daniel dijo:

—Cuando sea mayor, mamá, yo pintaré algo como eso.

En pintura, más tarde lo supo Daniel, nada era tan difícil como la sencillez y la aparente facilidad de Vermeer. Pero necesitó muchos años para comprenderlo.

Repitió:

—Sí. Voy a ser un gran pintor, mamá. Te lo prometo.

Lo dijo no sabía por qué, sin pensarlo, tal vez. Pero cuando oyó sus propias palabras supo que acababa de trazar su camino. Eso fue, no lo olvidó nunca, la única vez que vio llorar a su madre.

Dona Ana le abrazó murmurando:

—¡Cuánto me alegraría, hijo!

Y Daniel percibió una nota de radiante orgullo en su voz. Luego se serenó en seguida, ordenó a Matilde que les sirviera el té, y la tarde transcurrió sin ninguna novedad. Pero era una mujer emprendedora y muy activa. Era capaz de permanecer sentada durante horas leyendo, tocando el piano, meditando o mirando el retrato del marido difunto y las copias de Vermeer; pero si tema que hacer algo lo hacía pronto y a conciencia. Al día siguiente compró varios libros de arte para Daniel.

—He hablado con un pintor que da clases en su estudio —le dijo una semana después—. Si quieres, haz la prueba a ver si de verdad te gusta la pintura.

A Daniel le gustó.

En cuanto entró en el estudio del pintor en una vieja casa de la calle Tendería, en cuanto cogió un carboncillo y tocó un pincel, comprendió que aquello era algo suyo, que aquello era parte importante de su vida y le pertenecía. Así vivió Daniel casi cuatro años, estudiando mañana y tarde en el colegio y luego, de seis a ocho, recibiendo clases de dibujo y pintura.

Una noche, mientras cenaban, su madre le preguntó:

—¿Te gusta pintar?

—Sí, mamá.

—¿Y estás seguro de que lo que quieres es ser pintor, un verdadero pintor?

Dijo Daniel:

—Sí, mamá, estoy seguro. Quiero ser pintor.

Y lo dijo con tal acento y contundencia que doña Ana le miró durante largo rato muy pensativamente, sin decir nada.

Curioso, él le preguntó:

—¿Qué te pasa, mamá?

—¿Sabes una cosa? —murmuró ella—. Desde que era muchacha, cuando pensaba a veces en mi futuro, en el día en que me casaría y crearía una familia, desee siempre tener un hijo que fuese escritor, o pintor, o músico, o sacerdote, o fraile.

—¿Por qué, mamá?

—No lo sé. Creo que porque siempre he pensado que los creadores y los que dedican su vida a Dios, cada cual a su manera, son quienes están más cerca de Él y quienes hacen más noble esta vida. Todo ha cambiado mucho en unos pocos años, ¿sabes? Sí, también Bilbao. Antes era muy diferente. Y todo cambiará más y más. En unos siglos todo se ha transformado enormemente, sí, todo, todo. Se han hundido imperios, han nacido y desaparecido generaciones y más generaciones, ha habido grandes inventos, descubrimientos, guerras terribles... Pero ¿ves?, todavía continúan vivas las obras de los grandes escritores y de los grandes artistas, tal como fueron creadas hace años o siglos. Todo ha cambiado y todo ha sido destruido; pero no el amor de Dios ni la obra de los grandes creadores. San Juan de la Cruz, Shakespeare, Beethoven, Santa Teresa, Cervantes, Vermeer, Velázquez... son indestructibles. Gracias a ellos la vida, el mundo, valen más, mucho más... Y mira, ahora tú quieres ser pintor. No sabes qué feliz me haces.

Permaneció unos segundos silenciosa.

—Gracias a tu padre y a tus abuelos —dijo luego, cogiéndole a Daniel las manos — nunca te faltará dinero. Podrás estudiar donde quieras, viajar, visitar los museos que quieras, pintar lo que quieras, encontrar dentro de ti tu propio mundo y ponerlo en el lienzo... ¿Puedo pedirte un favor, hijo, puedo decirte una cosa? Pues mira, recuerda siempre esto. ¿Sabes cuál es el mejor escritor o artista, el mejor de todos? Pues aquel que al pintar o al escribir se hace él mismo más noble y más bueno... Daniel, hijo, ¡qué maravilloso don el tuyo! Porque crear belleza es como un milagro, como un don de Dios, ¿sabes? Acaso un día, hijo, tú seas como Vermeer... un Vermeer de nuestra tierra, un Vermeer vasco. Pero tú con tu identidad y tu mundo, con tu propia personalidad...

Calló de nuevo, ensimismada.

—Me has dado una gran alegría y estoy... estoy muy orgullosa de ti —murmuró de pronto.

—¿De verdad, mamá, de verdad?

—Sí, hijo. Un buen cuadro es, no sé, casi como un sacramento..., casi como una prueba de la existencia de Dios.

Mes y pico después de esta conversación cumplí catorce años. Mi madre fue a buscarme a mi habitación, me dio un beso y unos estirones de orejas, me levantó de la cama cogiéndome de la mano y dijo:

—Ven.

Y fui con ella a lo alto de la casa, a una especie de buhardilla donde guardábamos los trastos viejos. Era un lugar al que yo había subido algunas veces en secreto. Curiosidad de niño, supongo. Subir hasta allá arriba y mirar todos aquellos cachivaches olvidados, cubiertos de polvo y de tiempo, me excitaba como

una aventura. Me fascinaban, con una mezcla de placer y un algo de escalofrío, aquella atmósfera extraña y densa, aquel olor a local cerrado y aquellos objetos heterogéneos.

Mi madre se detuvo ante la puerta, la empujó suavemente y dijo:

—Tu estudio de pintor, hijo.

Ya no había ningún trasto viejo y la buhardilla no producía la caótica impresión de chamarilería. Mi madre había mandado derribar una pared y ensanchar y unificar las ventanas convirtiéndolas en un gran ventanal. Era ahora una sala amplia y luminosa.

Y allí, a plena luz de la mañana, vi un caballete como el que había visto en un autorretrato de Rembrandt, y una paleta, y pinceles, espátulas, cajas de tubos de pintura al óleo, botellas de aceites de linaza y trementina. Y trapos limpios. Ni ese detalle se le había olvidado. Era un magnífico estudio de pintor.

Eso ocurrió hace más de diez años.

Y desde entonces, desde ese mismo día, desde ese mismo momento, no ha habido lugar en el mundo al que yo haya querido más.

8

Ahora, Daniel estaba allí ante el caballete, tratando de acabar el retrato de su madre para colocarlo en la sala de estar sobre la chimenea, al lado del de su padre y las dos copias de Vermeer, y una profunda sensación de inquietud y ansiedad le llenaba por entero.

«No debe emprender ese viaje. Morirá si lo hace. Advérteselo».

Era incapaz de concentrarse aquella mañana en su pintura. Durante largo tiempo paseó por el estudio, recorriéndolo una y otra vez, con la pipa apagada en la boca, sin pensar en nada. Por un momento le pareció oír a su madre, verla y sentirla a su lado como aquel día. Luego le pareció escuchar nuevamente la respiración agitada de Ingrid la noche anterior, la volvió a ver poseída por una identidad extraña, oyó su estertor, sus quejidos, aquella voz átona...

Encendió la pipa.

Miró con ojos críticos los lienzos ya acabados hacía meses que tenía en el suelo en un rincón, apoyados de cara a la pared, y se entretuvo contemplando las pinturas de algunos compañeros. Toda la casa estaba llena de cuadros, algunos de gran valor; pero los que colgaban en su estudio constituían la pequeña y entrañable pinacoteca de pintor de Daniel, que él mismo había ido formando durante años intercambiando sus pinturas con las de García Barrena, Barceló, Luis Sánchez, De la Peña, Samperio, Fidalgo... «Tú me das un cuadro tuyo; yo te doy un cuadro mío».

Daniel abrió el ventanal, contemplando el paisaje riente durante un instante. Una vez más le sonó torturante la voz de la noche anterior: «Morirá si lo hace».

Suspiró ruidosamente y miró a su alrededor.

Entre paisajes y figuras y bodegones tenía colgados de las paredes los retratos al óleo que le habían hecho Waldo Aguiar y Bilbao Unanue, el retrato a sanguina que en un instante había realizado Ibarrola hacía años, mientras tomaban café en el *Mauri*, y otro que le hizo Santos Torroella en Barcelona cuando expuse allí en la *Mitre Gallery*. Daniel había colocado también en el estudio un paisaje a la cera de Enrique Diez Sáenz y óleos de Largacha, Matía, Beorlegui, Uruñuela, Isidro, Mariano de Corral. Detuvo en ellos la mirada pensativamente. Contempló luego el *Homenaje a Galilea* de Callo Bidegain, el florero de Dionisio Sánchez y los paisajes de Luzuriaga, Mendialdúa, Álvarez Emparanza, Bañales, Mensu. Junto al ventanal colgaban pinturas de Isabel Uríen y María José Altuna. Le gustaba a Daniel contemplar su pequeña pinacoteca de pintor, de la que estaba muy orgulloso. Sentía una gran felicidad teniendo aquellos cuadros al alcance de su mirada; le proporcionaban deleite y estímulo.

Volvió a colocarse ante el caballete y siguió con el retrato de su madre.

«Morirá si lo hace. Adviértese lo». La ansiedad le crecía y electrificaba a Daniel por dentro como un escalofrío, «Adviértese lo. Adviértese lo. Adviértese lo».

Obsesivas y martilleantes, las palabras de la noche anterior, las palabras de la voz opaca y átona, resonaban cada vez con más fuerza en su cerebro.

EL MENSAJE ERA AUTÉNTICO; tenía un sentido y un propósito. Y un destinatario al que, efectivamente, Daniel conocía, Lo averiguó aquella misma tarde.

Ingrid le telefoneó a mediodía para decirle que Maite insistía en invitarla a almorzar en su casa.

—¿No te molesta que me quede a comer con ella, amor mío? —preguntó.

Daniel le dijo que no se preocupase, que pintaría durante unas horas y al atardecer iría a ver las exposiciones de *Lorca* y *Galería Windsor*.

Estuvo pintando hasta pasadas las dos, comió algo ante las imperiosas rogativas de Matilde, y volvió luego al estudio y continuó pintando hasta las siete, en que comenzó a desvanecerse la luz.

Bajó a pie las Calzadas de Mallona —no le gustaba llevar el coche al centro de la ciudad, siempre tan atestado de tráfico— y se encaminó despaciosamente a *Windsor*.

Era un atardecer grato y un poco melancólico. Daniel se sintió feliz paseando por las calles del *Bocho*, contemplando la actividad incesante de la ciudad, sus aceras siempre abarrotadas de gentes, los autobuses siempre llenos, la ría sucia y sin embargo hermosa, poética.

Se había acostumbrado desde muchacho a visitar exposiciones acompañando a su madre. Entonces había solo tres, tal vez cuatro galerías en todo Bilbao; pero en los últimos años habían proliferado en un *boom* incontenible y ahora llegaban ya a la veintena. Daniel conservaba como un rito la costumbre de hacer de vez en cuando un recorrido por todas ellas. Pero le atraían, especialmente, *Lorca* y *Windsor*. En ellas siempre encontraba compañeros y amigos con los que charlar un rato. Consideró que eran, aquella tarde, los lugares indicados para tratar de averiguar a quién iba destinado el mensaje de la voz.

Aún no eran las ocho cuando Daniel entró en el *Windsor*, donde unos años antes había celebrado su primera exposición. *Windsor* tenía también una cafetería, y allí solían reunirse en tertulia un pequeño grupo de pintores, algunos escritores y aficionados a las cosas de arte.

Miguel Sáenz estaba en la barra junto a la puerta tomando un café. A Daniel siempre le alegraba verle. Era un hombre cordial y parlanchín que estaba realizando una gran labor abriendo de vez en cuando su galería a exposiciones de pintores jóvenes. Lo sabía todo sobre el mundillo de los pintores, desde el gran éxito que había obtenido Ramón De Vargas en el Museo Vaticano hasta cómo se encontraba Campos Goitia, que estaba convaleciente de una operación, o cómo se cotizaba actualmente un Olasagasti, un Eloy Garay o un Párraga.

Ante la pregunta de Daniel, Miguel Sáenz permaneció un instante pensativo.

—¿Un viaje? No. Que yo sepa, ninguno de nuestros amigos y conocidos piensa emprender un viaje. Pero si me entero de algo te lo diré en seguida.

Preguntó, con expresión perpleja:

—Pero, ¿por qué te interesa? ¿A qué viene esa pregunta?

—En cierto modo —le contestó Daniel— ni yo mismo lo sé.

Bajó a la galería y vio la exposición de Momoitio, que estaba allí con su inseparable pipa en la boca. Le gustaron a Daniel sus pinturas y se lo dijo. A un lado de las breves escaleras, entre la cafetería y la sala de exposiciones, en un pequeño espacio rectangular atestado de cuadros, Paco Murgoitio y José María Dermit charlaban con los pintores Luis Sánchez, Ormaolea, Bengoa y Martín Simón. Daniel saludó también al escultor ceramista Acebal Idígoras, a Javier Elorriaga y a un periodista amigo que vivía tan obsesionado con las erratas de imprenta que había hecho grabar su lápida porque le empavorecía la posibilidad de que el tallista cometiera una errata al esculpir su nombre en la losa.

Pero ninguno de ellos sabía nada.

—A no ser que te refieras a mí —dijo de pronto Fernando Samperio.

Acababa de llegar y había oído la pregunta de Daniel.

—La semana que viene —explicó— expongo en Barcelona.

Hacía un par de años Samperio y Daniel habían expuesto en Madrid al mismo tiempo; Samperio en *Edaf* y Daniel en *Gavar*, la galería vasca de arte que dirigían Mariano Espino y su mujer. Se les había dedicado a Daniel y a Samperio unas palabras elogiosas en el mismo número de *Gazeta del Arte* y en aquellos días de su estancia madrileña habían coincidido varias veces en *José Luis* a la hora del aperitivo o del almuerzo.

Daniel le miró en silencio.

¿Iría dedicado a Samperio el mensaje?, se preguntó.

Se sintió de pronto ridículo, confuso. Vaciló y, sin responder directamente a las palabras de su amigo, oyó su propia voz que decía:

—Seguro que en Barcelona tendrás un gran éxito, Fernando. Como siempre.

Se despidió de todos diciendo:

—Hasta pronto. Agur.

Salí de Windsor antes de que alguien pudiera hacerme alguna pregunta. Me sentí de pronto avergonzado y confuso.

Era ridículo decir a cuantos iban a salir de viaje: «No lo hagas; si lo haces morirás». ¿Cómo explicarles mis creencias, mi seguridad absoluta en la comunicación con los muertos? ¿Cómo hablarles de las voces del magnetófono, de las sesiones espiritistas a las que había asistido en Londres y de la voz que a través

de Ingrid me había hablado la noche anterior?

Tuve de pronto la convicción absoluta de que el mensaje nada tenía que ver con Samperio. Me parecía que la palabra viaje había implicado en la voz una mayor lejanía. ¿Un viaje al extranjero, quizá? Me inclinaba a pensarlo así; pero seguía dudando, vacilando. ¡Resultaba todo tan vago y confuso, tan misterioso! ¿Quién era el destinatario del mensaje, quién? Le había preguntado a Matilde si sabía de alguien próximo a nosotros que pensara emprender un viaje y me había dicho que no.

Yo no podía ir por Bilbao haciéndole a la gente esa pregunta y contándole esas cosas. Eso era algo que solamente se podía compartir con personas que también conocieran ese mundo y hubieran vivido esas o parecidas experiencias. Todas las demás acaso se reirían de mí o me mirarían suspicaz y compasivamente creyéndome loco.

Pero me perturbaba enormemente la idea de no cumplir la misión que me había sido encomendada desde el más allá.

Tenía que encontrar a esa persona. Tenía que transmitirle el mensaje de la voz antes de que fuese demasiado tarde.

3

Daniel se sentía aturdido mientras caminaba con pasos lentos Gran Vía abajo hundido en sus pensamientos. Se hallaba desasosegado y taciturno cuando llegó a la Plaza Nueva.

Sus indagaciones en *Galería Lorca* fueron igualmente inútiles. Mila Goicoechea no sabía nada. Y tampoco le sirvió a Daniel de gran ayuda la breve conversación que sostuvo con Lázaro Uriarte, Marrodán, Luis del Olmo y los pintores Dionisio Blanco, Ramil y Gonzalo Román, que estaban charlando con el escultor Néstor Basterrechea en el pequeño despacho privado de la galería.

A las nueve en punto Daniel salió de *Lorca* —la puerta, de cristal, tenía un tirador de madera en forma de paleta— y echó a andar meditativamente bajo los arcos.

La Plaza Nueva estaba en obras y la habían tapiado parcialmente mientras construían un aparcamiento subterráneo. Daniel evocó durante un instante la Plaza Nueva de hacía unos años con su típico kiosco y sus altas palmeras (siempre se le había hecho extraño ver palmeras en Bilbao) y una vez más el recuerdo de su madre se le hizo presente y vivo hasta causarle casi daño físico. Pensó: «Ya nada volverá a ser igual. Nada». Se sintió de súbito viejo y muy cansado, como si hubiera vivido un millón de años.

Sabía por experiencia que debía vencer esas depresiones que le inundaban de vez en cuando, pensar en otra cosa, evocar el rostro, la voz, el cuerpo de Ingrid, hacer algo que alterase aquel estado de ánimo.

Se detuvo a encender la pipa.

Y exactamente en aquel momento, exactamente en el instante en que Daniel arrojaba la primera bocanada de humo, exactamente entonces, alguien que caminaba con pasos firmes y seguros, y que acababa de entrar en la plaza por la bocacalle de Los Fueros, se detuvo a su lado.

—¡Hombre, Daniel, qué casualidad!

De algún modo Daniel supo quién era antes de oír su voz.

Y supo también con total certeza otra cosa: que no era una casualidad.

—Hola, Pedro —dijo.

—¿Qué? ¿Vas a casa?

Daniel asintió.

—Sí. Iré dando un paseo.

—Te acompaño hasta el ascensor. —Y Pedro añadió, sin transición—: Me ha dicho Maite que ha pasado la tarde con tu mujer. Parece que se va aclimatando a nuestra pequeña vida bochera.

—Sí.

Echaron a andar.

«No hay duda», pensó Daniel súbitamente, «el mensaje va dirigido a Pedro».

—¿Y tú? —le preguntó— ¿qué tal?

Pedro tuvo un ligero encogimiento de hombros.

—¿En vísperas de algún viaje, quizá? —preguntó Daniel.

Pedro le miró esbozando una sonrisa.

—Es curiosa tu pregunta —dijo—. Precisamente mañana me voy a Italia, Tengo que resolver un negocio en Roma y en Milán. Será cosa de pocos días.

Daniel musitó:

—Pedro...

Y se detuvo. No sabía cómo decírselo.

—¿Sí?

Daniel no respondió y Pedro le miró con una expresión nueva en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ocurre algo? Te encuentro... de pronto... no sé...

—Tengo que hablar contigo —dijo Daniel con voz insegura.

Y notó la expresión inquisitiva de la mirada de Pedro al captar el cambio de su voz.

—¿No te van bien las cosas, Daniel?

—No, no es eso. Todo me va bien, muy bien. Pero, ¿sabes?, en realidad llevo horas buscándote con verdadera ansiedad.

—He estado en mi despacho casi toda la tarde y...

Daniel le interrumpió:

—Pero yo no sabía que era a ti a quien buscaba.

—¿Que me buscabas y no lo sabías? —se extrañó Pedro con ademán de burlona

exasperación—. No te entiendo.

—Déjame que te explique. Verás...

Daniel le transmitió el mensaje de la voz.

Pensó que a Pedro podía contárselo todo y decirle exactamente lo ocurrido sin omitir ni tergiversar ningún detalle. Le había hablado alguna vez de su preocupación por establecer comunicación con el más allá y sabía dónde y cómo había conocido a Ingrid.

Pedro escuchó con atención mientras la perplejidad le brotaba en los ojos y en la boca.

Preguntó luego, con escepticismo burlón:

—Pero, Daniel, ¿de veras crees todo eso que acabas de decirme?

—Sí, lo creo.

—Es indudable que cumplo los requisitos del destinatario —convino Pedro tras un instante de silencio—. Soy posiblemente tu mejor amigo y estoy en vísperas de viaje. ¿Pero qué te hace pensar que la advertencia va dirigida a mí?

—No lo sé. La voz no pronunció tu nombre, ningún nombre. Hasta hace un rato no te había relacionado con el mensaje. Solo puedo decirte que estoy seguro de que se trata de ti. Completamente seguro. Pero ignoro por qué.

Permanecieron en silencio parados en medio del gentío que caminaba por la acera.

El Arenal era un hervidero de tránsito multitudinario. Los autobuses, mastodónticos, azules o rojos, daban la impresión de estar iluminados en su interior con luz de carburo.

Pedro se frotó las manos, indeciso.

—No sé qué decirte —habló, al fin—. Es todo tan inesperado...

—No hagas ese viaje, Pedro. No debes hacerlo, créeme. Aplázalo.

—No puedo.

—Ya sé que estas cosas son difíciles de creer y suenan incoherentes y ridículas. Pero te aseguro...

Pedro le detuvo con ademán impaciente y nervioso.

—Escucha, Daniel, Tengo que ir. Se trata de un asunto que es para mí muy importante. No puedo desaprovecharlo. Tal vez sea la gran oportunidad de mi vida. Llevo casi un año preparando este negocio y no puedo echarlo ahora todo a rodar. Además no voy solo. Voy con mi socio en este asunto, Ibaizábal. Y no puedo echarme atrás. Ni puedo, ni debo. Sería estúpido desaprovechar esta ocasión.

Hablaba de prisa y con contenida irritación. Continuó, calmándose:

—Escucha. No dudo de ti; tú lo sabes. Respeto tu preocupación por esas cosas y tu fe en las comunicaciones con el otro mundo. Pero créeme, nada puede detenerme. Nada, Daniel. Ni siquiera esa voz.

—Te comprendo —dijo Daniel—. Pero...

Supo que Pedro se hallaba decidido a solventar aquel negocio y que emprendería

el viaje a pesar de cuanto pudiera añadir. Estaba totalmente convencido de que sus insistencias serían inútiles. Dijo, sin embargo:

—Creo que estás a punto de cometer un error, un gran error. Piénsalo bien.

Pedro inició una sonrisa y puso una mano cordial sobre los hombros de Daniel.

—Te agradezco tu preocupación, de veras. Pero no va a ocurrir nada. Te telefonaré en cuanto vuelva, dentro de una semana.

Como Daniel continuase callado, Pedro añadió, ampliando su sonrisa:

—De veras, Daniel, no va a suceder nada, Pero si ocurriera..., si la voz tuviera razón..., en fin, si muriera en este viaje, una cosa te prometo: haré todo lo posible para comunicarme contigo desde el más allá.

—No bromees con esas cosas —dijo Daniel suavemente.

La expresión de Pedro se hizo repentinamente seria y firme. Se acentuó la presión de su mano sobre los hombros de Daniel.

—No es ninguna broma, Daniel —pronunció con voz grave—. Es una promesa, una promesa solemne.

Daniel no dijo nada. Se sentía preocupado por aquellas palabras de Pedro y también, al mismo tiempo, decepcionado de sí mismo por haber fracasado en su misión.

Se despidieron ante el ascensor, en silencio, con un apretón de manos.

5

Aquella noche Daniel soñó con Katie King. La vio vaporosa, envuelta como en un amplio vestido quizá hecho de nube, quizá de muselina. Era toda ella una presencia etérea, fantasmagórica y, sin embargo, viva y sensible, real. Le pareció a Daniel ver su cara y el color y el parpadeo de sus ojos. Le pareció sentir su piel al tacto de sus dedos, tocar sus cabellos suaves, su vestido sedoso y flotante.

Era una joven bella y encantadora. Daniel soñó primero que contemplaba su imagen en una antigua fotografía o tal vez en una pintura (al despertar no lo recordó con precisión) y luego, de súbito, la vio cobrar vida y salirse del marco, andar, hablar, vivir...

Pero aun en medio de su sueño estaba Daniel consciente de que Katie King era un ser aún más increíble y misterioso que como él la veía: porque se trataba del espíritu de una mujer delicada y gentil, muerta hacía años, que se materializó y volvió varias veces al mundo de los vivos a través de la médium Florence Cook. En su sueño Daniel se vio a sí mismo en aquella sesión en que los asistentes pidieron a Katie que les permitiera incrementar la iluminación para verla mejor. Le pareció a Daniel ver y oír a Katie accediendo a la petición, pero precisándoles que una luz excesiva podría serle perjudicial. Vio Daniel cómo se iluminaba intensamente la habitación con tres faroles de gas y cómo Katie se colocaba junto a la pared para que todos la viesen con absoluta claridad. Ahogó un grito Daniel en su sueño cuando ante el efecto de la luz

Katie King comenzó a fundirse como si fuera de cera. Se fue derritiendo lentamente ante sus ojos. Vio Daniel cómo la piel se disgregaba, cómo la nariz desaparecía, cómo los ojos de Katie se hundían en sus cuencas hasta desaparecer, cómo sus miembros flaqueaban y su cuerpo se desmoronaba silenciosamente... Daniel, dormido, se incorporó sobresaltado en el lecho y a través de sus ojos cerrados quedó mirando fijamente delante de sí, viendo sobre el suelo la cabeza y un pequeño fragmento del blanco vestido de Katie King que aún quedaban como restos de su aparición. Luego vio cómo estos dos últimos vestigios desaparecían en el suelo absorbidos por una fuerza misteriosa...

Supongo que soñé con Katie King porque me había fascinado desde el momento en que me hablaron de ella en Londres. Desde entonces he leído cuanto se ha escrito sobre Katie. ¿Soñé con ella precisamente aquella noche porque antes de dormirme había amado intensamente a Ingrid? ¿O quizá porque el viaje de Pedro a Roma desoyendo la advertencia de la voz me había hecho pensar inconscientemente en el más allá mientras dormía? No lo sé. Lo cierto es que la declaración de un testigo describiendo la desintegración de Katie King bajo las luces me había causado hacía tiempo una gran impresión y la escena subyacía agazapada en algún oscuro rincón de mi ser.

Y aunque ustedes se nieguen a admitirlo y no puedan creerlo, la realidad es que una de las mentes más lúcidas de su siglo, el filósofo y matemático William Crookes, que entonces tenía cuarenta y dos años..., se enamoró de ella. Sí, de Katie King, Ambos forman el amor platónico e imposible más curioso de la historia: el amor que unió a seres de dos mundos.

Señores psiquiatras, no hay nada desvariado y demencial en mi sueño. No busquen símbolos ni retuerzan su imaginación buscando una interpretación inútil. Lo que soñé aquella noche no fue, en realidad, más que un recuerdo un tanto inconexo de muchos informes y testimonios sobre Katie King.

Katie King me fascinaba y continúa fascinándome, sí; pero ¿es eso síntoma de demencia? Se acepte o no, ¿quién no se sentiría fascinado o intrigado o atraído por ella?... Recuerden simplemente a William Crookes. Hallarán su nombre y un resumen de su obra de sabio en cualquier enciclopedia: miembro de la «Royal Society» medalla de oro de la «Academie des Sciences», de París, director del «Quarterly Journal of Sciences», vicepresidente de la «Chemical Society», perfeccionador del radiómetro, inventor del tubo catódico, autor de libros y estudios sobre física molecular...

En una de las sesiones en que «apareció» Katie (lo hizo muchas veces desde 1871 hasta 1874, siempre a través de Florence Cook) un Mr. Volckman comenzó a gritar señalándola: «No es Katie. Es la médium». Los testigos no coinciden al relatar lo

que sucedió a continuación. Según unos, la presunta Katie King era, disfrazada, la médium Florence Cook, quien al sentir se descubierta por el suspicaz Mr. Volckman se desasíó de él y volvió corriendo a su gabinete, donde al comienzo de la sesión se la había dejado sentada y atada de pies y manos. Según otros testigos, Miss Cook había permanecido durante todo el tiempo inmóvil en el gabinete y a quien Mr. Volckman había asido era, pues, el espíritu materializado de Katie King. En medio de cierta confusión, al cabo de unos pocos segundos comprobaron que la médium seguía atada en el gabinete y que el «fantasma materializado» de Katie King había desaparecido...

Como consecuencia de este incidente Florence Cook solicitó la ayuda e intervención de Sir William Crookes, que gozaba ya de fama mundial, para que con sus observaciones dictaminara la realidad o no realidad de la materialización de Katie King. Meses después Crookes escribió sobre una sesión: «Nunca se me había aparecido Katie con tal perfección. Durante casi dos horas paseó por la habitación en la que nos encontrábamos y conversó con las personas allí presentes. Me tomó varias veces del brazo». Puntualizó también, estableciendo comparaciones entre Katie y la médium: «Katie tenía descubierto el cuello. Su piel era suave al tacto y a la vista; Miss Cook, en cambio, tiene en el cuello una cicatriz. Las orejas de Katie no están perforadas, mientras que Miss Cook suele llevar pendientes. Los dedos de Katie son mucho más largos que los de Miss Cook, y su cara más despejada que la de la médium. Existen además notables diferencias en los modales de ambas y en su forma de expresarse».

Sir William Crookes cortó un trozo de la cabellera de Katie, que conservó siempre. «Tengo ante mis ojos en este instante», dejó escrito, «un bucle cortado de las trenzas de Katie. Me permitió cortarlo después de cerciorarme positivamente de que estaba bien arraigado en su cabeza. Su color es castaño dorado». Escribió más adelante: «Tomé el pulso a Katie. Su corazón latía normalmente, a setenta y cinco pulsaciones por minuto. Acerqué mi oído a su pecho y oí palpar su corazón». También observó la diferencia en el número de pulsaciones de Katie y la médium.

Crookes se negó a revelar lo que Katie le había contado sobre el más allá. Dijo en los últimos años de su vida, en su discurso en el congreso de la 'British Association for the Development of Sciences': «Han transcurrido treinta años desde aquellos mis primeros informes en los que traté de demostrar que existe una fuerza utilizada por inteligencias distintas a las normales inteligencias humanas... Silenciar este tema sería una cobardía en la que no pienso incurrir. El investigador no tiene más misión que la de obrar con rectitud en la exploración exhaustiva que ha de realizar sirviéndose de la razón como guía... No tengo nada de qué retractarme. Me atengo a las declaraciones que he publicado con anterioridad y a las que podría añadir muchas cosas más.»

Daniel veía ahora en su sueño a Katie King y a William Crookes paseándose por la sala, veía al hombre acariciar las manos de Katie, mirarla a los ojos con amor, escuchar las confidencias que sobre el más allá le hacía Karie...

Mientras ante sus ojos cerrados se extendía, ondulante, el gaseoso vestido de Katie King, Daniel se oyó repentinamente a sí mismo recitando en voz baja los versos que Sir William Crookes incluyó en uno de sus informes científicos sobre Katie:

*Detrás de sí dejaba un pálpito de vida.
Bellos eran sus ojos, y su mirar tan dulce
hacía más brillante cuanto la rodeaba.
Se reflejaba en ellos el encanto inefable
del cielo que esperamos,
Era toda ella tan cautivadora...*

Se detuvo Daniel en su sueño, nervioso, inquieto. ¿Cómo era el final?

Despertó y permaneció unos minutos absorto, silencioso e inmóvil, sin sentir ni pensar nada. Luego recordó a Karie King. Movié la cabeza en la oscuridad. Sí, los versos finales... *Era toda ella tan cautivadora...* ¿Y qué más, se preguntó, qué más?

De pronto le pareció recordarlos vagamente y recitó en voz muy baja, sintiéndose inseguro de su memoria:

*Era toda ella tan cautivadora
que nadie hubiera llamado idólatra
a quien sus pies besara.*

Suspiró. Oyó la respiración suave y regular de Ingrid, que dormía tranquila.

Pronunció, moviendo apenas los labios:

—Katie. Katie King.

Durante un rato Daniel recordó a *Madame* Renaud y lo que le había dicho sobre las tres apariciones de su madre resplandeciente *comme un grand soleil*; y recordó también a la pianista inglesa Rosemary Brown, que afirmaba que Beethoven, Chopin, Liszt, Berrios, Schubert y otros músicos se le aparecían con frecuencia en su domicilio londinense para dictarle, sentada ella al piano, sus nuevas composiciones. Más de una vez se había preguntado Daniel qué era realmente el ectoplasma y si eran ciertas o no las materializaciones de las que tanto había leído. Le había hablado Mr. Blake muy vagamente de esa tangibilidad o manifestación ectoplásmica realizada generalmente a través de la boca del médium y a veces también de la nariz, los oídos y el plexo solar: manos solas que escribían, la cara o cualquier otra parte del cuerpo que aparecía de súbito en el vacío, cuerpos ectoplásmicos enteros que andaban, movían objetos, eran densos al tacto y de repente desaparecían.

Daniel movió la cabeza, contuso.

¿Sería cierta, se preguntó, la noticia de que en Tokio habían recogido en una

sesión espiritista residuos de ectoplasma que al ser pesados, analizados y filmados con rayos infrarrojos revelaron en su composición la presencia de células, de elementos grasos y del tejido epitelial que cubre las membranas mucosas del cuerpo humano?

Seguía sonando próxima y serena la respiración de Ingrid. Daniel alargó un brazo, buscó a tientas el reloj de pulsera y se lo acercó a los ojos tratando de ver la hora. La oscuridad se lo impidió, y no quiso encender la luz de la lámpara de la mesita de noche para no correr el riesgo de despertar a Ingrid o perturbar su sueño. Todo era negrura más allá de la ventana.

Daniel ahogó un bostezo.

—Katie. Katie King —pronunció de nuevo en voz baja.

Cerró los ojos y se durmió en seguida.

8

Sí, aquella noche Daniel Uriarte soñó con Katie King: pocas horas después de que Pedro desoyera su advertencia.

Unos días más tarde los acontecimientos empezaron a precipitarse. Cayeron sobre Daniel como un vértigo. ¿Cómo no si comprenderlo entonces? Aunque, a decir verdad, tuvo durante instante, sin percatarse claramente de ello, la perturbadora y alucinante sensación de que se estaba acercando el final: el final de algo que de manera inocente y caótica él mismo había iniciado.

Pero Daniel no sabía, Daniel ni siquiera sospechaba aquel momento qué era ese algo.

Capítulo 10

1

EL PRIMER ANUNCIO DE LOS SUCESOS que se avecinaban le llegó a Daniel tres días después de la conversación que había sostenido con Pedro; o sea, al día siguiente de haber emprendido Pedro su viaje a Italia. Daniel recibió un telegrama que decía: *Todo bien. Saludos desde Roma*. Dos días más tarde surgió la alarma; pero eso era algo que Daniel esperaba. No sabía que iba a ser como fue ni que la señal adquiriría aquella forma. Pero sí sabía —estaba totalmente convencido— de que de un modo u otro se manifestaría.

2

Daniel captó la primera señal por la mañana, al levantarse.

Era un miércoles; lo recordaba muy bien. Ignoraba por qué ese dato había quedado de tal modo impreso en su memoria.

Había oído entre las brumas del sueño el correr del agua en el cuarto de baño, mezclado a las campanadas del reloj de la basílica. Las contó inconscientemente, rumoreando. Nueve. Daniel siguió adormilado. Al fin entornó los párpados y miró el techo blanco, con la pequeña lámpara de cristal; un cristal que parecía tintinear al recibir la luz que entraba por la ventana entreabierta. Ingrid había descorrido la cortina.

El día parecía grato, soleado y primaveral.

Se abrió la puerta del cuarto de baño, que comunicaba con el dormitorio, y apareció Ingrid envolviéndose en su albornoz.

—Son más de las nueve —dijo con voz alegre—. ¡Arriba, dormilón!

Daniel extendió a ciegas el brazo derecho hacia la mesita de noche buscando su reloj de pulsera e instintivamente, antes de haberlo mirado, antes de habérselo llevado a la oreja para comprobar su tictac, supo que algo anómalo ocurría. Se sentó en el lecho con un movimiento sobresaltado y miró atentamente el reloj.

Estaba parado. Las agujas señalaban las cinco y media.

—Ingrid —dijo.

Ella se estaba peinando, sentada ante su tocador, y respondió sin moverse y sin volver la cabeza, mirando a Daniel por el espejo.

—¿Qué quieres, perezoso?

—¿Qué hora señala tu reloj?

Ingrid no pareció comprender el significado exacto de la pregunta.

—Hace ya rato que han dado las nueve. Ahora serán poco menos de y media.

—Sí, ya sé. Pero tu reloj, Ingrid... ¿qué hora marca?

—Pero, Daniel...

—Míralo, ¿quieres? —insistió él.

Ingrid tenía el reloj sobre el tocador.

—¿Qué hora marca? —repitió Daniel.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Se ha parado. Juraría que ayer loche le di cuerda.

—Se ha parado a las cinco y media, ¿verdad? —dijo Daniel.

Era, más que una pregunta, una afirmación.

—Sí, a las cinco y media —confirmó Ingrid con acento irritado.

Y de pronto comprendió.

Hubo un cambio en su actitud y se puso en pié, dando media vuelta y mirando a Daniel con fijeza.

—Daniel, ¿cómo lo sabías? —preguntó.

Él le mostró su reloj.

—También el mío se ha parado a esa hora.

—¿Exactamente a las cinco y media, como el mío?

—Sí.

Ingrid movió la cabeza, confusa.

—Pero... ¡Oh, no lo comprendo!...

Asomó a sus ojos una luz de susto y desfallecimiento.

—¿Qué significa esto, Daniel? ¿Lo sabes?

Daniel continuaba sentado en el lecho.

—Creo que sí —dijo.

Ingrid quedó callada, esperando la respuesta. Daniel preguntó:

—¿Recuerdas la voz, el mensaje de la otra noche? ¿Recuerdas la advertencia?: «No debe emprender ese viaje. Morirá si lo hace». ¿Lo recuerdas?

—Sí. Y crees que...

Daniel asintió.

—Sí —dijo—. Creo que Pedro ha muerto.

Ingrid se acercó a la ventana y permaneció varios minutos en silencio.

—Pero... tal vez sea todo una asombrosa coincidencia —casi gritó, volviéndose a mirar a Daniel—. O quizá se trate de otra cosa. Es posible que... No sé, no sé. Resulta todo tan...

Y no concluyó la frase.

Daniel se levantó y se dirigió a su estudio. Ingrid le siguió.

Sobre una mesita, junto a sus pipas y unos botes de tabaco, guardaba Daniel un reloj de bolsillo que había pertenecido a su padre. Era un reloj antiguo al que había

que dar cuerda con una llave; otra llave más pequeña servía para mover las agujas. Le gustaba a Daniel tenerle allí funcionando, vivo.

También se había parado a las cinco y media.

Volvieron a la alcoba y Daniel llamó a Matilde.

—¿Tienes reloj? —le preguntó.

El rostro de Matilde tuvo un rictus de curiosidad y extrañeza.

—¿Para llevar en la muñeca? No. Solo el despertador que hay en mi cuarto.

—¿Quieres ir a ver qué hora señala?

Vio Daniel que ella iba a decir algo y añadió:

—Por favor, Matilde, es importante. Y si tu sobrina tiene reloj, pregúntale también la hora.

Matilde volvió al cabo de poco tiempo.

—En mi despertador son las diez menos veinte, lo mismo que en el de la cocina —explicó—. Y esa es la hora verdadera porque los pongo todas las mañanas con el reloj de la basílica. El de mi sobrina marca siete minutos más. Siempre se le adelanta un poco. El grande de péndulo del comedor no lo he mirado, porque como hace ya más de un año me dijiste que te molestaba su ruido y me prohibiste darle cuerda... ¿Algo más?

—No, Matilde. Gracias.

La mujer se fue. Ingrid y Daniel permanecieron inmóviles. Ambos pensaban lo mismo. Habían servido de puente entre la voz y Pedro, y solo sus relojes se habían parado. Los demás funcionaban normalmente. ¿Era un modo de decirles desde el más allá que lo anunciado se había cumplido?

Ingrid habló con voz nerviosa.

—Daniel, ¿qué vamos a hacer?

Él empezó a vestirse.

—No lo sé, no lo sé.

—Pedro muerto —murmuró ella—. No lo puedo creer. Hace dos días me decía Maite que su primo le había asegurado que con el negocio de Roma ganaría una pequeña fortuna. Por lo visto era su gran oportunidad. Y ahora... ¡Pobre Maite! Quería mucho a su primo. También me dijo Maite lo mucho que Pedro y tú os apreciabais desde que erais niños. Sé que era tu mejor amigo. Pero no debes sentirte culpable de lo ocurrido, ¿comprendes? Tú le transmitiste a tiempo el mensaje, le advertiste. Fue él quien insistió en ir a Italia a pesar de todo, él quien se negó a hacerte caso y desoyó tus consejos.

Encendió un cigarrillo.

—Daniel —musitó de pronto—, ¿y si estuviéramos equivocados? Tal vez no le haya sucedido nada a Pedro. Tal vez todo esto no sea más que una coincidencia, una pesadilla. ¿Por qué estamos tan seguros de que ha muerto? No lo sabemos.

Añadió con repentina decisión:

—Voy a telefonar a Maite. Tal vez ella sepa algo. Quizá ha hablado con Pedro

esta misma mañana. Quizá... Voy a llamarla.

Fueron a la planta baja.

Daniel bebió una taza de café y encendió la pipa mientras Ingrid telefoneaba.

Cuando unos minutos después ella entró en la sala de estar se detuvo junto a Daniel, que permanecía sentado, y descansó la cara sobre su cabeza.

—Pedro ha muerto —dijo con voz ahogada—. Lo siento mucho, cariño.

4

Había sucedido a la salida de un restaurante donde Pedro y el socio bilbaíno que le acompañaba, Ibaizábal, habían estado cenando con unos industriales romanos. Ibaizábal y Pedro tomaron un taxi para regresar al hotel y habían sufrido un aparatoso accidente en una calle céntrica. Pedro y el taxista, heridos gravemente, habían sido trasladados al hospital, donde el taxista ingresó ya cadáver y donde Pedro falleció unas horas después, a las cinco y media. Ibaizábal había sufrido leves magulladuras y contusiones, y era él quien había telefoneado a Maite comunicándole la noticia.

Daniel se sintió deprimido y al mismo tiempo, también, confusamente aliviado.

Por terrible o triste que fuese una noticia, siempre experimentaba Daniel alivio cuando ocurría tras días de incertidumbre y ansiedad. Cada vez que esperaba o temía algo se encontraba nervioso y angustiado; los pensamientos y los temores no le dejaban descansar, le impedían vivir normalmente. Pero cuando llegaba el golpe y lo que temía se hacía realidad, la tensión decrecía en su interior y su mente se calmaba. Ya no había nada que temer, nada que esperar, nada contra lo que luchar. Solo cabía una cosa: aceptar. Y desde la muerte de su madre Daniel estaba preparado para aceptarlo todo. Había leído en un libro de Kardeck, hacía poco tiempo, unas palabras que le habían aportado gran consuelo y que se suponían dirigidas por el espíritu de Fenelón en una sesión celebrada en Sens, Francia. Daniel había pensado muchas veces en ellas recordando a su madre.

Pensó en ellas también en aquel momento, mientras seguía sintiendo la cara de Ingrid posada en su cabeza: «Si muere un hombre honrado, y junto a su casa habita un malvado, soléis decir a veces: Hubiera sido mejor que hubiera muerto aquel y no este. Estáis en un gran error, porque quien parte de este mundo ha cumplido su labor, y quien queda quizá ni siquiera la ha comenzado. ¿Por que deseáis que el malo no tenga tiempo de cumplirla y que el otro permanezca atado a la esclavitud terrena? ¿Qué diríais de un prisionero que hubiera cumplido su sentencia y que sin embargo continuara en prisión, mientras se dejara en libertad a quien todavía le quedaba tiempo de su condena por cumplir? Porque habéis de saber que la verdadera libertad reside en la liberación de las ataduras del cuerpo, y que mientras estáis en la tierra os encontráis en cautividad».

—Pedro ha muerto —musitó Daniel, como sí se lo dijera a sí mismo.

Le preguntó a Ingrid:

—¿Crees que debo hacer algo?

Ella se sentó, mirándole con expresión perpleja.

—¿Hacer algo?

—Sí —dijo Daniel—. Telefonar a sus padres o a Maite. Acaso pueda serles útil. Aquí hay la costumbre de publicar la esquila en los periódicos. Podría hablar con el Padre Angoitia y rogarle que celebre alguna misa. Lo traerán a Bilbao para que lo entierren aquí, ¿no? Quizá pueda hablar sobre eso con el cónsul de Italia, o telefonar a la Embajada italiana en Madrid, o irme a Roma para encargarme del traslado. No creo que nadie de su familia esté de humor para...

Ingrid le cortó.

—No debes hacer nada, Daniel. Nada. Trata de serenarte. Ibaizábal se está encargando de todo. Además...

Ingrid aplastó el cigarrillo en el cenicero. Daniel la observó de pronto huidiza y vacilante.

—¿Qué? —insistió Daniel—. ¿Qué ocurre, Ingrid?

Ella se lo dijo.

Pedro le había contado a Maite lo del mensaje de la voz y, al parecer, Maite estaba ahora indignada e irritada con Daniel porque no había sido capaz de convencer a Pedro de que aplazase el viaje. Le había dicho a Ingrid que no quería volver a verle ni oír hablar de Daniel. Según Maite, Pedro había tomado a broma la advertencia, no le había creído.

Explicó Ingrid:

—Dice Maite que era lógico que ni Pedro ni ella tomasen el asunto en serio, pero que tú, que eras el único que sabía que todo aquello era real y la advertencia era seria, debiste haber hecho lo que fuese para impedir que muriera...

No le faltaba a Maite su parte de razón, pensó Daniel.

Pero era difícil convencer a una persona de algo de lo que no quería ser convencida. Era difícil que alguien aceptase un mensaje que procedía de un mundo en el que acaso no creía.

Ingrid seguía hablando.

—En el fondo Maite sabe muy bien que no tienes la culpa de nada y que hiciste cuanto pudiste. Pero compréndelo, Daniel, está irritada, desquiciada. Ya se le pasará.

Los padres de Pedro no estaban en Bilbao. Habían ido a Málaga a pasar una temporada en casa de su hija casada, que vivía allí. El padre no estaba al parecer muy bien de salud y todos los años por esas fechas solían pasar en Málaga unas semanas.

—Maite va a ir a verles —prosiguió Ingrid—. Sale hoy mismo hacia allá. Está en contacto con Ibaizábal y si es preciso ella misma irá a Roma para ultimar lo que haga falta. Le ha dicho Ibaizábal que el traslado del cadáver exige complicadas gestiones y que en el mejor de los casos no podrá realizarse, probablemente, hasta dentro de cinco o diez días. Daniel, deja que Maite y los padres de Pedro decidan lo que juzguen conveniente. Si te necesitan ya te lo dirán. Mientras tanto, no hagas nada al

respecto, nada en absoluto.

Daniel se mostró de acuerdo moviendo levemente la cabeza.

—No, no haré nada —dijo luego—. Tienes razón.

Ingrid insistió.

—Serénate y descansa. No pienses más en todo esto.

Daniel volvió a mover dócilmente la cabeza.

Subiría al estudio, decidió. Trataría de olvidar lo ocurrido, olvidar la voz, olvidar las irritadas palabras de Maite, olvidar su propia falta de persuasión que había conducido a Pedro a la muerte. Y para olvidar y desalojar los problemas de su mente y la depresión que le habitaba, Daniel no conocía terapéutica mejor que la pintura. Mientras pintaba, generalmente el mundo y sus problemas desaparecían; todo se hacía en su interior gozo y serenidad.

Encendió una nueva pipa y subió al estudio.

5

Le interesaba a Daniel el tema de la pintura automática y aquella mañana, como tantas otras veces, trató de experimentarla por sí mismo. Se colocó ante el caballete con la mente en blanco, con el pincel en la mano a unos centímetros del lienzo, esperando que una fuerza o identidad desconocida, un espíritu del más allá, pintara por él.

Le gustaba a Daniel pintar a su manera y ser y sentirse autor y creador único de su propia obra; pero le fascinaba la posibilidad de realizar pintura automática sirviendo de puente a algún pintor del más allá.

Se preguntó, anhelante: ¿qué pintaría, si pudiera pintar, un hombre en el más allá?

Recordó una vez más las palabras de su madre en la sesión de Davies Street: «¡Oh, qué colores pintarías aquí!». Recordó también que Bellme le había pedido a su hijo que citara nombres de pintores cuyos colores fueran parecidos a los del más allá y Michel le había contestado que para hacerlo tendría que incluir toda la historia de la pintura.

¿Habría, se preguntó Daniel, alguna clase de formas en el mundo en que vivían los espíritus? ¿Qué vio Corot, si es que vio algo, en su lecho de muerte, cuando en el momento de expirar dijo: «¡Si vierais qué hermoso es esto! Nunca he visto paisajes tan admirables?».

—Paisajes —musitó Daniel—. ¿Hay paisajes allí?

Y quedó meditativo, sosteniendo el pincel en la mano, esperando, esperando, esperando...

¿No había vivido alguna vez William Blake esta experiencia?, se preguntó. Y el propio Rafael, al acabar su *Madonna* en la Capilla Sixtina, ¿no la contempló con asombro y no dijo que la había pintado como en trance y sintiéndose guiado por una identidad desconocida?

Daniel movió la cabeza y suspiró.

—No debo pensar —pronunció en voz baja—. No debo pensar.

Durante casi una hora permaneció silencioso e inmóvil ante el caballete procurando mantener el cerebro vaciado de su propia personalidad y esperando que un pintor del más allá moviera su mano y pintara por él.

Pero como en las anteriores ocasiones, aquella mañana tampoco lo consiguió.

6

A mediodía, mientras almorzaban, Ingrid le dio las últimas noticias.

—Maite ha salido para Málaga. Me ha telefoneado hace un rato para decírmelo. Ha vuelto a hablar con Ibaizábal. Este le ha dicho que, antes de morir, Pedro habló de ti. Dijo que... que tenías razón... y que estuvieses *atento*, que cumpliría *la* promesa que te hizo.

Le preguntó curiosa, casi un minuto después:

—Daniel, ¿qué promesa te hizo? ¿Puedo saberlo?

—Sí. Dijo que, sí podía, se comunicaría conmigo después de su muerte.

Quedaron inmóviles mirándose en silencio.

DANIEL TARDÓ MUCHO en dormirse aquella noche. Estaba inquieto y angustiado, intranquilo. Pensamientos dispersos se movían rápidos y obsesos en su cerebro como trenes circulando en la madrugada. Todo era dentro de él caótico e inconexo. Pensó en Friedrich Jurgenson condecorado por el Papa Pablo VI y en sus *Comunicaciones radiofónicas con los difuntos*, Pensó en nuestro mundo como un lugar de prueba o expiación y recordó aquellas palabras de Azaña, el que fue presidente de la República durante la guerra civil, cuando decía que la tierra era el infierno de otro planeta. Pensó en la alucinante experiencia de Lincoln Mackay cuando encendió su televisor y vio que en la pantalla aparecía una densa niebla a la que siguió la figura de su suegro, muerto meses antes, tendido en la cama; transcurrieron así semanas y meses hasta que, inexplicablemente, como había aparecido, la imagen fúnebre desapareció del televisor.

Pero aquella noche Daniel pensó, con particular intensidad, en el más allá: «como si las palabras no tuviesen letras», «un rayito muy pequeño y muy débil, y sin embargo tan puro y tan radiante», «las luces, los sonidos, los colores», «si hubiera modo de explicarte», le había dicho su madre. Y el hijo de Belline: «otros espacios y otros tiempos», «dulces vibraciones», «evolución de las almas», «luces pensantes»...

Recordó Daniel entre brumas el *Libro de los muertos* egipcio en sus palabras iniciales: «Aquí empiezan los capítulos que relatan la salida del alma hacia la plena luz del día, su resurrección en el espíritu, su entrada y sus viajes en las regiones del más allá».

Recordó también el *Bardo Thodol* tibetano. Lo recordó tan claramente como si lo estuviese leyendo de nuevo: «El difunto ve que la parte de su comida es apartada, que su cuerpo es despojado de sus vestidos, que el sitio donde estaba la manta sobre la que descansaba es barrido. Escucha los llantos, los gemidos de sus amigos y parientes, y muy especialmente les ve y oye cómo le llaman; pero como ellos no pueden saber que él les responde, se va disgustado. Al instante, sonidos, luces, radiaciones. ¡Oh, noble hijo!, lo que se llama la muerte ha llegado ahora. Dejas este mundo, pero no eres tú solo en hacerlo; la muerte llega para todos. No continúes atado a esta vida por el sentimiento y la debilidad. Pues aunque por debilidad quisieras hacerlo, no tendrías poder suficiente para permanecer aquí. El cuerpo que tienes ahora es llamado el cuerpo-pensamiento de las inclinaciones. Desde que no tienes un cuerpo material de carne y sangre, sea lo que sea lo que pueda suceder, sonidos, luces o radiaciones, nada de eso puede hacerte daño».

Mientras el reloj de la basílica desgranaba las tres, las cuatro, las cinco de la

madrugada, pensó Daniel en Anne-Marie Dinkel, de cuya existencia se había enterado al leer *Encuesta detrás de lo visible*, del premio Goncourt Vintila Horia; un libro interesante y hermoso que le impresionó mucho y que conservó con amor porque le gustaba releerlo de vez en cuando. Aquella noche resonaron una vez más en sus oídos las palabras de la señora Dinkel al hablar de la muerte de su marido: «Yo misma lo saqué de su cuerpo, le guie a su nueva vida. Casi nunca vuelve por aquí. Yo, en cambio, voy a menudo a visitarle».

Ante sus ojos soñolientos creyó ver desarrollarse la escena que Anne-Marie Dinkel había contado a Horia y que a Daniel le hizo pensar en Virgilio y en Dante: «Nos encontrábamos en medio de una densa niebla donde se hallaban muchos seres difuntos buscando su camino. Estaban solos, no veían nada, y en seguida se dirigieron hacia mí... Mi guía me contestó: “Mira bien tu propio cuerpo”. Y vi entonces como una luz encendida, fosforescente, en medio de mi cuerpo, de forma rectangular. Luego me dijo: “Mira a tu alrededor”. Y vi entonces otras luces moviéndose entre la niebla. Eran como sombras, a veces sin figura alguna, seres que habían perdido su personalidad, que no lograban recordar quiénes eran... Y todas aquellas luces que se movían en la niebla eran guías que venían desde la tierra, como yo, y ayudaban a aquellos seres perdidos, que no sabían aún dónde se encontraban o que, debido a la violencia de su muerte repentina, habían dejado de tener una conciencia».

Daniel notó cómo en su cerebro se amontonaban y crecían pensamientos que brotaban incontenibles como círculos concéntricos.

Recordó la sesión de Davies Street y volvió a tener ante sí los rostros de la anciana Mrs. Moore, de Mr. Blake, de Herr Schönberg y Mr. Morrison. El cerebro le ardía a Daniel y se le llenaba desordenadamente de palabras, ideas y recuerdos: su madre y él en el jardín; Ingrid en trance en Davies Street; Santa Teresita del Niño Jesús en sus años infantiles diciéndole a su madre: «¡Cuánto me gustaría que te murieras, mamá!», y sus palabras llenas de fe, ingenuas y profundas, cuando la riñeron por decir eso: «Pero... ¿para ir al cielo no hay que morir antes?»; el retrato al óleo de su padre sobre la chimenea de la sala de estar; Mr. Burnes-Lytton tratando de comunicarse con su esposa letra a letra, esperando que ella moviese desde el otro mundo la pequeña flecha a manera de aguja de reloj; el magnetófono del doctor Van den Ende girando, girando, girando...

Todo era como un ovillo desmadejado y confuso, como un vértigo incoherente.

Una de las últimas imágenes que circuló detrás de la frente de Daniel aquella noche de angustiado insomnio, fue la de Pedro. La veía entrando en la Plaza Nueva por la bocacalle de Los Fueros y deteniéndose a su lado. «Hombre, Daniel, qué casualidad». Y luego, al despedirse: «Es una promesa, una promesa solemne».

De nuevo martillearon resonantes en el cerebro y en las venas de Daniel con fuerza inusitada, las palabras de Arme Marie Dinkel: «... los que mueren de repente, en accidente, o de infarto, y que se encuentran en el mundo del más allá sin

posibilidades de comprender nada. No soportan las vibraciones. Son incapaces de ver a su alrededor, se desesperan, se encuentran como perdidos». Al fin se durmió.

2

Dos días después Daniel fue a Bayona.

3

«Debo relatar este episodio porque aunque a primera vista pudiera parecer que se relaciona con el tema central de mi historia de una manera puramente marginal, la verdad es que tuvo mucho que ver —y aun de manera fundamental— con todo lo ocurrido.»

4

Ingrid estaba cansada y no acompañó a Daniel.

Fue un viaje relámpago. Por la autopista se llegaba a la frontera, cómodamente, en hora y media. Treinta minutos más y se recorría la distancia entre Hendaya y Bayona.

Era esa una zona que había encantado siempre a Daniel y en la que algunas veces había pasado con su madre unas semanas de descanso. A lo largo del año solían ir con frecuencia desde Bilbao, con la menor excusa, a pasar el día. Daniel aprovechaba para tomar apuntes de rincones pintorescos y comprar algún libro y tabaco de pipa y doña Ana solía charlar con su vieja amiga *Madame* Renaud.

Inesperadamente, *Madame* Renaud había telefoneado a Daniel la noche anterior, simplemente para preguntarle qué tal iba su vida, y en el curso de la conversación le había hablado de manera casual y anecdótica de un pintor bayonés llamado Jules.

Duchesne, a quien en la ciudad consideraban medio loco, y que decía haber inventado un aparato para oír las voces de los pintores difuntos. Aseguraba que con ese aparato se podría oír a Rembrandt, a Brueghel, a Goya, a Leonardo de Vinci, a Mondarían, a Modigliani... A Daniel le interesó e intrigó la noticia. ¿Por qué solo la voz de los pintores? La invención de Duchesne tenía algo que ver, le dijo *Madame* Renaud, con la voz dejada en los cuadros por los maestros que los pintaron. Todo era un tanto extraño y confuso. *Madame* Renaud no parecía saber exactamente de qué se trataba; solo tenía una idea muy vaga del asunto. Pero en él se mezclaban las dos grandes preocupaciones de la vida de Daniel: las voces de los difuntos y la pintura. Además, se dijo, ¿no había inventado casualmente Edison el teléfono, antes que el propio Graham Bell, mientras trataba de crear; un aparato para establecer comunicación con los muertos?

Daniel decidió visitar a Jules Duchesne. ¿Tenía teléfono en su casa? *Madame Renaud* lo ignoraba; pero creía que no. Tampoco sabía concretamente dónde vivía, aunque creía que tenía el estudio en la misma calle en que estaban la Comisaría de Policía y el *Musée Bonnat*.

Ingrid le había pedido que olvidase lo ocurrido durante los últimos días, que descansase un poco y no se obsesionase con la trágica muerte de Pedro y la irritada actitud de Maite.

Cuando cesó la voz de *Madame Renaud* y colgó el teléfono, Daniel pensó en Duchesne como una excusa para la evasión como un cambio de tema y de ambiente, sin imaginar que...

5

No sé hasta qué punto podría decir que estaba loco aquel sorprendente Jules Duchesne que tanto había de influir en mi vida y que sin él sospecharlo siquiera ha sido en gran medida la causa de que me encuentre en la situación en que me encuentro.

Era un hombre que vivía como en medio de una niebla y que tenía ideas extrañas. Creo que para él era más real el mundo que él mismo se había creado, el mundo que habitaba detrás de su frente, que el mundo real que le rodeaba.

No comprendo cómo podía pintar en aquel estudio atiborrado de objetos heterogéneos y por cuyas dos pequeñas ventanas altas y estrechas, de cristales sucios, se filtraba una luz grisácea. Luego supe que solía pintar casi siempre de noche con luz eléctrica. Pintaba hasta las tres o cuatro de la madrugada y entonces salía a pasear por la ciudad desierta, regresando cuando empezaban a tañer las campanas llamando a la primera misa.

Más que estudio aquello era propiamente un desván convertido en vivienda de bohemio.

Tenía allí mismo una cama metálica de campaña, un lavabo, un armario, una cocinilla eléctrica, unas perchas con ropa colgando de la pared, decenas de lienzos ya pintados sin enmarcar y entre objetos diversos, gran cantidad de libros amontonados en el suelo. Casi todos trataban de pintura sobre todo relacionados con Van Gogh, y de temas de fantasmología y reencarnación. Era la buhardilla de una casa de cuatro pisos de paredes desconchadas, sin ascensor.

6

Cuando en respuesta a la llamada una voz dijo «Entrez» y Daniel empujó la puerta en la que se leía *Jules Duchesne. Peintre-artiste*, le halló sentado en un pequeño taburete junto a una de las ventanas, fumando un *Gaulois* y contemplando el lienzo inacabado

que tenía en el caballete.

Daniel se presentó y él dijo, sin énfasis:

—Me llamo Jules Duchesne. Pero, en realidad, soy la reencarnación de Vincent van Gogh. ¿Se asombra usted? No lo haga. Solo hay que asombrarse de la soberbia y la estupidez de los seres humanos.

Daniel musitó:

—Perdone que le visite sin previo aviso, pero vengo especialmente desde Bilbao y...

Duchesne se levantó sonriendo, cogiéndole del brazo y llevándole al centro de la habitación.

—Así que ha venido usted desde Bilbao, ¿eh?

Latía un acento de satisfacción en su voz.

Era alto y un tanto desgarrado. Su rostro ofrecía cierta semejanza con el autorretrato que Van Gogh pintó en setiembre de 1889 y que Daniel había visto hacía años en París en la *Galerie du Jeu de Paume*. Curiosamente, dada su obsesión, Duchesne no parecía hacer nada por acentuar ese parecido. En vez de una breve barba vangoghiana se había dejado una barba amplia y casi patriarcal que parecía postiza: como pintada no por Van Gogh, decidió Daniel, sino por Rembrandt o Tiziano, quizá por Rubens. Sin embargo era un hombre joven; Daniel le calculó de treinta y pocos años.

Tenía las mejillas de color terroso y los ojos le brillaban como chispas en lo hondo de las órbitas muy hundidas.

Tendió a Daniel una mano fría de dedos largos y gruesos.

Por su modo de andar y de moverse Daniel dedujo que Duchesne tenía varices, como a veces ocurría a quienes tienen la costumbre de pasarse horas de pie inmóviles ante el caballete. En sus manos las venas aparecían hinchadas y azulosas, como a punto de reventar la piel.

—Veo que le interesa a usted mucho esto de las voces, ¿eh? —preguntó Duchesne—. Sí, es un tema fascinante. Pero siéntese, siéntese, por favor.

Quitó unos libros, una taza, una paleta y unos trapos manchados de pintura que había sobre una silla vieja de asiento de rejilla, y Daniel tomó asiento. La habitación estaba impregnada de olor a tabaco negro, aguarrás y pintura al óleo.

Jules Duchesne continuó de pie. No dio un solo paso mientras hablaba, limitándose a accionar las manos para subrayar sus palabras.

—Se me ocurrió hace ya tiempo, no sé cómo ni por qué —dijo, como quien prosigue una conversación—. Fue una de esas ideas que le vienen a uno a la cabeza en cualquier momento. Me pregunté: si la voz humana y los sonidos quedan registrados en un disco, ¿no es posible que queden también registrados en las pinturas? El pintor habla o canturrea muchas veces mientras pinta. ¿No es posible que entre pincelada y pincelada vaya sepultando su propia voz en la obra que pinta ya que la pintura depositada sobre el lienzo o la tabla tiene además como unas pequeñas

rayas o raiiles casi invisibles producidas por los pelos de los pinceles? En esas huellas de pinceladas que son tan semejantes en cierto modo a las estrías de un disco, ¿no ha podido quedar grabada la voz del pintor? Y si esto es así, ¿no sería también posible reproducir esos sonidos de un modo parecido a como se reproduce lo registrado en un disco?

Duchesne hablaba a borbotones y con voz gruesa.

—Durante más de dos años estuve tratando de encontrar las respuestas. Me encontraba ante una gran dificultad. ¿Cómo iba yo a averiguar si hay o no voces grabadas en un cuadro, si no disponía de los medios para reproducirlas? ¿Comprende lo que quiero decir?

No esperó ninguna respuesta. Parecía estar hablándose a sí mismo.

—Me decidí a hacer la prueba con mis propios cuadros. A veces yo solía emplear la espátula; no muy frecuentemente, porque no me gusta mucho. La encuentro fría y metálica. Bien; de allí en adelante procuré pintar siempre con pincel, solo con pincel. Tenía miedo de que, si usaba la espátula, al alisar la pintura pudiese matar o sepultar la voz depositada en el lienzo. Empecé a pintar pensando en mi experimento, cantando o hablando en voz alta. Procuré que fuesen cuadros pequeños y manejables y empleé bastidores del ocho para paisaje y figura. Ya sabe: cuarenta y seis centímetros por treinta y tres, y cuarenta y seis por treinta y ocho. Pinté unos diez y esperé a que estuvieran bien secos. Y entonces empezó lo difícil. ¿Cómo conseguir reproducir mi voz registrada en esos cuadros... en el caso de que en efecto mi voz hubiera quedado registrada entre la pintura? ¿Eh? Expliqué el caso a varias personas que podían ayudarme. Partiendo del supuesto de que cada cuadro era como un disco, ¿qué tipo de tocadiscos, por así decirlo, sería capaz de hacerlos sonar? Caí en la cuenta de que era de todo punto imprescindible que el aparato reproductor de sonidos siguiera la misma dirección que mis pinceladas. Después de varios meses de pruebas y tanteos, de fracasos y más fracasos, conseguí que se construyera lo que considero que es, hasta la fecha, el único... ¿le llamaré «tocacuadros»?... bien, el único tocadiscos que existe. Pero es muy difícil de explicar. Será mejor que lo vea usted mismo.

Duchesne fue hasta un rincón y tomó un bastidor pequeño, de cuarenta y seis por treinta y tres. Era un típico paisaje de Bayona con las dos altas torres de la catedral al fondo.

Sin duda quería ser algo semejante a un Van Gogh, pero no lo era. Le faltaba a la pintura de Jules Duchesne la autenticidad indefinible y sufriente que caracterizó a Van Gogh.

Pensó Daniel que el falsificador Van Meegeren había teñido más talento recreando el estilo de su compatriota Vermeer que Duchesne tratando de vivificar la abrasadora pasión pictórica de aquel de quien se decía reencarnación.

—¿Ve usted? —preguntó Duchesne—. Es un lienzo normal pintado normalmente, en todo semejante a cualquier cuadro de cualquier pintor que puede encontrarse en

cualquier museo o galería. Pues bien; observe.

Acercó a la ventana una mesita sobre la que descansaba algo semejante a un tocadiscos sobre cuya parte superior, rectangular colocó el lienzo. Enchufó el «tocacuadros». El bastidor comenzó no a girar, sino a moverse lentamente como un extraño péndulo de rápida y nerviosa palpitación. Luego Duchesne colocó un pequeño trípode con una varita metálica que parecía una grúa en miniatura (tenía también algo del taladro de un dentista) en cuyo extremo había a manera de aguja una delicada púa de madera muy aguda, semejante a una espina en forma un tanto curvada en su punto vértice, que presionó sobre el lienzo.

Casi inmediatamente surgió la voz del pintor.

Era indudablemente su voz; borrosa, pero reconocible: «Bonjour, Monsicur. Je suis Jules Duchesne». «Mais oui, mais oui, c'est moi». Daniel captó más tarde unas pocas palabras sueltas: «... heure est-il?», «Il pleut», «ce serait... oui... facile» «... fini», y más tarde, tras unos sonidos ahogados, fragmentos de una canción popular: «... pont d'Avignon, on y danse... danse»

Duchesne detuvo el tocadiscos y posó una mirada expectante en la cara de Daniel.

—¿Qué le ha parecido?

Daniel movió la cabeza con cierta solemnidad.

—Asombroso —dijo.

—Esa es la palabra, sí. Asombroso. Pero ya ve usted, cualquier pintor puede hacer la prueba si dispone de un tocadiscos como este. ¿Imagina usted lo que esto significa?

Su voz se hizo más delgada, más alta y nerviosa.

—¿Se da usted cuenta? ¿Eh? Mejorando este sistema y perfeccionando este rudimentario aparato podríamos oír las voces de los grandes maestros de la pintura. Piénselo. ¡Oír a Van Gogh, a Corot. a todos los impresionistas, a Miguel Ángel, a Goya, a Klee! ¡Oír la voz de Velázquez! ¡Oír al propio Leonardo mientras pintaba la *Gioconda*!

Duchesne calló y esbozó una débil sonrisa, como avergonzado de su entusiasmo.

—Siempre me pongo así cuando pienso en esto —dijo—. Me empieza a dar vueltas la cabeza cuando imagino lo mucho que podríamos aprender con este procedimiento.

Continuó hablando con tono más comedido y sereno.

—Realmente, ¿por qué no habíamos de oír al propio Leonardo? —preguntó—. Ya sabe usted que muchos grandes pintores, casi todos, tenían un grupo de discípulos a los que explicaban sus teorías y experiencias. Les contaban cosas de su vida y hablaban mal de otros pintores. Lo de siempre. Conversaban con sus discípulos sobre mil temas mientras pintaban. Y es posible oírles, es posible reproducir su voz y tal vez los ruidos y otras voces de sus talleres, saber por su propio testimonio la opinión que tenían de esto o lo otro... ¿Quién es realmente la *Gioconda*? ¿Eh? ¿Cuál es su

verdadera identidad? ¿Se da usted cuenta de que tal vez la respuesta está en forma de voz, de su propia voz, en la tabla que pintó Leonardo da Vinci? Casi todos los modelos suelen ver su retrato al final de cada sesión, mientras el artista da aquí y allá unas pinceladas. «Me gusta o no me gusta», «¿cuándo estará totalmente terminado?»... Bien; pues la voz de Monna Lisa diciendo esas cosas puede estar registrada en su retrato. En el caso, claro, de que la retratada sea Monna Lisa y no otra persona. ¿Comprende? Mucha pintura ha sido destruida por el tiempo y muchas pinceladas originales ya no existen por culpa de las restauraciones. Pero el mundo está lleno de obras maestras que se conservan en bastante buen estado para realizar mi experimento. Se podría incluso identificar al autor de pinturas sobre cuya autenticidad hubiera dudas. Probablemente algo dijo el pintor mientras pintaba, algo que podría tal vez demostrar su identidad. Sería un método muy útil para determinar autenticidades y falsificaciones. Abundan tantas falsificaciones por ahí que incluso podría ser este el único método definitivo para salir de dudas.

Le preguntó Daniel:

—¿Ha comentado usted su descubrimiento con algunos expertos, con algún museo?

Jules Duchesne asintió.

—Pero nadie parece comprender la importancia de mi hallazgo —dijo con voz triste—. Hablé hace poco tiempo, muy seriamente, con el conservador del *Musée Bonnat* de aquí al lado. Sí, aquí, en esta misma calle. También he ido a hablar personalmente con algunos coleccionistas y directores de museos y he escrito al de Dresde, al *Louvre*, al *Prado*, a la *Galería Borghese*, a los museos de Viena, Florencia, Munich, Vaticano, al *Rijksmuseum*... Nada; todo inútil. Solo he recibido silencio o amables palabras de excusas y enhorabuenas envueltas en soterradas fórmulas de incredulidad. Supongo que piensan que estoy loco, que soy un chiflado. Anteayer mismo estuve hablando con un viejo compañero con quien pinté en París en *La Grande Chaumière* y que ahora tiene cierta influencia con el museo de Amberes. Les ofrecí hacer la prueba con el *Retrato de Philippe de Croy* de Van der Weyden, *La Virgen de la Fuente* de Van Eyck y el *Retrato de Jean de Candida* de Memling. Los tres ofrecen la ventaja de que son de pequeñas dimensiones. El de Van der Weyden me parece que mide cuarenta y nueve por treinta, y el de Memling es aún más pequeño. El de Van Eyck es todavía menor: tan solo diecinueve por doce o algo así. Le dije a mi amigo que yo podría llevar mi tocac cuadros a Amberes y hacer en el museo una demostración delante de los expertos o testigos que quisieran. Así las pinturas no saldrían del edificio ni estarían fuera del alcance de sus miradas. Le aseguré que podríamos oír las voces de los tres maestros y le prometí que, por supuesto, las pinturas no sufrirían el menor daño. Pero no acabó de tomarme en serio. Nadie me quiere tomar en serio. En cuanto comienzo a explicarles de qué se trata parecen asustarse. Consideran que es cosa de chifladura, de broma...

Hablaba con voz calmada y ademanes tranquilos.

La expresión serena de Jules Duchesne se convirtió de súbito en exaltación casi salvaje.

En alguna parte dentro de él, pensó Daniel, se habían desmoronado los muros de contención mientras hablaba de los silencios y de las negativas recibidas.

—¿Sabe usted lo que decía Van Gogh? —preguntó Duchesne—. Que lo más que el hombre puede aprender en este mundo es a sufrir sin quejarse. ¿Y sabe una cosa, quiere que le diga una cosa? Algún día me cansaré de todo y abandonaré este mundo sucio y absurdo pegándome un tiro en el corazón. Como él.

Sí, como él, como Van Gogh. Pero el pobre, el gran Vincent van Gogh, pensó Daniel, hasta en eso tuvo mala suerte. Porque la bala no le dio de lleno en el corazón y tardó dos días en morir.

Duchesne miraba delante de sí sin ver nada.

Dijo con voz súbitamente nostálgica:

—No puedo olvidar aquel 27 de julio de 1890. Salí del *Café Ravoux*, donde tenía alquilada una habitación, muy de mañana, para pintar; como hacía todos los días, a menos que hiciera muy mal tiempo. No trabajé mucho. Sentía el peso del revólver en el bolsillo de la chaqueta. Y sabía oscuramente que lo usaría aquel día. Sin embargo, me senté junto a un árbol y escribí una carta a mi hermano Theo. La escribí como si nada anormal estuviese ocurriendo o a punto de ocurrir. Aunque realmente mi carta fue bastante caótica, lo reconozco. Recuerdo que mientras la escribía se me iba la cabeza. Tuve conciencia de que la locura se iba apoderando de mí. Guardé la carta en un bolsillo de la chaqueta... en el derecho, sí, estoy seguro de que fue en el derecho... Saqué el revólver y...

Suspiró.

—Permanecí algún tiempo sin sentido. Luego fui recobrando conciencia. Recordé lo ocurrido y miré mi camisa ensangrentada. Había fallado el tiro. Mi corazón seguía latiendo; pero me hacía daño, mucho daño. Me asombré de vivir. Sin lamentar haber fallado el tiro; no; sin lamentar nada. Simplemente, me asombré de seguir vivo. Caminé trabajosamente hasta llegar al *Café Ravoux*. Recuerdo la expresión asombrada con que me recibieron. Me preguntaron, alarmados: «*Monsieur Vincent*, ¿ha sufrido usted un accidente?»; y yo les contesté: «No. Es que he intentado suicidarme y he errado el disparo».

Daniel conocía esos datos. Van Gogh había sido siempre, como criatura humana y como pintor, uno de sus personajes preferidos. Desde muchacho sus *Cartas a Theo* le habían servido, casi tanto como sus pinturas, de estímulo y de consuelo. A Daniel le atraía, además de su autenticidad como pintor, su personalidad humana y su alma buena y patética, su vida dolorosa, su individualidad tan intensa y generosa abocada

por la locura a la autodestrucción.

Pero le impresionó a Daniel profundamente el hecho de que Jules Duchesne no parecía consciente de que estaba hablando en primera persona, de que en aquel momento él era (se sentía) realmente Van Gogh.

Duchesne rompió en sollozos y escondió la cara entre las manos, murmurando: «¡Dios mío, Dios mío!». Más tarde con voz casi inaudible, como si se dirigiese moribundo a Theo, murmuró: «*La misère ne finirá pas*». Habían sido las últimas palabras de Van Gogh.

Duchesne estaba inmóvil, llorando, las manos tapándole el rostro, y Daniel no supo qué hacer. No había visto nunca llorar a un hombre.

Esperó unos minutos y al fin, al ver que Duchesne continuaba sin moverse y sin hablar, Daniel pronunció unas vagas palabras de despedida y se fue. Le interesaba el tocacudros de Duchesne y se prometió escribirle desde Bilbao ofreciéndole su colaboración económica para que continuase las investigaciones y perfeccionase su invento.

8

En el viaje de vuelta, mientras rodaba por la autopista, pensé en Van Gogh apretando el cañón de un revólver sobre su pecho.

9

Daniel tardó unos días en comprender que su visita a Jules Duchesne constituía la tercera fase de aquel desencadenamiento que se había iniciado con el telegrama. *Todo bien. Saludos desde Roma*, y que hasta el momento había tenido su segunda fase y su más trágica significación en la muerte de Pedro.

Era ya el comienzo del fin.

Capítulo 12

1

PEDRO CUMPLIÓ SU PROMESA. Habló a Daniel desde el más allá. A partir de ese momento los acontecimientos se desarrollaron con un ritmo inflexible y acelerado, de manera caótica, hasta alcanzar su consumación alucinante.

2

En mis declaraciones al juez, a los policías y a los psiquiatras, he relatado mi vida y he descrito detenidamente estos acontecimientos finales, tal como ocurrieron, una y muchas veces. No oculté ni tergiversé un solo dato. Pero no me creyeron. Me escucharon con incredulidad, alguna vez con compasión, alguna vez también con suspicacia, casi con alarma, y se miraron unos a otros diciéndose en silencio: «El pobre está completamente loco».

No pueden, no quieren comprender.

Juro ante Dios que cuanto he contado en estas páginas, y cuanto he repetido en todas mis declaraciones, es la verdad, absolutamente, únicamente la verdad. Juro por mi alma inmortal tal que lo que voy a contar una vez más, ahora sobre el papel, en estas últimas cuartillas, es la estricta realidad de los hechos. Lo que ocurrió, ocurrió exactamente de este modo:

3

Acababan de sonar las dos de la madrugada en el reloj de la basílica.

Llovía.

Era una lluvia pausada y persistente que se había iniciado alrededor de medianoche. Daniel experimentó una vez más el pequeño gozo voluptuoso de hallarse en la cama leyendo mientras llovía. De vez en cuando entornaba los párpados y quedaba escuchando el caer de la lluvia. Siempre le había gustado ver y oír llover. Las dos campanadas se expandían en el silencio húmedo de la madrugada con resonancias de órgano.

Ingrid dormía hacía rato.

Se movió de pronto, agitada, y preguntó:

—¿Qué ha sido ese ruido?

—El reloj de la basílica. Las dos —dijo Daniel—. Está lloviendo. Anda, sigue durmiendo.

Pero ella se incorporó y quedó mirando fijamente el vacío.

—Algo está pasando o va a pasar —dijo—. Lo sé, lo presiento.

Respiraba nerviosamente. Su voz sonaba aguda y sobresaltada.

—El magnetófono —murmuró—. ¿Lo has puesto?

—No —dijo Daniel—. Con las preocupaciones de estos últimos días... Pero ¿qué te pasa, Ingrid? ¿Qué es?

Ingrid cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes.

—Alguien te está llamando. Estoy segura. Alguien te está llamando, Daniel. Y no a través mío.

«Pedro», pensó Daniel. «Lo ha conseguido».

Ingrid se había levantado rápidamente y con los pies descalzos, sin bata, corría escaleras abajo camino de la biblioteca. Daniel la siguió. Conservó nítidamente en su recuerdo el clic del interruptor, como un chasquido, y la luz de la lámpara del techo derramando una gran mancha amarillenta por toda la habitación.

Daniel fue hasta la mesa y encendió la lámpara portátil; luego apagó la del techo. Le molestaban las luces intensas y crudas; le producían chirrido en los ojos. La luz de la lámpara de la mesa, cálida e íntima, muy grata, parecía también hacer más grande y misteriosa la biblioteca, que permanecía parcialmente en sombras.

La lluvia arreciaba ahora con intensidad.

Se aplastaban las gotas de agua, tamborileantes como perdigones, en los cristales del ventanal tapados por una espesa cortina.

El magnetófono estaba sobre la mesa. Con movimientos inesperadamente sobrios y tranquilos, Ingrid sacó una cinta nueva, la colocó en el magnetófono y oprimió la tecla para grabar.

La cinta comenzó a moverse lentamente, sin ruido.

Daniel se acercó al micrófono y dijo:

—Soy Daniel. ¿Alguien quiere comunicarse conmigo? Estoy a la escucha. Espero. Espero.

—Voy a buscar mis cigarrillos —dijo Ingrid.

—Trae de paso mi pipa, ¿quieres? Creo que la he dejado en la sala de estar.

Cuando Ingrid volvió permanecieron largo tiempo fumando en silencio, con las miradas clavadas en la cinta que se deslizaba y giraba con suavidad.

¿Estaría ya, se preguntó Daniel, grabando alguna voz, algún mensaje que sus oídos no captaban, pero que estaban allí, que sonaban a su lado y que por no se sabía qué extraña ley o qué curiosa circunstancia era capaz de recoger el magnetófono? Durante un rato Daniel recordó la primera vez que había ido a Londres con su madre y en que hicieron un breve viaje a Cambridge ver su universidad y su radiotelescopio gigante, en el que se registraban diariamente sonidos procedentes de remotas galaxias, sonidos que se produjeron hacía millones y millones de años. Alguien les explicó que era posible que el radiotelescopio recogiese en cualquier momento la huella sonora producida por la Creación.

Daniel rememoró meditativamente aquella visita a Cambridge mientras miraba como hipnotizado la cinta que giraba incesantemente. De pronto hubo como un fogonazo en su cabeza: el doctor Van den Ende, la voz de su amigo difunto diciéndole *Het gordijn gaat open* (va a levantarse el telón), un carillón sonando en alguna parte de la noche de Brujas...

La voz de Ingrid le sobresaltó.

—Vamos a oírlo —dijo—. Tal vez haya algo.

—Sí, tal vez.

Casi temblaban de impaciencia.

Daniel rebobinó y luego apretó la tecla para escuchar lo grabado. Había puesto el volumen al máximo y estuvieron con el oído atento y en tensión hasta que la cinta llegó al punto en el que habían rebobinado.

Pero no había ninguna grabación, ninguna voz, ningún sonido.

Ingrid aplastó bruscamente el cigarrillo en el cenicero y ahogó algo que iba a decir.

Miró a Daniel con expresión perpleja.

—Sin embargo estoy segura de que te están llamando. Completamente segura.

—Hay que tener paciencia —musitó él.

Volvió a oprimir la tecla para grabar y de nuevo permanecieron en silencio y expectantes con la mirada fija en el movimiento de la cinta. La lluvia ya no golpeaba los cristales. Daniel entreabrió las cortinas y miró hacia fuera, hacia la noche oscura y destemplada. Había dejado de llover.

Al cabo de veinte minutos otra vez rebobinó y apretó la tecla para oír lo grabado.

Transcurrió un gran trozo de tiempo en blanco, en vacío absoluto. Daniel encendió la pipa, que tenía apretada entre los dientes desde hacía más de media hora. Transcurrieron cinco, diez, quince, diecisiete minutos. Y de pronto...

Fue como el eco de una nota musical, como un remoto sonido tenue y vibrante.

Inmediatamente surgió la voz de Pedro, un poco débil y opaca:

—Daniel, ¿me escuchas? Sí, soy yo, Pedro. Tengo que hablarte de prisa, muy de prisa. Tenías razón. Me comunicaré contigo siempre que pueda. Escucha ahora con atención. Esto es... imposible de describir. No hay modo de expresarlo. Estoy aquí con tu madre. Tu padre también está aquí. Escucha. Óyeme con atención. Es posible que los dos marchen pronto. No sé adonde. Todavía estoy un poco confuso. Pero soy muy feliz. A ninguno de nosotros nos gustaría regresar ahí. Daniel, tu madre quiere hablarte. Es muy importante. Muy urgente. Espera. Continúa a la escucha. Tu madre va a hablarte aho...

La comunicación se interrumpió sin que mediara aviso alguno, sin que surgiera ningún ruido, ninguna señal, ningún sonido (se interrumpió, simplemente) y todo fue silencio.

Daniel permaneció angustiado escuchando, escuchando. Nada. Solo silencio. Daniel notaba el peso de su corazón y sus palpitaciones rápidas y secas.

La cinta magnetofónica seguía girando, girando, girando calladamente.

Sonó una música indefinible, muy pura y suave, que duró solo un instante, una fracción de segundo. Y otra vez silencio. Y más tarde unas voces confusas que mantenían en castellano un diálogo incomprensible y deshilvanado, todo en un tono bajo casi inaudible. Eran unas voces y una música muy semejantes a las que Daniel había grabado en otras ocasiones.

Pero el mensaje de su madre no llegaba.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Ingrid.

—Esperar —dijo Daniel con voz firme.

Le vencía el desasosiego.

Estaba también desfallecido, preocupado. Pero tenía que seguir intentándolo, se dijo, tenía que hacerlo. ¿Por qué no se comunicaba su madre? ¿Por qué no restablecía comunicación?

Decidió grabar sin interrupción el resto de la cinta (aún le quedaba más de una hora por una sola pista) y luego escuchar. Tal vez en esa hora de grabación quedaría registrada la comunicación que esperaba. Apretó la tecla para grabar. Una campanada sonó en el reloj de la basílica.

—Las tres y media.

Ingrid estaba adormilada en el sillón.

—Ingrid —dijo Daniel—. Ingrid.

Ella entreabrió pesadamente los párpados y suprimió un bostezo.

—Estás muerta de sueño. Acuéstate.

—¿Y tú?

—Me quedaré aquí. Anda, ve a acostarte.

Ingrid, con gestos despaciosos y aturcidos, le dio un beso y se fue.

Eran casi las cinco cuando la cinta llegó al final y se detuvo. Una vez más Daniel rebobinó y apretó el botón de escucha.

Durante más de veinte minutos —Daniel no pudo asegurar con exactitud cuánto tiempo había transcurrido porque había dejado su reloj, como de costumbre, sobre su mesita de noche— no hubo ninguna voz ni ningún sonido. Se oyó de repente clic, y brotó una voz de hombre honda y lejana, muy remota, que musitó: «Daniel, hijo».

Inmediatamente le llegó a Daniel, más cercana y clara, la voz de su madre.

—Sí, es papá. Estamos juntos. Daniel, escúchame. No sabemos cuánto tiempo seguiremos aquí. Han venido los viajeros de luz y nos iremos con ellos. Pero, hijo, en medio de nuestra felicidad solo una cosa nos atormenta: irnos sin ti. Los viajeros de luz nos llevarán a un lugar más noble y más feliz. ¿Comprendes? Es como un ascenso del alma hacia metas más altas y puras. Daniel, hijo, quizá quedemos separados de ti para toda la eternidad... Papá y yo vamos a pedir que podamos permanecer aquí hasta que tú llegues. Me comunicaré contigo pronto, muy pronto... Tal vez podamos esperarte, quizá puedas hacer el viaje con nosotros, los tres juntos. Y si esto no fuera posible, entonces, hijo, tal vez quedemos separados para siempre, para toda la

eternidad. Me comunicaré contigo pronto.

La voz de doña Ana se desvaneció.

En el resto de la cinta no había ninguna otra grabación.

Daniel permaneció abstraído ante el magnetófono durante largo tiempo.

—Daniel, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Era Matilde.

Le miraba con expresión preocupada. Se desprendía de ella olor a limpieza y a ropa recién planchada. Daniel la miró como si no la viera.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Algo más de las siete y media. ¿Te encuentras bien?

Se incorporó, levantando los hombros, y desconectó el magnetófono.

—¿Has pasado la noche aquí? —preguntó Matilde.

—Sí.

—¿Por qué no te vas a dormir? Estás rendido.

—Tráeme café, por favor.

La vio vacilante y contemplándole con callado reproche.

—Anda, tráeme café, Matilde.

—Sí —dijo ella, saliendo.

Se le llenaron de pronto a Daniel los ojos de lágrimas al recordar la voz de su padre: «Daniel, hijo». Pero era más urgente y profunda la impresión que le habían causado las palabras de su madre. Ahora que había oído por primera vez la voz de su padre, ahora que les había oído a los dos y los sentía tan próximos, tan cerca de sí, pensó: ¿iría a perderles para siempre? ¿Quedar separados de ellos para toda la eternidad! Daniel se sintió aterrado ante aquella posibilidad. ¿Y quiénes eran los «viajeros de luz»? ¿De dónde venían y a dónde se dirigían?...

—Viajeros de luz —pronunció en voz baja.

Recordó haber encontrado una expresión muy semejante en las conversaciones telepáticas que Bellme había sostenido con su hijo. Buscó el libro y releyó detenidamente aquellos fragmentos mientras las sienes le latían con fuerza: «Hay momentos en que la luz produce vibraciones muy intensas; es cuando vienen los visitantes de luz... Cuando recibimos a esos visitantes nos llena un intenso sentimiento de gozo. Es una ascensión hacia la Vida... Parten antes hacía destinos desconocidos»... A la pregunta de Belline: «Cuando esas fuerzas emprenden ese gran viaje y se alejan de vosotros para ir a otro sitio, ¿experimentan pena los que rodean a esos seres?» respondió su hijo Michel: «No, porque son arrastrados por energías y fuerzas deslumbradoras».

Daniel contuvo un suspiro.

Su padre y su madre iban a partir con los visitantes o viajeros de luz hacia un sitio

más noble y más feliz. Pero ¿cuándo, se preguntó, iniciarían ese viaje hacia uno de esos destinos desconocidos? ¿Cuánto tiempo permanecerían donde ahora se hallaban, todavía a su alcance y con posibilidades de que establecieran comunicación con él? Le había preguntado Belline a su hijo si permanecería mucho tiempo donde se encontraba, y Michel había contestado: «No lo sé, no tengo ya vuestra noción del tiempo».

Daniel dejó el libro sobre la mesa y cerró los ojos, pensativo.

El mensaje de su madre era urgente, muy urgente; su partida estaba quizá próxima. Repitió en voz baja sus palabras como si las masticase: «No sabemos cuánto tiempo seguiremos aquí. Han venido los viajeros de luz y nos iremos con ellos. Quizá quedemos separados de ti para toda la eternidad».

A Daniel le aterraban y obsesionaban esas palabras.

«Para toda la eternidad». ¿Y qué era, se dijo, la eternidad? ¿Podía el ser humano siquiera imaginarla?

Daniel se hizo esas preguntas y se sintió minimizado y atónito, como disuelto todo él en un mar de tiempo sin fondo y sin orillas, sin principio ni fin... un mar que no empezaba nunca, que no terminaba nunca, un mar eterno de olas que eran siglos, milenios...

Recordó lo que San Pablo había escrito en una de sus epístolas: «Carísimos, no se os caiga de la memoria que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día». Recordó también algo que había leído en un libro búdico sobre el tiempo y su periódico cíclico, el gran Kalpa, que se componía a su vez de cuatro Kalpas inconmensurables. Se le había quedado hondamente grabada a Daniel la descripción: «Una montaña de hierro, rozada una vez cada cien años por un tenue velo de muselina, será totalmente desgastada antes de que uno de estos períodos se complete».

Le poseyó a Daniel un asomo de vértigo.

El Tiempo, la Eternidad, ¿qué eran? ¿Cómo aprehender o imaginar lo que significaba «para siempre, para toda la eternidad?». Sintió Daniel que se hundía en aquel océano de tiempo infinito.

Matilde entró y depositó la bandeja del desayuno sobre la mesa. En silencio, le sirvió una taza de café. Daniel la bebió de prisa, humeante.

—¿No vas a comer nada? —preguntó ella.

—No, Matilde. Gracias. Tomaré un poco más de café.

Ella le sirvió otra taza. Luego le miró sin decir nada y salió.

Daniel encendió la pipa y volvió a leer unos fragmentos del libro de Belline. Los viajeros de luz de que había hablado su madre, ¿eran, se interrogó, como «ángeles de luz»? La misma pregunta le había hecho Belline a su hijo y Michel había contestado: «Acaso es lo que tú imaginas con esas palabras». Había insistido Belline: «¿Son mensajeros de esa fuerza superior e indefinible?, ¿mensajeros de Dios?, ¿produce el éxtasis esa claridad especial?». Y Michel: «Inunda las almas». «¿Es posible un

acercamiento a Dios por la fuerza mediadora de esos que tú llamas visitantes de luz?», «Imagina lo inimaginable»...

Daniel repitió en voz baja:

—Imagina lo inimaginable.

La voz de su madre le llenó nuevamente de manera absoluta: «Quizá quedemos separados de ti». Le pareció volver a oír la oración dirigida a los espíritus de los seres amados, que había escuchado por primera vez en una sesión de Londres: «Sé que nuestra separación es solo momentánea y que, aunque me parezca larga, su duración se borra ante la eternidad de felicidad que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer cosa alguna que pueda retrasar este deseado momento y me evite también el dolor de no reencontrar a estas almas amadas cuando yo salga de mi cautividad terrena».

—Dios mío —musitó Daniel.

Se asió a la esperanza de algo de lo que le había dicho su madre. Existía la posibilidad de que le esperasen y quizá incluso de que realizasen el viaje los tres juntos.

Daniel enchufó el magnetófono para escuchar aquella parte del mensaje: «Papá y yo vamos a pedir que podamos permanecer aquí hasta que tú llegues. Me comunicaré contigo pronto, muy pronto. Tal vez podamos esperarte, quizá puedas hacer el viaje con nosotros, los tres juntos. Y si esto no fuera posible, entonces, hijo, tal vez quedemos separados para siem...».

Apagó el magnetófono.

No quería oír aquellas palabras finales. Se le hacían insoportables; le llenaban de dolor y de pánico.

5

Quedó dormido en la butaca junto a la mesa, con la pipa apagada en la mano.

6

Tuve un sueño que me produjo pesadumbre y terror y del que desperté sobresaltado, con la frente y las palmas de las manos empapadas de sudor frío. Soñé que era un naufrago solitario en una isla de tiempo, separado de mi madre y de mi padre por inmensos océanos de eternidad.

Aunque tal vez no fue un sueño. Quizá fue solamente un perturbador pensamiento, un hondo y oscuro temor que en vano yo trataba de desalojar de mi mente.

Tan pronto Ingrid se levantó, Daniel la hizo oír el mensaje de doña Ana grabado en la cinta. Ingrid le miró con expresión preocupada.

Daniel no durmió en todo el día.

Apenas probó bocado a mediodía. Estaba demasiado nervioso, demasiado tenso y angustiado.

Por la tarde subió a su estudio y durante horas pintó febrilmente como un autómatas, con los ojos llenos de sueño, hasta acabar el retrato de su madre. Dio la última pincelada, firmó el cuadro y bajó, súbitamente sereno, a cenar.

Las comunicaciones de la noche anterior habían constituido la cuarta fase en la serie de acontecimientos que desembocarían en un desenlace ya próximo.

El retrato terminado fue la quinta.

Se estaba cerrando el círculo.

A las once Daniel fue con Ingrid a la biblioteca, colocó una cinta nueva, conectó el magnetófono y pulsó la tecla de grabación.

PERO NO HUBO NINGÚN MENSAJE para Daniel. La cinta recogió una voz aislada de niño, unos confusos sonidos, una breve y dulce música, un ruido como el de un picaporte o una puerta al abrirse, una voz de hombre y dos de mujer que parecían sostener una conversación... Eso y nada más. Nada más.

Doña Ana no había establecido comunicación. Al comprobado Daniel se sintió exasperado y perplejo. Se negó a creerlo; no podía creerlo. Había estado tan convencido de que su madre le hablaría aquella noche que tardó un rato en aceptar el hecho de que no había sido así. Era algo que a Daniel le dolía y decepcionaba, algo que casi le asustaba admitir.

Cuando por fin lo aceptó le invadió, primero, una sensación mezcla de tristeza y de asombro. Más tarde eso fue desvaneciéndose despacio, muy despacio, y creció en su lugar un sentimiento de temor que Daniel notó como una inmensa mancha alucinante y negra, escurridiza, informe, que se deslizaba reptante en su interior.

Fue algo que le habitó hasta inundarle como una riada de angustia. Un pánico antiguo y animal le ahogó y paralizó durante unos segundos. Pensó: «Tal vez se hayan ido de donde estaban. Tal vez ya nunca pueda volver a comunicarme con ellos. Tal vez quedemos separados para siempre, para siempre, para siempre».

Sintió la cálida presencia de Ingrid a su lado.

—Lo ha intentado y no lo ha conseguido —dijo Daniel—. Estoy seguro de que lo ha intentado.

Habían estado pendientes del magnetófono desde las once: hora y media de grabación y hora y media de expectante y decepcionante escucha.

Todo era ahora un gran silencio.

La habitación olía a humo y a tabaco rubio. Daniel observó en el cenicero, junto a Ingrid, varios cigarrillos apagados a medio fumar. Descubrió también de súbito que en todo aquel tiempo él ni siquiera se había llevado la pipa a los labios. Durante aquellas tres horas había permanecido absorto contemplando el girar de la cinta.

—Son más de las dos. Ayer no dormiste —dijo Ingrid—. Es mejor que nos acostemos. Mañana probaremos de nuevo.

Daniel no dijo nada. Sin embargo tuvo conciencia de que la nerviosidad, el sueño y la tensión de las últimas veinticuatro horas le habían dejado exhausto.

—Necesitas dormir, Daniel —insistió ella—. Vamos.

—Sí —dijo Daniel.

Fue como un derrumbamiento repentino. Se supo lleno de sueño y de cansancio; los párpados se le caían, pesados.

Desconectó el magnetófono, Ingrid apagó la lámpara y subieron a su habitación. En aquellos momentos Daniel no experimentaba nada en absoluto. Su cuerpo parecía haber perdido toda conciencia, peso, mismidad. Tenía el cerebro agotado y como hueco. Todos los pensamientos, sensaciones y temores se habían desvanecido y apagado en su interior. Pero sabía que estaban latentes y ocultos en algún rincón de su ser. No los notaba ni podía localizar su presencia, pero sabía que estaban allí adormilados, prestos a despertarse en cualquier momento.

Ingrid se acostó y dijo:

—Procura descansar. Lo necesitas, Daniel. Tranquilízate y duerme. No le des vueltas a la cabeza.

Se durmió en seguida.

Daniel hizo un gesto instintivo para coger el libro que tenía a su lado en la mesita de noche, pero se ordenó: «Debo dormir» y apagó la luz tratando de conciliar el sueño.

No lo consiguió.

El sentimiento de angustia y temor que le había invadido en la biblioteca en forma de mancha negra e informe volvió a moverse escurridiza y reptante en alguna parte dentro de él. La ansiedad y la alarma comenzaron otra vez a poblar su cerebro.

Las sienes le latían como un corazón. Le goteaba la frente un sudor frío.

«Me comunicaré contigo pronto, muy pronto», le ha prometido su madre. Pero no lo había hecho. ¿Por qué, por qué?, se preguntó Daniel una y otra vez, obsesivamente. Sin duda algo se lo había impedido, pero ¿qué podía ser ese algo?

Tal vez habían tenido que irse ya con los viajeros de luz; vez...

Daniel apenas percibía la respiración de Ingrid, rítmica y acompañada. Obedeciendo un impulso repentino, se levantó sin hacer ruido, tratando de no despertarla, y regresó a la biblioteca.

Tenía que intentarlo una vez más. Permanecería junto al magnetófono todo el tiempo que fuera necesario, hasta que le llegara el mensaje de su madre.

Cambió la cinta, puso una nueva y oprimió la tecla de grabación. Oyó las campanadas del reloj de la basílica amortiguadas por la pesada cortina y las gruesas y sólidas paredes. «Las tres», precisó inconscientemente un rincón de su cerebro.

Y se sentó a esperar.

2

A las tres y media le venció a Daniel la impaciencia y rebobinó para escuchar lo grabado los primeros treinta minutos. Pero en la cinta no halló nada que aquella noche tuviese para él el menor interés. Su madre continuaba sin establecer comunicación. «¿Por qué, por qué? ¡Háblame, mamá, háblame. Te espero!». Suspiró. «Tengo que seguir, tengo que seguir», se dijo, «Paciencia. Paciencia. Paciencia».

Otra vez media hora de grabación. Otra vez a la escucha durante treinta minutos.

Y de súbito del magnetófono surgió la voz de su madre próxima y clara. Daniel captó en ella amor y ternura, pero también un asomo de chillido contenido y un acento de intensa preocupación, de alarma y de urgencia.

El mensaje fue directo, escueto:

—¡Daniel, hijo, estate alerta! ¡Ten cuidado!

La cinta continuó girando inútilmente. Daniel detuvo el magnetófono, apretó *Grabación* y gritó ante el micrófono:

—¡Mamá, estoy aquí! Te he oído. No me has dicho nada de nosotros, de vuestro destino. Mamá, ¿tendréis que ir con los viajeros de luz o podréis esperarme ahí, donde estáis? Tengo que saberlo. ¡Mamá, respóndeme, respóndeme! Tengo que saberlo. No quiero perderos para siempre. ¡Mamá, respóndeme! ¡Respóndeme!

Esperó en vano durante más de dos horas grabando y escuchando, rebobinando constantemente, tratando desesperadamente de restablecer contacto y reanudar la comunicación. Daniel no sabía cuánto tiempo transcurrió así. La espera y la tensión nerviosa habían desajustado su sentido del paso del tiempo.

Subió al dormitorio.

Una luz alba con gotas de rosa y amarillo iluminaba suavemente una pequeña parte de la habitación, enfrente de la ventana, dejando el resto en la penumbra. Estaba amaneciendo.

Daniel no encendió la luz.

Ingrid continuaba dormida; su respiración era calmada.

—Ingrid, Ingrid —llamó Daniel.

La tocó rozándola apenas, procurando no sobresaltarla. Ella entreabrió los párpados y su mirada siguió la dirección de la voz de Daniel. Se movió en el lecho tratando de contactar con la realidad. Todavía se debatía entre la vigilia y el sueño.

—Ingrid —apremió Daniel—. Ingrid, despierta. Es urgente.

—¿Qué hora es?

Daniel encendió la lámpara de la mesita de noche y consultó su reloj de pulsera.

—Van a dar las siete.

—¿Qué pasa?

—Tienes que ayudarme —dijo él.

Y la miró ojos adentro.

Durante más de un minuto brilló en las pupilas de Ingrid una muda interrogación.

—Necesito tu ayuda, Ingrid —insistió Daniel—. Es muy importante.

Al fin Ingrid comprendió lo que le estaba pidiendo. Lo comprendió, más que por las propias palabras, por la carga de angustiada intensidad que Daniel había puesto en ellas y por la expresión con que la miraba.

—¿Me estás pidiendo que...?

—Sí. Por favor, Ingrid, tienes que hacerlo, ¿comprendes? No te lo volveré a pedir nunca más. De veras, Ingrid. Nunca más. Te lo juro.

—Pero sabes muy bien que cada sesión me pone muy nerviosa. Es un gran

desgaste emocional y además, después de tanto tiempo y así, de pronto...

Daniel la interrumpió con voz firme.

—Será la última vez. La última, Ingrid.

Ella suspiró al tiempo que movía dubitativamente la cabeza.

—Allí era distinto —murmuró—. Tú lo sabes. Había una costumbre, un ambiente... Pero aquí, ahora...

—Tienes que hacerlo, Ingrid. Por favor.

La vio vacilar e insistió:

—Ignoro qué está pasando allí. Tal vez puedan quedare y esperarme. Tal vez tengan que irse con los viajeros de luz y quede separado de ellos para siempre. Necesito saber qué ocurre. Tengo que saberlo, Ingrid, tengo que comunicarme con mi madre. Incluso es posible... es posible que se hayan ido ya, que... ¡Ayúdame!

Ingrid estaba aún indecisa, luchando consigo misma.

—Ingrid —pronunció Daniel lentamente—. Ingrid, trata de comunicarte con mi madre. Ahora, cariño, ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

—Pero a estas horas tan desacostumbradas... y así, de improviso... No sé si...

Calló y dijo al fin, vencida:

—Lo intentaré.

3

—¿Aquí mismo? —preguntó Daniel.

Ella asintió, se sentó al borde de la cama, con los pies sobre la alfombra, y apagó la luz de la lámpara.

—La ventana —dijo.

Daniel la cerró y bajó las persianas hasta que solo se filtraron unas delgadas líneas blanquecinas.

—¿Así está bien?

—Sí.

Daniel se sentó al borde de su cama. Las rodillas de ambos casi se tocaban.

—Dame tus manos —murmuró Ingrid.

Daniel se las tendió y ella las oprimió suavemente entre las suyas. Daniel la oyó suspirar y sintió cómo los dedos de Ingrid le oprimían cada vez más. Adivinó los ojos cerrados de Ingrid tratando de concentrarse y su cuerpo tensándose en la oscuridad.

Ella agitó repentinamente la cabeza y le soltó las manos.

—Es inútil. No puedo— dijo con voz húmeda.

Daniel quedó callado. Luego musitó:

—Inténtalo otra vez, Ingrid. Inténtalo.

Le tendió de nuevo las manos, como antes, y ella se las tomó sin que sus dedos ejerciesen presión alguna.

Pasó despaciosamente el tiempo —diez, quince minutos tal vez— sin que nada

ocurriese. La respiración de Ingrid era sin embargo cada vez más profunda y sonora. Descendió repentinamente hasta resultar casi inaudible y sus dedos apretaron los de Daniel con una crispación intensa. Al mismo tiempo brotó de su garganta un sonido oscuro.

Fue como un estertor, como una palabra que se detenía en la boca sin concretarse y se convertía en un ruido sin significado.

La respiración de Ingrid era ahora jadeante y angustiada. Sus uñas se clavaban en la piel de Daniel con fuerza insospechada. Pronunció algo entre dientes, algo semejante a «Oh, oh» o «No, no», que repitió varias veces con acento opaco. Su cabeza tuvo un movimiento brusco y pendular. Más tarde exhaló un largo suspiro y se atenuó un poco la presión de sus dedos en las manos de Daniel.

Al cabo de un largo silencio de la boca de Ingrid surgió, con una profunda sensación de proximidad, la voz esperada.

Fue algo tan vívido, sonaba la voz de doña Ana tan cerca y tan real, que Daniel miró a su alrededor tratando de taladrar la oscuridad con la inconsciente esperanza de ver a su madre en la habitación, sentada junto a Ingrid.

—Tenemos que irnos —dijo doña Ana—. Los viajeros de luz nos esperan ya. Papá y yo tenemos que irnos. Daniel, hijo, escúchame con atención, con mucha atención. He suplicado, he rogado... Quien tiene autoridad para ello nos ha concedido una gracia excepcional. Puedes hacer el viaje con nosotros, ¿comprendes?, puedes hacer el viaje con nosotros. ¡Soy tan feliz, hijo! Iremos los tres con los viajeros de luz. Pero has de darte prisa, Daniel. Has de venir a reunirse con nosotros ahora, inmediatamente. Solo así conseguiremos estar para siempre los tres juntos... juntos los tres... los tres... papá, tú y yo... para siempre, hijo, para siempre. Ven pronto. Si tardases no volveríamos a reunirnos jamás, nunca, nunca. Quedaríamos separados para toda la eternidad. ¡Daniel, Daniel, hijo, tengo que dejarte! Ven pronto. Ahora... ahora... ahora. Date prisa, no pierdas tiempo. Te espero. Papá y yo te esperamos. Ahora, ahora en seguida. No tardes. Ven ahora mismo...

4

Tienen ustedes que comprender mi estado de ánimo en aquel momento. Señor juez, señores psiquiatras y policías, tienen que comprender mi fiebre, mi obsesión, todo aquello que me empujó a hacer lo que hice. Porque lo que sucedió a continuación, contado en frío, objetivamente y a la luz del día, parece una locura, un desquiciamiento, bien lo sé. Pero allí y entonces, tras haber oído la voz de mi madre en el magnetófono y a través de Ingrid hablándome de que tenían que irse con los viajeros de luz, diciéndome que fuese a reunirme con ellos inmediatamente... oh, entonces lo que hice me pareció tan lógico y natural... No sé cómo explicarlo. Aunque realmente debo decirlo, yo no me propuse nada de una manera consciente. ¿Comprenden? No, yo no me propuse hacer lo que hice. Simplemente lo hice.

No trato de excusarme. Les aseguro que no es esa mi intención.

Trato tan solo de que por un momento se adentren ustedes en mi mente y piensen y sientan lo que yo pensé y sentí a lo largo de todos aquellos meses y sobre todo en aquella terrible noche. Trato, en fin, no de disculparme, sino de que me comprendan. Eso es todo: que me comprendan. Recuerden las sesiones de Londres, recuerden a Katie King, recuerden mis intentos deservir de puente a un pintor del más allá, recuerden a Jules Duchesne.

Pero recuerden sobre todo aquel momento, aquellos mensajes recuerden la prisa, la urgencia. Piensen en los viajeros de luz en el más allá, en alguna parte de la eternidad, dispuestos a emprender el viaje con mi madre y mi padre, alejándoles de mí para siempre, llevándoles lejos, muy lejos, fuera de mi alcance, a través de océanos de tiempo... Y mi madre pidiéndome que me reuniera con ellos, mi madre esperándome al otro lado...

Recuerden, recuerden...

Porque no pueden ustedes juzgarme por lo que hice entonces si antes no tienen en cuenta todo cuanto les estoy relatando, todo lo que antes había ocurrido en mi vida. Dicen que no es justo juzgar una frase si se la aísla del contexto del que forma parte.

Y para comprenderlo todo bien deben imaginar una y otra vez lo que fue para mí aquella noche, aquella madrugada, aquel amanecer, con Ingrid en trance, yo obsesionado, nervioso, angustiado, soñoliento, exhausto... No sería justo, ¿verdad?, juzgar fríamente y a la luz del día las palabras que un hombre le dice a su mujer en la intimidad de la noche. Hay que juzgar esa palabra dentro de ese momento apasionado, de esa intimidad.

Del mismo modo, no juzguen ustedes mi acción aisladamente. No. Por favor. Deben contemplar lo que hice dentro de unos antecedentes, una atmósfera y un contexto emocional y psíquico.

Cesó la voz de doña Ana.

Daniel escuchó la respiración de nuevo leve y acompasada de Ingrid y le pareció notar que su cuerpo se distendía, toda ella ya aliviada y libre y tranquila, desocupada. Más que ver a Ingrid Daniel solamente la adivinó entre la gran mancha negra que llenaba la habitación. En la oscuridad era como una de esas figuras de Rembrandt en las que no se sabía dónde acababa el cuerpo y empezaba la sombra. Daniel acercó su rostro al de Ingrid y vislumbró muy borrosa y confusamente sus ojos cerrados y su expresión serena.

La extendió con suavidad en situación normal y cómoda sobre la cama.

Bajó a la biblioteca, cerró la puerta por dentro y abrió el tercer cajón. Hacía cosa de dos meses que Ingrid le había mostrado la pistola que la anciana Mrs. Moore le había regalado en Londres, dos años antes, histéricamente alarmada porque Ingrid

solía pasear a veces al atardecer por *Hyde Park*. «He encontrado esto entre mis cosas. Ni siquiera recordaba que la tenía», había reído Ingrid entregándole la pistola. Y Daniel la había guardado en aquel tercer cajón, bajo unos papeles y unos documentos viejos.

La empuñó ahora. Sabía que estaba cargada.

Recordó su visita a Bayona, su entrevista con Jules Duchesne. Van Gogh. El tiro en el pecho. Le dio a Daniel miedo fallar. Vio a Van Gogh entrando malherido en el *Café Ravoux*. «*Monsieur Van Gogh*, ¿ha sufrido usted un accidente?» a y él: «No. Es que he intentado suicidarme y he errado el disparo».

—No —musitó Daniel—, en el corazón no.

6

Oyó pasos ahogados en el pasillo y el ruido de alguien que llamaba blandamente con los nudillos a la puerta.

—Daniel, ¿estás bien?

Era Matilde.

Su voz tenía un ligero acento de extrañeza y preocupación. Daniel creyó recordar vagamente que ella le había visto al otro lado del pasillo mientras él entraba en la biblioteca. Tal vez Matilde le había dado los buenos días y se había asombrado cuando él no le había dicho nada. Quizá eso la había alarmado, pensando que le ocurría algo.

—Daniel, ¿estás bien? —repitió Matilde.

Daniel no respondió. La voz de Matilde, desde el pasillo, le llegó súbitamente como un grito:

—Daniel, ¿qué te pasa? ¡Abre! Papá y yo te esperamos. Ahora, ahora, enseguida. No tardes. Ven ahora mismo.

Matilde golpeaba la puerta con insistencia.

—¡Abre! ¿Me oyes? Ábreme, por favor...

Había ahora pánico en la voz de Matilde.

Daniel estaba de pie, con la pistola en la mano. «No tardes. Ven ahora mismo».

Oprimió el cañón sobre la sien derecha y disparó.

ESO FUE HACE POCO MÁS de un mes; hace, exactamente, treinta y cinco días.

Luego ocurrió lo inevitable: la puerta que hubo que descerrajar para entrar en la biblioteca, donde hallaron a Daniel ensangrentado e inconsciente; su urgente traslado a una clínica próxima; la operación quirúrgica a la que fue sometido; la intervención de la policía y del juez... Más tarde llegaron los interrogatorios de los dos psiquiatras.

Al recobrar el conocimiento le inundó a Daniel una enorme sensación de decepción y tristeza por haber fallado en su propósito. Lo primero que pensó fue: «Se han ido ya. Se han ido para siempre con los viajeros de luz».

En el curso de los interrogatorios todos se negaron a creer cuanto les contó. Le dijeron que su historia era absurda, alucinante y grotesca.

Al principio pensaron que la bala había lesionado o alterado centros vitales del cerebro y que eso le había conducido el desajuste mental, a la incoherencia o la locura. Pero radiografías y encefalogramas demostraron que el disparo, ligeramente desviado hacia arriba, no había causado daños irreparables. Tuvo Daniel, al decir del cirujano que le operó y extrajo la bala, una suerte asombrosa. Con su disparo fallido al corazón Van Gogh no había fracasado en su intento de matarse, porque fue el suyo un suicidio aplazado que se consumó tras aquellos dos días en que vivió agónico. Daniel, en cambio, era un suicida frustrado.

Juez, policías y psiquiatras decidieron que el dolor por la muerte de su madre había desequilibrado su balance psíquico, que había llegado a confundir y mezclar caóticamente realidad e irrealdad y que, en un momento de enajenación y confusión mental, había intentado matarse.

Partían del principio cierto del hondo dolor obsesivo que le había producido a Daniel la muerte de su madre para sacar consecuencias apriorísticas y no admitir dato o hecho alguno extraño a su lógica y a su terrena concepción del mundo. Decían admitir la existencia de Dios y la vida en el más allá, pero no aceptaban más argumentos ni más hechos que los de índole típicamente materialista. Su lógica, de la que tanto hablaban, no tenía en cuenta las consecuencias de las creencias que decían sustentar.

Daniel observó que desdeñaban olímpicamente cuanto iba más allá de los estrechos límites de sus libros de texto o de sus propias experiencias humanas. Hablaban de una vida después de la muerte, pero se negaban a considerar seriamente cuanto no fuese visible, mensurable o tocable.

Mil y dos veces les contó Daniel lo ocurrido.

Le exasperaba el ademán compasivo y la sonrisa de superioridad con que todos

ellos escuchaban sus palabras.

Preguntó por Ingrid y Matilde, dijo que quería verlas, y le contestaron que hasta más adelante eso no sería posible. Su presencia podría perjudicarle en la actual situación psíquica y emocional en que se encontraba, dijeron. Todavía se hallaba Daniel en estado postoperatorio y necesitaba cuidados especiales y gran quietud. Supo que continuaban los interrogatorios e indagaciones en torno a las circunstancias de su intento de suicidio y que habían sellado la puerta de la biblioteca. El juez, además, había dispuesto que no podría recibir más visitas que las que él mismo autorizase. Un agente uniformado montaba guardia delante de su puerta, en el pasillo.

Las enfermeras, cuando entraban en la habitación, miraban a Daniel con curiosidad y una cierta expresión de alarma. Sobre todo una de ellas, guapa y muy joven, le trataba con ademanes ligeramente aterrados, como si temiera que fuese a atacarla.

Para todos Daniel era, en fin, un demente; posiblemente un esquizofrénico (porque había prestado, decían, absoluto crédito a presuntas alucinaciones absurdas. Una vez, mientras creían que dormía, Daniel oyó a una enfermera hablar en tono profesoral de «disociación del pensamiento con lucidez del conocimiento» que era al parecer una fórmula muy empleada para definir o aludir a la esquizofrenia); o quizá un paranoico (...un pobre demente con una idea fija de carácter delirante y obsesivo); o tal vez una mezcla de ambas cosas (...demencia paranoide... esquizofrenia paranoide). Los psiquiatras se turnaban diariamente en sus visitas. Le hacían preguntas, no respondían nunca o casi nunca a las de Daniel y tomaban breves notas.

Decidieron que debía ser observado más detenidamente y le trasladaron a la clínica psiquiátrica en la que ahora se encontraba.

2

Todo había comenzado con la muerte de mi madre o, más exactamente todavía, unos días antes, cuando en el jardín me había hablado por primera vez vagamente de la voz de mi padre que oía, de la voz que esperaba.

A eso siguieron mis lecturas sobre el tema, mi viaje al extranjero, las voces recogidas por el doctor Van den Ende en su magnetófono, la campanilla que sonó en mi habitación allá en el hotel «De Rode Lecuw» de Brujas y, sobre todo, mi madre hablando por mediación de Ingrid en aquella inolvidable sesión londinense. Habría que incluir, también, la conversación que sostuve con Madame Renaud en el «Carlton» cuando me contó que mi madre se le había aparecido tres veces resplandeciente «comme un grand soleil».

Pero la situación en que ahora me encuentro tuvo, debo insistir en ello, varios factores desencadenantes, varias fases que a manera de catalizadores me condujeron directa o indirectamente al intento de suicidio: la voz hablando a través de Ingrid dormida advirtiéndome del peligro de un viaje: la muerte de Pedro en Roma; mi

visita a Jules Duchesne y sus palabras sobre Van Gogh y su pistoletazo en el pecho; la comunicación de Pedro desde el más allá; los mensajes de mi madre en el magnetófono y aquel último tan definitivo, pocos minutos antes de que intentara matarme, a través de Ingrid; la pistola que la anciana Mrs. Moore había dado a Ingrid y que guardábamos en la biblioteca; incluso la presencia de Matilde y sus llamadas y golpes a la puerta, que posiblemente fueron la causa de que al precipitarme colocara sobre mi sien la pistola levemente inclinada hacia arriba, y no en línea horizontal, y el tiro saliera desviado...

Todo parecía ya terminado. El círculo se había cerrado y el desenlace había llegado, pensaba, a su fin.

Sin embargo aún había de ocurrir algo, aún habían de ocurrir dos cosas que... ¡Dios mío, Dios mío!, ¿cómo no me di cuenta hasta que todo acabó, cómo no lo había comprendido antes? ¡Estaba todo tan claro, tan claro!...

Pero no debo anticiparme.

He llegado al momento más importante y esencial de mi historia y es precisamente aquí donde debo contarle todo con la mayor claridad y coherencia posibles, siguiendo puntualmente el orden cronológico en que se sucedieron los dos acontecimientos finales.

3

Daniel había padecido un ataque de desesperación y dolor pensando que ya nunca volvería a comunicarse con su madre, pensando que jamás se reuniría ni con ella ni con su padre, preguntándose a qué lugar o a qué dimensión, a qué destino les habían conducido los viajeros de luz... Le habitó repentinamente un acceso de furia y gritó y golpeó frenéticamente las paredes acolchadas.

Luego rompió en sollozos. Entró el médico, salió inmediatamente, y al cabo de unos minutos acudió un enfermero y le inyectó algo en un brazo.

Ahora era media tarde y Daniel permanecía sentado.

Se encontraba tranquilo, inerme. Tenía la extraña impresión de hallarse lejos de todo, como si cuanto había a su alrededor y dentro de él hubiera perdido sustancialidad. Le ocupaba por entero la gran paz del vacío.

Se abrió la puerta y vio al enfermero.

No entró. Mantuvo la puerta entreabierta, sin dar un solo paso.

—Tiene usted una visita —anunció con su habitual tono impersonal.

Volvió la cabeza y se dirigió en voz más baja a alguien que estaba en el pasillo y a quien Daniel no alcanzaba a ver.

—Puede entrar sin miedo —le dijo—. Ha habido que inyectarle un calmante hace un par de horas y está completamente tranquilo. Le dejaré a solas con él. Si quiere algo, llámeme. No estaré lejos.

—Gracias.

Daniel conocía aquella voz.

Sin embargo no hablo, no se movió, no hizo nada.

Como en sueños, como si todo estuviera sucediendo en otro lugar o en otro tiempo, como si nada de todo aquello tuviera relación con él, Daniel vio cómo el enfermero abrió más la puerta para dejar paso a su acompañante. El enfermero entornó la puerta y se fue.

Daniel quedó en silencio mirando al visitante, mirándole.

—¿Qué, Daniel, me reconoces?

—Hola, Pedro —musitó Daniel.

Todo a Daniel le parecía irreal; y lo que le parecía más irreal era él mismo.

No sentía su propio cuerpo. Sus brazos, su cara, sus palabras; su voz, no le parecían suyas. Todo estaba muy lejos, muy apartado de él. Le poseían un desinterés y una apatía totales. Notó cómo su mente se ponía lentamente en funcionamiento buscando una explicación y una lógica a la presencia del inesperado visitante.

—¿Eres tú, Pedro, eres realmente tú? —preguntó.

—Sí.

Pedro estaba de pie, quieto, buscándole los ojos.

La cabeza le dolía a Daniel y empezaba a darle vueltas cuando intentaba matizar una idea, concentrarse y seguir un pensamiento. Pero de nuevo pensó por un momento que nada se sabía del más allá, de su identidad y de sus leyes. ¿Podrían acaso los espíritus adquirir su antigua apariencia humana y volver a la tierra? Recordó a Katie King. Pensó que su madre y su padre estarían ya en el nuevo destino al que se habían ido con los viajeros de luz. ¿Habría retornado Pedro desde el más allá para...? Daniel suspiró. Sentía esas ideas inconexas y diluidas como una desordenada madeja en su cerebro.

Pedro seguía sin moverse. Tenía el aspecto de siempre: bien vestido, seguro de sí mismo.

Daniel murmuró:

—Es... es como si no hubieses muerto...

Y exactamente en aquel instante, mientras las palabras todavía rodaban en su boca Daniel lo comprendió todo.

4

—Lo sabes —dijo Pedro—. Acabas de saberlo ahora mismo, ¿verdad? Lo veo en tus ojos.

—Sí —dijo Daniel.

Miró a Pedro sin odio, objetivamente, con una mirada impersonal y distanciada.

—Fuiste a Roma —dijo Daniel.

—Sí.

—Y tu accidente... Sufriste un accidente cuando volvías en taxi al hotel.

—No hubo tal accidente.

—Ibaizábal dijo...

—No existe Ibaizábal. Nunca ha existido.

«Ingrid», pensó Daniel, «Ingrid, ¿por qué?».

Dijo:

—La voz que habló a través de Ingrid advirtiendo del peligro de un viaje, los relojes parados a las cinco y media de la mañana, los mensajes de mi madre a través de Ingrid y del magnetófono... todo... una trampa... Ingrid y tú...

Pedro asintió.

—Sí. Ingrid y yo.

Le anegó a Daniel un hastío infinito, un deseo vehemente de no sentir nada, de no pensar nada.

—Ingrid y yo, Ingrid y yo —repitió Pedro agresivo, sonriente—. Ingrid y yo.

Daniel le miró sin verle.

Pensó: «¡Cuánto me ha odiado siempre!»; pero no experimentó ningún aborrecimiento, ninguna irritación. Solo notaba en su interior un cansancio sin nombre.

—Ni siquiera lograste consumir tu suicidio —dijo Pedro—. Hasta en eso tenías que fallar. Pero eres el último de tu familia Ingrid es tu mujer. Muerto o loco, tu dinero le pertenece.

Daniel observó cómo crecía en la voz de Pedro un odio atropellado y eufórico. Tampoco sintió ninguna sorpresa al descubrirlo. Quizá inconscientemente había sabido que Pedro le odiaba desde hacía ya mucho tiempo. Más que dolor o rabia o celos o indignación las palabras de Pedro le producían aturdimiento y confusión.

Un amago de náusea le bloqueaba a Daniel la garganta.

Pedro continuó hablando, contándole todo, gozándose con el recuerdo de la trampa tendida, justificándose y desahogándose con sus palabras, tratando también de humillar y golpear a Daniel con ellas.

«¿Por qué, Ingrid, por qué?», pensó Daniel una vez más. Y comprendió de pronto que nunca la había querido. En cierto modo, se dijo, había tratado de comprar a Ingrid como se compra un teléfono mediúmnic y un cuerpo apetecible de mujer. ¿Y hasta qué punto, por otra parte, había pagado el precio? Cuando le pidió a Ingrid en matrimonio, Mr. Moore había escrito a Bilbao pidiendo informes y a Daniel le pareció lógico que lo hiciera. Cuando se casaron, Ingrid sabía que él era un hombre rico; Daniel mismo, además, se lo había dicho. Al aceptarle ella había esperado, ahora Daniel se daba cuenta, actividad social, diversiones, fiestas, joyas, viajes, cuanto puede dar el dinero. Pero en vez de eso Daniel le había dado tan solo su aburrimiento, su vida sencilla, sus recuerdos de obseso, su pintura de solitario.

Se preguntó: «Si en verdad hubiese amado a Ingrid, si realmente hubiese estado enamorado de ella, ¿hubiera tratado de suicidarme?».

Hacía cinco años Daniel había leído a Platón mientras estaba enfermo en cama

con hepatitis, y se le quedó grabada una imagen que le pareció estar viendo en aquel instante, mientras miraba a Pedro, tan clara y vividamente como sí la tuviera delante de los ojos: unos hombres prisioneros, con cadenas inmovilizándoles las piernas y el cuello, encerrados en una cueva; la hoguera que arde detrás de ellos y que ellos no ven porque no pueden mover la cabeza; el muro enfrente reproduciendo las sombras de sus movimientos torpes y desesperados... Los hombres suplican, temen, imploran a las sombras y en vano llaman una y otra vez a gritos a aquellos enigmáticos seres silenciosos a los que ven gesticulando en el muro. Uno de los prisioneros consigue romper las cadenas, huye de la cueva, ve la luz del sol... y entonces comprende.

Todo lo veía Daniel ahora con claridad.

Al fin comprendía, sí no todo, al menos una parte sustancial de lo ocurrido durante los últimos meses.

El aceptarlo no le causó daño alguno. Reconoció que había cometido un tremendo error de perspectiva y de omisión. En todo el tiempo de su matrimonio no se le ocurrió pensar que Ingrid pudiese sentirse desgraciada en aquella ciudad, en aquella casa, con aquella vida que a él le hacía feliz.

Se repitió que en cierto modo había tratado de comprar a Ingrid como se compra al mismo tiempo una pasión sexual y un teléfono para comunicarse con el más allá. «Pero ahora sí», se dijo, «ahora, después de todo lo sucedido, sí he pagado el precio».

Pedro rio, mirándole.

—No comprendes nada —dijo—. Nunca has comprendido nada, Daniel. Eres un pobre enfermo.

Pero yo comprendía.

Comprendía el odio de Pedro ante alguien que sin esfuerzo, sin merecerlo ni desearlo, tenía más dinero del que necesitaba y más de lo que le hubiera pedido a la vida. Y comprendía también a Ingrid, joven y hermosa, ávida de vivir, deseosa de lucimientos sociales y casada con un pintor aburrido y reconcentrado que disponía de una fortuna y vivía como un ermitaño.

Yo lo aceptaba, aceptaba todo lo ocurrido. Por obseso y egoísta también tenía parte de culpa; también yo había sido, a mi manera, coautor y actor de todos los acontecimientos.

Los seres humanos, pensé, valíamos muy poco; nos torcíamos ante un soplo. Como decía no recuerdo quién, lo resistíamos todo menos la tentación. En aquella caótica e increíble tragedia cada cual había empleado aquello de que disponía como arma o señuelo para conseguir sus propósitos: Ingrid, su frutal belleza juvenil y su capacidad mediúmnica; Pedro su ambición, su inteligencia, su resentimiento y su tenacidad; yo, mi dinero, mi egoísmo inconsciente y mi persecución obsesiva de comunicación con el más allá.

Pedro seguía hablando, hablando: la cinta magnetofónica de la sesión londinense que *Herr Schönberg* había dado a Daniel y aquella otra cinta en la que Daniel y su madre, hacía años, por diversión y para estrenar el magnetófono que acababan de comprar, habían grabado sus voces riendo, jugando a periodistas radiofónicos y hablando de mil pequeñas cosas; la; ligera alteración efectuada en el mecanismo del magnetófono para que al estar en *Grabación* no se borrasen los falsos mensajes que habían registrado en las cintas; los fragmentos del libro de Belline que algunas veces Daniel había comentado con Ingrid y en los que el hijo muerto se refería a los visitantes de luz y a un misterioso viaje que algunos espíritus emprendían con ellos hacia destinos desconocidos...

—Se me ocurrió que ese podría ser el empujón definitivo, Daniel, el detalle final... y no me equivoqué.

Sí, Daniel comprendía.

Pensó en Ingrid sin dolor ni irritación, pensó en su asombro, en su perfecta imitación de la voz de su madre, y tuvo un recuerdo breve y piadoso para el profesor Crawford de la Universidad de Belfast, que durante años observó a la médium Kathleen Goligher, que escribió tres volúmenes sobre ella y sus poderes mediánicos y que de pronto descubrió que había sido engañado durante varios años y se suicidó.

Pedro continuaba hablando sin moverse, sin dar un solo paso. Tal vez tuviera miedo de que de súbito Daniel pudiera sufrir un acceso de furor o una reacción violenta.

Daniel le señaló las cuartillas y el bolígrafo que descansaban sobre la mesa y dijo:

—Lo estoy escribiendo todo, contándolo todo.

Pedro sonrió desdeñoso, seguro.

—Lo has hecho antes y nadie te ha creído; solo Matilde. Seguirán sin creerte. Han llegado a la conclusión de que estás loco, Daniel, loco. Y tal vez lo estés. Dime una cosa: ¿estás realmente seguro de que estoy vivo, de que no soy un espíritu del otro mundo? ¿Estás convencido de que ha sucedido lo que ha sucedido? Permanecerás encerrado aquí mucho tiempo, Daniel, posiblemente el resto de tu vida. Un día tú mismo dudarás y te extraviarás dentro de tu propia mente.

Le miró con un nuevo brillo en sus ojos y Daniel adivinó que era la hora de la despedida.

—¿Sabes? —dijo Pedro—. Un día te preguntarás si todo sucedió realmente. Sí, Daniel, un día te preguntarás si todo esto sucedió realmente o si fue tan solo un producto de tu mente enferma.

Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

Y en aquel momento, como un chispazo, pensé en un dato que se me había pasado totalmente desapercibido.

Era y es, me parece, el dato más importante y definitivo de esta historia.

Fue, sí, como un chispazo, como una iluminación que de tan súbita y radiante casi cegó a Daniel.

—Pedro —le llamó.

Pedro se volvió a mirarle y Daniel sostuvo su mirada sonriendo ligeramente.

Se habían servido de su obsesión y de su fe y Daniel se había debatido en aquella red como cegado por la niebla. Pero había algo que nada tenía que ver con la maquinación de Pedro y de Ingrid ni con su trampa: la campanilla sonando en la noche de Brujas y la voz de su madre hablándole por mediación de Ingrid en trance en Davies Street. Todo eso había sido antes de que Ingrid y Pedro se conociesen y nada tenía que ver con la red en la que Daniel había sido atrapado en los últimos meses.

Pero había además otra cosa: algo que databa de la misma noche de su intento de suicidio, algo que había intrigado a Daniel, que él había malinterpretado, que había permanecido latiendo oscuramente en su subconsciente desde entonces y que ahora comprendía, por fin, en toda su verdadera significación.

Dijo Daniel, con voz clara.

—Ignoras una cosa, Pedro, una cosa muy importante. La noche aquella... la del intento de suicidio... Ingrid y yo pusimos una cinta nueva en el magnetófono. No se grabó nada interesante en ella. Subimos a acostarnos. Ella se durmió (o me pareció entonces que se había dormido) muy pronto. Pero a mí, el nerviosismo y la angustia me impidieron conciliar el sueño Me levanté...

Pedro le interrumpió con un gesto de impaciencia.

—Sé todo eso. Todo ocurrió como lo proyecté.

Daniel movió suavemente la cabeza.

—No, Pedro. Me levanté, pero no desperté a Ingrid para pedirle que hiciera de médium y tratara de comunicarse con mi madre. No. Eso fue unas horas después.

Pedro estaba intrigado a su vez.

Del fondo de sus ojos brotó una luz trémula que denotaba susto y expectación.

Daniel continuó hablando:

—Me levanté, digo, y bajé a la biblioteca. Puse otra cinta en el magnetófono, una cinta nueva, virgen... yo mismo rompí el precinto. La puse... Y al cabo de casi media hora... habló mi madre.

Fue entonces cuando Pedro dio el primer paso.

Estaba airado; airado y temeroso.

—Eso es imposible —gritó—. No habíamos grabado nada para aquella noche...

nada.

Daniel prosiguió como si no hubiera oído su interrupción.

—Habló mi madre... Recuerdo muy bien sus palabras. Fueron estas: «¡Daniel hijo, estate alerta! ¡Ten cuidado!»... Yo estaba aturdido y no interpreté bien su verdadero significado. Relacioné entonces aquellas palabras con su presunta partida a otro destino con los viajeros de luz. La llamé, la hablé, esperé, y no me respondió. Entonces fue cuando subí al dormitorio, desperté a Ingrid y ella me transmitió las falsas instrucciones de mi madre empujándome al suicidio... Ahora sé que mi madre intervino en todo esto. Sí, intervino de una manera real y directa. De algún modo me supo amenazado y me advirtió del peligro. Pero en aquel momento yo no supe comprenderlo.

Pedro quedó en silencio, con la mirada ceñuda, en actitud inquieta y meditativa.

Daniel continuó sentado sin moverse. Su voz era suave y tranquila.

—Sé que el juez hizo sellar la biblioteca el mismo día de mi suicidio frustrado —dijo— y que desde entonces sigue cerrada. Por lo tanto no habéis tenido ocasión ni de borrar ni de destruir las cintas. ¿Sabes? Tengo entendido que la voz es en cierta manera como una huella digital. Hay un aparato que traduce cada voz en líneas, y no existen dos personas con la voz exactamente igual. Una voz imitada, aunque proceda de una buena imitadora como Ingrid, puede engañar al oído pero no a ese aparato. En la biblioteca hay tres cintas con la voz auténtica de mi madre: una, la que grabamos ella y yo hace años; otra, la de la sesión de Londres cuando Ingrid sirvió verdaderamente de puente; y la tercera, esa en la que me advirtió: «Estate alerta. ¡Ten cuidado!». Y queda la pistola, Pedro. Me dijo Ingrid hace unos meses que se la había dado Mrs. Moore y que la había guardado olvidada en la maleta. La creí entonces. ¿Por qué no iba a hacerlo? Pero ahora pienso que acaso eso tampoco sea cierto. Tal vez esa pistola se la diste tú.

»Está en poder del juez. Esta tarde a las siete vienen a verme el juez y mi abogado. Les contaré todo esto y le pediré a mi abogado que compre el aparato ese que convierte los sonidos en líneas y lo ponga a disposición de la policía. Les pediré que comparen la voz de mi madre con la voz simulada de Ingrid que hay en las cintas de los falsos mensajes. Les pediré también que investiguen más a fondo la procedencia de la pistola. Tal vez eso les conduzca hasta ti. Y tu voz también está grabada en alguno de los mensajes ¿recuerdas?... Si el tiro no me hubiese salido desviado y yo me hubiera matado aquella mañana, como proyectasteis, el hecho de que sellasen o no la biblioteca no tendría para vosotros ninguna importancia. La puerta de la biblioteca estaba cerrada por dentro y era un caso claro de suicidio, sin más. ¿Quién hubiera sospechado vuestra participación? Pero tenías razón hace un rato hasta en mi intento de suicidio he fracasado. En realidad los tres hemos fracasado, Pedro, los tres: Ingrid, tú y yo. Le di al juez señas de Mr. Blake y de Mr. Moore y supongo que para estas fechas ellos habrán confirmado las dotes mediúmnicas de Ingrid y respaldarán así al menos parcialmente mi historia. Es

posible que la policía haya comenzado ya a comprender, a ver la luz... Cuando analicen las cintas magnetofónicas todo quedará totalmente al descubierto. Pedro... Aunque no me importa; en realidad ya nada de todo esto me importa demasiado. Tampoco quiero saber si Malte fue vuestra cómplice o si simplemente os servisteis de su nombre para incluirla como actriz inexistente dar mayor credibilidad y consistencia a vuestra trampa. Creo que Ingrid y tú tendréis también que pagar un precio por cuanto habéis hecho. Aquí o allí..., pero estoy seguro de que lo pagaréis Y ahora, vete.

Pedro le miró con la respiración agitada, con el gesto indeciso y contenido.

Había una expresión agitada y vacilante en su rostro. Parecía que iba a decir algo, pero no lo hizo. Dio media vuelta y se fue.

Sus pasos resonaron, rápidos y nerviosos, en el largo pasillo embaldosado.

Han pasado dos días desde entonces.

Esta tarde me ha visitado Matilde y me ha dicho que ayer por la noche llegaron dos policías a casa y se llevaron todas las cintas magnetofónicas, que Ingrid y Pedro han sido interrogados durante varias horas en la Comisaría, y que Ingrid parece histérica y asustada. Me ha dicho también que ahora todo se arreglará en seguida y que saldré muy pronto de aquí, que debo animarme, pensar en el futuro, olvidar mi matrimonio con Ingrid y todos los caóticos sucesos de estos últimos meses.

Hace ya algún tiempo que tengo conciencia de que soy viajero de paso en un mundo provisional, viajero en camino hacia otro lugar, otro destino. Ahora, pensando en todo lo ocurrido, me siento más que nunca exiliado que viaja en la tierra camino del hogar.

En este momento ni temo ni deseo que llegue el momento en que emprenderé el gran viaje para cruzar la frontera que descorrerá ante mí la cortina que oculta todas las preguntas y todos los enigmas a los ojos de los seres humanos; todo me será explicado entonces con palabras sin letras. Pienso que estoy en las manos de Dios y que solo a Él le toca decidir el tiempo que me quede de vida.

Lo que más quiero no está en este mundo, sino en el más allá. Todo tiene aquí en la tierra para mí un sabor a decepción y a ceniza. ¡Es todo tan pequeño y tan triste, tan grotesco y absurdo, Dios mío! Pero debo aceptar Su voluntad y ser humilde. Tendré fe, serenidad, paciencia.

He perseguido febrilmente la búsqueda de la llave de la gran cerradura. Ahora sé que llega casi siempre un momento en la vida de los seres humanos en que descubrimos que no nos bastamos a nosotros mismos y en que necesitamos recurrir a Alguien o algo superior a nosotros... y quienes no se ponen en las manos de Dios resulta que, de un modo u otro, acaban casi siempre por caer en las del diablo.

Me arrepiento de muchas cosas, pero no de haber vivido, no de vivir. El tiempo

que Dios quiere concederme de vida procuraré vivirlo con paz y sin obsesiones, sin dramas interiores y sin hastío, aceptándolo todo (también el dolor) con amor. Sí, con amor, como se acepta un don, como se acepta una bendición.

No sé qué será de Ingrid y Pedro. No quiero pensar en ellos. No quiero pensar en nada de todo eso.

«La suerte baraja las cartas y nosotros jugamos». Me gusta la frase; es, creo, de Schopenhauer. Pero donde él dice suerte pienso: Dios. Recuerdo a mi madre, recuerdo su voz en la sesión de Davies Street, recuerdo sus últimas palabras, su advertencia «Estate alerta. ¡Ten cuidado!» y sé que todo va bien. Todo. Sé ahora positivamente, sin ningún género de duda, que el universo no es obra de azar, sino una obra de creación de amor. Sé que cada ser humano debe cumplir su cupo de vida terrena. Sé que el más allá existe, sé que el alma sobrevive y creo en Dios, en Nuestro Padre que está en los cielos. Ocurra lo que ocurra, me depare lo que me depare el porvenir, todo va bien. Y ante esto ya nada importa. Nada.

Ni siquiera el hecho de que, al leer estas páginas, alguien pueda seguir pensando que estoy loco.

Bilbao, 1975-76



LUIS DE CASTRESANA nació en Valle de Trápaga, Bizkaia, en 1925. Cuando apenas tenía once años, a comienzos de la guerra civil española, fue evacuado a Francia y después a Bélgica por el gobierno vasco, y se convirtió en uno de esos «niños de la guerra».

Estudió Humanidades en el Athénée Royal de Bruselas y en la Universidad de Ámsterdam. Repatriado en 1939, comenzó a trabajar para el diario *El Alcázar*, como corresponsal en Londres, y más tarde para la Agencia Pyresa. A continuación, trabajó para el diario *Pueblo*, también como corresponsal, y colaboró en revistas y periódicos como *Blanco y Negro* y *ABC*, y a su vez para TVE. Fue agregado cultural de la embajada de Londres y de vuelta a España trabajó en *La Estafeta Literaria*, ocupación que abandonó para dedicarse por completo a la escritura.

En 1967 obtuvo el Premio Nacional de Literatura con *El otro árbol de Guernica*. Su amplia obra gira en torno a los problemas del existencialismo cristiano, la experiencia del exilio, el horror de la guerra civil y, especialmente, el País Vasco. En la vertiente narrativa, que ha sido llevada en parte al cine, destacan libros como *Cuentos del dolor de vivir* (1948), *Nosotros, los leprosos* (1950), *Los Wallace somos así* (1950), *The sower* (1961), *La frontera del hombre* (1963), *Retrato de una bruja* (1970), con el que fue finalista del Premio Planeta, *Maite y otras fabulaciones vascas* (1972) y *Orquídeas para la médium* (1976).

También cultivó la biografía: *Dostoievsky* (1953), *Rasputín* (1955), *Catalina de Erauso, la monja alférez* (1968, premio Fastenrath de la Real Academia Española) y

Vida y obra de Iparagirre (1971). De su obra ensayística sobresalen, por ejemplo, Inglaterra vista por los españoles (1965) y Elogios, asperezas y nostalgias del País Vasco (1968).

Falleció en Bilbao en 1986.